

Viaje
al pasado
en busca del futuro

Hechos de vida de un trabajador en la Iglesia

JOSÉ AGUILERA BELMAR



Viaje al pasado en busca del futuro

Hechos de vida de un trabajador en la Iglesia

Primera edición
1.000 ejemplares

Inscripción N° 177.524

Con las debidas licencias
I.S.B.N. 978-956-7119-38-7

© José Aguilera Belmar

© Ediciones Copygraph Ltda.
Rafael Cañas 270, Providencia
Fono: 482 0200
Correo: editorialcopygraph@gmail.com
Santiago, Chile

Diseño de portada: Claudio Sapag Puelma

Fondo de la portada es un detalle del mural
de la Catedral de la Prelatura de São Felix do Araguaia,
de Maximinio Cerezo Barredo

Impresor: Alfabeta Artes Gráficas
Carmen 1985 - Santiago de Chile
Fono Fax: 364 9242

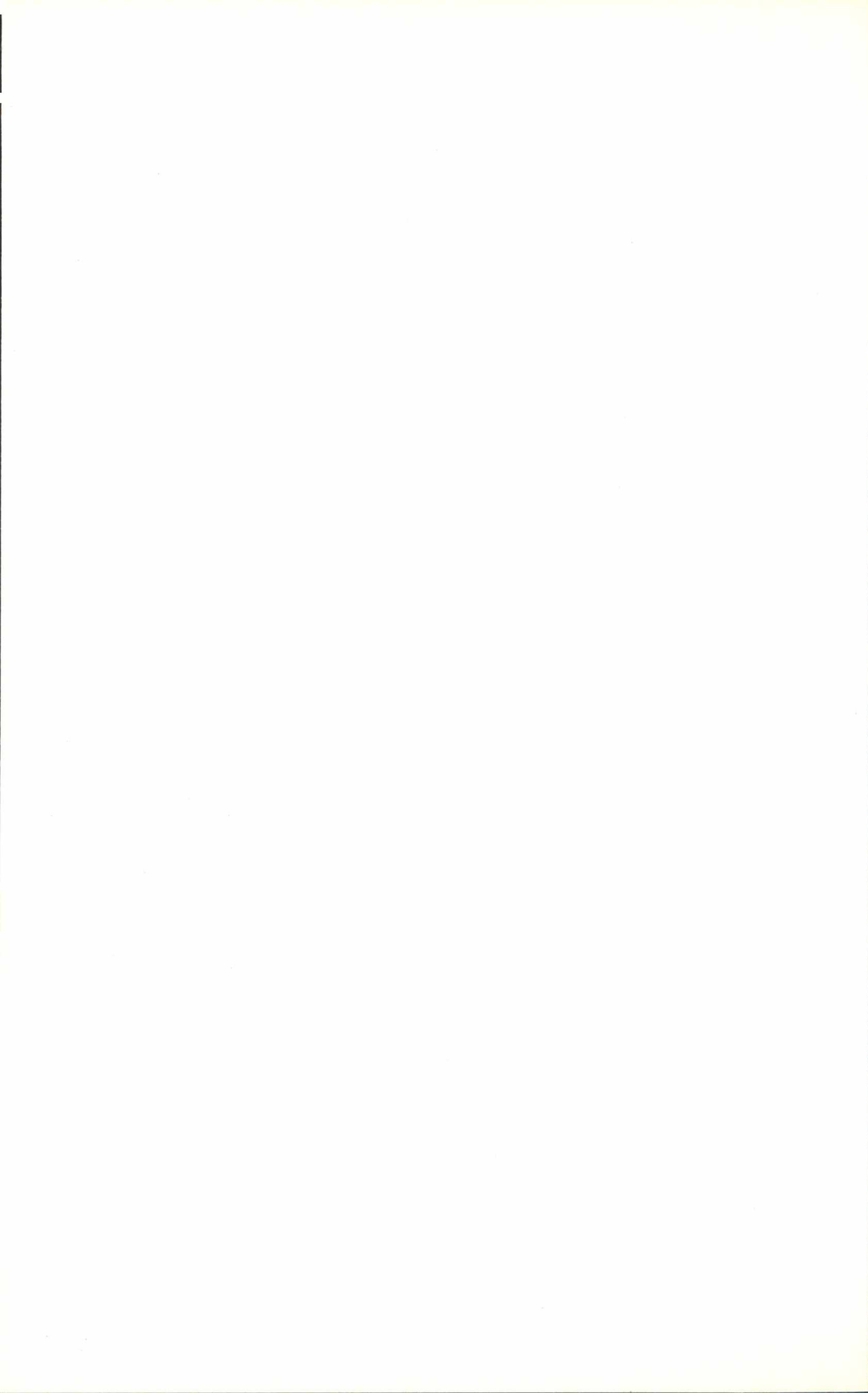
Se terminó de imprimir en marzo de 2009

Índice

Presentación	9
I. A modo de introducción	13
II. Nacimiento - Infancia - Niñez	15
Vida familiar	15
Relación inicial con la Iglesia	20
Educación primaria	21
III. Adolescencia y juventud	25
Los primeros trabajos	25
El barrio	28
Actividades de Iglesia	29
Argentina: un hecho de vida importante	31
IV. Inicio de la vida adulta	35
Vida familiar y barrio	35
El periódico <i>La Nueva Aurora</i>	35
Vida de trabajo	37
Vida de Iglesia	38
Movimiento Obrero Adulto Católico (MOAC)	41
Inicio del MOAC latinoamericano	44
V. La América Latina que comencé a conocer	47
VI. Mis primeras vinculaciones con el cardenal Raúl Silva Henríquez	57
Campana Nacional de Alfabetización	59
La Gran Misión General	60
El gran Sínodo de Santiago	61

La Carta Pastoral "Inquietudes y Esperanzas"	62
Algunos recuerdos más personales	63
VII. Mundos en diálogo. Una gran experiencia	65
VIII. Caminando hacia un Movimiento Apostólico Mundial de Trabajadores	67
IX. Iglesia en América Latina	71
Apostolado laico	71
Conferencia de Medellín	72
La preparación de Puebla	75
¿Crisis o readecuación de la Iglesia?	75
X. Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos (MMTC)	79
Asamblea constitutiva y desarrollo inicial	79
Un hilo que arraiga en la vida: el Evangelio	81
2ª Asamblea y su expansión	82
3ª Asamblea General del MMTC	92
XI. Algunos rasgos de la situación política en Chile	93
El nacimiento del MAPU	96
Las elecciones presidenciales de 1970	97
La dictadura militar en Chile	101
XII. El cardenal Silva Henríquez, la dictadura y los trabajadores	105
La Fundación Cardijn	105
La Fundación para el Desarrollo	105
La Vicaría de la Pastoral Obrera	109
XIII. Servicios de educación complementaria	119
El Centro de Educación y Cultura Obrera (CECO)	119
El Servicio de Educación Popular (SEP)	120
Fundación Promoción y Cultura del Trabajo (CyT)	127
XIV. Renuncia y despedida del cardenal Silva Henríquez	129

XV. La venida del papa Juan Pablo II	135
XVI. Vínculos y actividades con algunos obispos chilenos	139
Encuentros y documento "Concertación, Desarrollo y Democracia (solicitado por el Episcopado)	139
XVII. Algunas actividades sociopolíticas	145
XVIII. Nuestro último 1 de Mayo	147
Texto del Presidente Ricardo Lagos	
XIX. Adulto Mayor Juvenil	155
Asumiendo una nueva realidad	155
Estudios de Gerontología	155
Mi enfermedad y una nueva oportunidad que Dios me dio	156
Desarrollo comunal	156
Volviendo a la acción en la población	157
XX. Algunas reflexiones finales	159



Presentación

Largo peregrinaje desde la esperanza

Nadie de quienes conocimos en vida a José Aguilera Belmar, lo imaginaría en un escenario de cuento de hadas. De aspecto muy chileno, no muy alto, “robusto” como diría Obelix, parecía destinado desde la cuna a trabajar en algún oficio heredado, como su padre que conducía tranvías. Sus posibilidades de estudio fueron siempre limitadas, pese al afán de superación que lo llevó a hacer cursos para la tercera edad luego de jubilar (“pensionarse”, me corregía siempre, para superar el tufillo a “ya no tengo más que hacer aquí”, asociado a la palabra “jubilación”).

Su vida, sin embargo, fue un maravilloso relato de superación personal, de entrega a los demás y de grandes amores: la Iglesia Católica, la clase obrera y su familia. Fue amigo de purpurados y de pobladores; de dirigentes internacionales y de trabajadores humildes; de teólogos de alto vuelo y de creyentes sin teorías.

Cuando arreciaba la dictadura, la misma que lo detuvo y lo hostigó por sus convicciones cristianas y como trabajador comprometido, fue escogido para hablarle al Papa, en Chile. Las autoridades eclesiásticas lo destinaron a viajar a lugares próximos o lejanos, como un moderno misionero en tiempos de globalización. En todo ámbito, con persistencia que podía ser enojosa a veces, habló de Jesús y de su proyecto social.

José, tal como lo cuenta en este texto autobiográfico, vivió una época extraordinaria. Fue testigo presencial cuando aviones argentinos bombardearon la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, y aviones chilenos bombardearon el Palacio

de La Moneda, en Santiago. La suya –la nuestra– fue una época de ilusiones, dolores y esperanzas.

Es imposible nombrar un solo hecho de los tantos que trastornaron nuestras vidas. En Roma, el Papa Juan XXIII recorrió los pesados cortinajes del Vaticano para que entrara aire fresco; un grupo de guerrilleros de barba frondosa inauguró en Cuba lo que mirábamos como una esperanza para millones de latinoamericanos, y un Cardenal querido y respetado empuñó –literalmente– el arado para marcar el comienzo de la reforma agraria de la Iglesia chilena. Y no fueron los únicos acontecimientos en años en que la violencia contra los pobladores nos tocó de cerca más de una vez, en que la “loca geografía chilena” se sacudió con estremecimientos apocalípticos y nuestra “cuerda historia” política nos remeció a latigazos.

Desde fines de la década del 50, hasta el comienzo del nuevo milenio, José Aguilera dio testimonio permanente de su fidelidad a la Iglesia, a pesar –según él mismo recuerda– de ocasionales desacuerdos de los cuales nunca se arrepintió. Tampoco, nunca, dejó de lado su vocación de servicio, marcado como estaba por su niñez cerca del Zanjón de la Aguada, donde terminaba Santiago en los años 30:

“Recuerdo importante para toda mi vida, de esa niñez, es la extrema pero digna pobreza que vivíamos. Mi padre nos orientaba solidariamente, siempre luchando por nuestra promoción humana, junto con otros postergados. Mi padre y sus amigos sindicalistas que conocí, luchaban día a día por salir de la pobreza y ser ciudadanos en plenitud. Ellos no querían recibir limosnas, sino que se les tratara como seres humanos y se respetaran sus derechos. También es importante de ese tiempo, la vinculación con la Iglesia Católica a través de un santo cura preocupado de todos, sin marginar a nadie por sus opciones ideológicas, valorizando y motivando el compromiso de los cristianos en el mundo”.

Fiel a este legado, José dio muchas batallas a lo largo de su vida. Tuvo grandes responsabilidades en el mundo del trabajo y de la Iglesia, lo que le permitió desempeñar numerosas tareas de representación en Chile y en el ex-

tranjero. Durante años fue secretario ejecutivo de la Vicaría Pastoral Obrera de Santiago.

Fue cercano a muy diferentes personalidades, incluyendo una relación de mutuo afecto con el cardenal Raúl Silva Henríquez. También tuvo una intensa –aunque breve– militancia política en el Mapu, lo que le acarreó graves problemas después de septiembre de 1973.

En lo personal, de los muchos momentos vividos, hay uno que me marcó para siempre. Fue en la madrugada, larga y fría del Primero de Mayo de 1961, cuando estuvimos atentos (y poniendo nuestro esfuerzo físico cuando fue necesario) para la impresión del primer ejemplar de *La Nueva Aurora*, un proyecto periodístico destinado a los pobladores del sur poniente de Santiago. Agotados, al amanecer, como padres primerizos llevamos en mi “burrita” (un Ford 30) los primeros ejemplares para distribuirlos a nuestros “corresponsales”.

José Aguilera siempre tuvo conciencia de la importancia de la comunicación. Como parte de quienes llegamos a la vida adulta antes de Internet, del chat o el satélite, creía profundamente en el poder de la palabra impresa. Y por ello movió cielo y tierra para hacer posible, desde mayo hasta diciembre de 1961, un periódico que reflejara la vida en las nuevas poblaciones como Cardenal Caro, La Bandera, La Victoria y otras más antiguas, como Los Nogales y La Lega.

Nos convocó a un grupo de estudiantes de Periodismo de la Universidad de Chile a trabajar con dirigentes de todo un arco de pobladores, en un mundo hasta entonces ignorado por la prensa tradicional. Fue mi primer contacto con una realidad dolorosa: la forma fácil de hacer periodismo sobre la base de estereotipos. Los pobladores, ya en esos años, eran ignorados o, peor aún, estigmatizados por ser pobres, lo que no era novedad, pero sobre todo por tener ansias de superación. Eran los hijos del padre Hurtado, eran los chilenos que tomaban conciencia de sus derechos gracias a otros sacerdotes, algunos obispos y muchos jóvenes, en su mayoría universitarios, que creíamos que era posible cambiar el mundo.

La Nueva Aurora no sobrevivió a la Navidad de 1961. Pero generó lazos que han subsistido por años, como un compromiso insoslayable.

Nadie, sin embargo, tuvo la persistente capacidad de trabajo y entrega de Pepe. Tal como escribió muchas veces en el periódico, o en los encuentros en las Escuelas de Verano o en reuniones internacionales, siempre fue capaz de poner la mirada en el porvenir. Y así se lo dijo al papa Juan Pablo II, en 1987, en la Nunciatura en Santiago:

“Nuestras esperanzas miran el presente y el futuro. Queremos decirle que estamos seria y responsablemente comprometidos en construir un Chile participativo y solidario donde la Justicia sea más vivida y la dignidad de toda persona sea respetada”.

Es lo fundamental de su mensaje. Los detalles, están en esta obra conmovedora, redactada con su pluma sencilla pero acerada.

ABRAHAM SANTIBÁÑEZ

Santiago, enero 2009

I. A modo de introducción

Pertenezco a un grupo de antiguos amigos que intentaron por años ser militantes cristianos y al mismo tiempo hemos estado comprometidos con el mundo de los trabajadores del cual somos originarios, de sus múltiples organizaciones, y de sus permanentes acciones por su dignidad humana. Somos miembros activos de la Iglesia Católica, con la firme convicción de seguir las huellas de Jesús, el Señor de la historia.

En un momento determinado, nos reunimos para reflexionar sobre la nueva realidad que vivimos los trabajadores, sus familias y sus organizaciones, en un mundo cada vez más globalizado, menos solidario y más individualista. Dijimos que, aunque ya tenemos bastante años, no es tiempo de descansar sino de seguir adelante. Desde nuestra percepción de la realidad nos pareció que podríamos desarrollar un relato que pudiera servir a muchas personas, especialmente a trabajadores. Así culminamos una vieja tarea. Queremos seguir dando a conocer la realidad de nuestros países y nuestro compromiso con la educación cristiana de los trabajadores.

Concordamos en que sería valioso entregar parte de la experiencia adquirida, que es parte de la historia que muchos trabajadores cristianos viven o han vivido. No se trata de una pretensión de sobresalir, sino —humildemente— de hacer un aporte, con cariño y verdad. La idea que prevaleció no es hacer una memoria, sino colocar en común hechos, procesos que hemos vivido junto a otros.

Esta es la historia de trabajadores y de cristianos comprometidos en la construcción de un mundo menos injusto, más solidario, más humano y más cristiano. La ma-

yoría de las veces, la historia que se transmite en forma oral, termina por perderse en el tiempo. Esa es la explicación de estas notas que pretenden rescatar la historia colectiva de grupos concretos, como expresión de una cultura de vida, llena de sueños, esperanzas, valores, alegrías y tristezas. Deberían ser un aporte para comprender y valorar las experiencias de trabajadores cristianos comprometidos en su tiempo.

II. Nacimiento - Infancia - Niñez

No pretendo contar cosas bonitas, sino reflejar una realidad que muchos han vivido y vivido con esfuerzo. Son hechos que ojalá reflejen procesos vividos por tantas personas a quienes agradezco lo que me aportaron y que queremos recordar con nostalgia, fe y esperanza.

No valgo casi nada, pero soy inmensamente más que nada.

Vida familiar

Nací el lejano mes de marzo de 1932, en una casa en San Miguel, en la población Mirador cerca de la llamada manzana "H" donde vivían muchos recién llegados de las salitreras del norte de Chile, que se estaban cerrando día a día. Miles y miles de personas quedaban sin empleo. Era gente luchadora, que defendía sus derechos. Organizaron una de las primeras Juntas de Vecinos que conocí y en la cual mi padre fue su secretario. Estábamos cerca de un conocido canal que recogía muchas inmundicias de Santiago, el Zanjón de la Aguada. En sus riberas se refugiaban miles de familias que armaban su pequeña choza para vivir e incluso morir en una pobreza increíble. Viví allí hasta mi matrimonio.

Mi padre, Juan Aguilera Lobos, había comprado, antes de casarse, un pequeño terreno. Era un hoyo de areneras, donde construyó un rancho para vivir primero con su madre, y después con su esposa, Eloísa Belmar Yáñez, con la cual tuvo cuatro hijos, José, Juan Enrique, Aída y Ramón. Los alimentaron y educaron con muchos sacrificios.

En ese terreno se fue construyendo una casa provisoria, que siempre estábamos moviendo, de un lado a otro,

para seguir rellenando el terreno disparejo. Nosotros, sus hijos, para continuar la tarea y colaborar con el padre, durante muchos años acarreamos escombros en una carretilla. Este hecho marcó mi vida para siempre y lo repetí en la construcción de mi casa y de mi vida.

Mi padre trabajaba como maquinista de tranvía. Luego que se retiró, entró a una famosa fábrica de *champagne*, Armando D'Andurain, que era casi la única que existía. Después trabajó en una firma constructora, Marcel Duhart, en la cual llegó a ser un importante maestro albañil. Además, se incorporó al sindicato en el cual fue elegido tesoroero, pues era muy responsable y tenía más escuela que el resto: llegó hasta segundo año de Humanidades. Fue el mejor albañil que me ayudó a construir mi vida.

En el sindicato, donde participaba mi padre, el presidente, Luis Durán, era comunista; el secretario era Luis Cabrera, socialista; y el tesorero era mi padre, que se decía cristiano de parroquia. En esos años, lo más cercano que tenían los dirigentes sociales en Chile, era el Partido Comunista, del cual mi padre no fue un militante pero del que recibió capacitación sindical.

Las mejores fiestas de Navidad de mi niñez las pasé en ese sindicato: regalos, almuerzos familiares preparados por los mismos dirigentes y socios y mucho cariño. El grupo humano de ese sindicato daba permanentemente un gran testimonio de amor al prójimo y de lucha por la justicia, aunque no todos conocían a Jesús y su Iglesia.

Mi padre era un cristiano de vida, comprometido con la Iglesia que conoció a través de su párroco Gerardo Pérez Valdés, que lo animó y acompañó siempre en su compromiso social. Fue, además, parte de los grupos de hombres católicos de la parroquia San Gerardo.

El padre Gerardo no vivió en los tiempos en que la Iglesia hizo pública su opción por los pobres, pero era un cura muy cercano a la gente, especialmente a los más desvalidos, no solo con palabras evangélicas sino con hechos concretos. Cuando el Zanjón de la Aguada se desbordaba, las calles se llenaban de agua y se anegaban las casas y las

chozas de los que vivían allí o en las areneras de San Manuel. Estas eran unas inmensas minas a tajo abierto donde los trabajadores, con chuzo y pala, profundizaban para extraer la arena y el ripio que se usaba en las nuevas construcciones.

Cuando las areneras se llenaban de agua, el padre Gerardo sacaba a la gente en botes que traía de la laguna del Parque Cousiño. Salvaba a la gente, la alojaba y le daba de comer en su parroquia.

Esta compañía le hizo tanto bien a mi padre, y su compromiso con la Iglesia llegó a ser tan grande que se convirtió en una especie de enviado de don Gerardo, para dialogar y desarrollar actividades en las orillas del Zanjón. Mi padre llegó a ser una persona muy querida, en ese entorno.

Al final de sus días, mi padre terminó trabajando en la ampliación de la fábrica Yarur, porque no lo recibían en otro lugar, por su pasado sindical. Quedó bajo la responsabilidad de un antiguo jefe que lo conocía como buen maestro.

Yarur solo tenía un sindicato apatronado, en el cual participó obligadamente, como todo el personal de la empresa, porque necesitaba trabajar.

Cuando murió, en 1956, decenas de vecinos, sindicalistas, amigos y familiares le dieron las gracias con su presencia respetuosa en su cortejo fúnebre y lo acompañaron hasta su tumba en el cementerio Católico. Algunos todavía lo recuerdan con cariño.

Mi tristeza se mezclaba con el orgullo de un hijo que siempre ha pensado ser enterrado de la misma forma, junto a la familia y los amigos cercanos...

Mi madre trabajaba en lo que habitualmente se denomina como "labores de casa". Colaboraba con mi padre lavando ropa ajena en una artesa de madera. Así ayudaba a nuestra alimentación y educación. Lo hacía, pese al sacrificio, con alegría, esperanza y mucha inventiva para darnos de comer y hacernos ir a la escuela. Cristiana de corazón, tuvo una vida ejemplar como esposa y madre. Fue la mejor

mujer que Dios encontró para mi viejo, a quien ayudó, motivó y acompañó siempre.

Mi madre era originaria de Yumbel, Concepción, tenía muchos hermanos y hermanas, los que llegaron a Santiago en busca de nuevos horizontes, era la época del desarrollo de la industria cuando todos querían abandonar el campo. Era el comienzo del proceso de industrialización impulsado por la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción). Entonces el área textil tuvo un gran desarrollo. Los parientes, mientras encontraban trabajo, siempre fueron bien acogidos por mis viejos. La fuente principal era precisamente el área textil, que se nutría de gente del campo. Ana, María, Elena, Rosa, Alejandro, Segundo, Luciano, todos vivieron algunos meses en nuestra casa, pobre pero abierta y solidaria, recibiendo cariño y apoyo humano.

Una vez que llegamos a la adolescencia, mi madre compró un par de ruedas de carretilla, con las cuales hicimos un carretón de mano. En él traíamos aserrín y virutas desde las barracas de maderas que funcionaban en las calles San Diego y Placer (que se llamaba así porque era la calle de las prostitutas).

Con mi hermano Enrique teníamos que ir los miércoles en la tarde, que no teníamos clases, a buscar viruta o aserrín. La madre cocinaba y hervía la ropa que lavaba. En su búsqueda por ayudar a mi padre, ella comenzó a preparar mote de maíz. Con Enrique salíamos todas las noches a vender por el barrio para juntar algunos pesos que nuestra madre agregaba al presupuesto familiar. Nos sentíamos orgullosos de ayudar y además comíamos mucho mote de maíz con porotos. Luego descubrimos que nuestros vecinos necesitaban aserrín y viruta, como todas las familias del barrio, y comenzamos a traer varios sacos que vendíamos, así ganábamos unos cuantos pesos y no molestábamos a nuestro padre.

La casa en que vivíamos tenía piso de tierra. Nos alumbrábamos con chonchos de parafina. No tuvimos luz eléctrica hasta el año 1950. Pero teníamos agua potable, que mis padres convidaban a los vecinos de la manzana "H" que no la tenían.

Nuestra casa fue siempre una casa provisoria. Durante muchos años los hijos acarreábamos escombros en una carretilla para continuar la tarea y colaborar con el padre. En los inviernos crudos, lluviosos, la casa se anegaba con toda el agua que venía desde Gran Avenida.

Un invierno especialmente lluvioso, nuestros vecinos vinieron a socorrernos y tuvimos que dormir esa noche fuera de casa, donde el vecino Montero. Al día siguiente, mi padre se dedicó a secar el piso con fuego de carbón y aserrín y volvimos al otro día a una casa con mucha humedad.

Ese verano se construyó un alto cimientado de cemento en la puerta de la casa, para que no entrara más el agua, pero el agua siguió entrando en otras casas vecinas y tuvimos que convertirnos en jóvenes solidarios para mucha gente a la que había que ayudar.

Recuerdo, de esa vida familiar, una Navidad triste para mis padres. Compraron con anticipación un par de caballitos de madera, cuya cabeza, en esos años, se hacía de cartón. Los guardaron detrás de una gran caja que servía de ropero a la familia. Para Nochebuena, junto a mi hermano Enrique fuimos enviados a comprar una botella de cerveza para celebrar la Navidad y entregar los juguetes. Pero había caído lluvia tras el mueble y todas las cabezas de los caballitos se rompieron.

Mi padre estaba muy triste por no tener nada para regalarnos.

Después de esa Navidad triste, cada año fuimos a la plaza Bulnes, detrás de La Moneda, donde el gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda repartía juguetes y golosinas a los niños más pobres, que eran muchos. Nosotros lo éramos. Fue el primer Presidente que tuvo el Partido Radical en Chile, gran impulsor de la industrialización en el país. Algunas de sus acciones más importantes fueron; la educación de los más pobres, acentuar el proceso de industrialización y sustitución de las importaciones, con un fuerte rol del Estado.

Don Pedro murió en la mitad de su mandato y la gente pobre siempre dijo que lo habían muerto sus enemigos. Un grande, querido y llorado Presidente.

Las mejores fiestas de Navidad de mi niñez las pasé en el sindicato en que participaba mi padre. Allí siempre hubo regalos, almuerzos familiares, preparados con mucho cariño por los mismos dirigentes y socios.

Relación inicial con la Iglesia

Nací a las 10 de la mañana, en la casa familiar como se acostumbraba en esos años, con la ayuda de una matrona venida desde un centro de salud. Mi padre estaba tan contento que me decía que ya a las 11 de la mañana me había pasado por el Civil de San Miguel. También hizo los trámites en la parroquia San Gerardo y me bautizaron muy luego. En esos años no había tantas charlas de preparación y los padres asumían en forma adecuada el serio compromiso de un niño bautizado.

Me encaminaron paso a paso a conocer a Dios, con no mucha catequesis pero con un gran testimonio diario de amor mutuo y al prójimo.

Mi primera comunión fue en la capilla San Judas Tadeo, capilla que había creado el padre Gerardo para estar más cerca de la gente de ese barrio, en diciembre de 1940, un poco tarde para la costumbre de esos años. De ese hecho tengo un recuerdo muy grande. Nosotros no teníamos cómo comprar el traje azul que se usaba, pero mi madre se las ingenió para hacerme un trajecito que me quedó relativamente bien.

Más tarde, en los días previos a la ceremonia, la dueña de la panadería del barrio regaló al cura un trajecito de su hijo, para un niño pobre. Este traje llegó a mi casa, y luego de una larga conversa con mis padres, acordamos que solo usaría el vestón, junto con el pantalón que había confeccionado mi madre.

En la mañana del domingo, sin querer, tomé un par de uvas del parrón que teníamos en casa, y del cual siempre mi viejo comía algo en las mañanas. Me di cuenta que había roto el ayuno. Me fui a misa, comulgué y solo pensé que un Dios bueno me perdonaría. Fue mi primera gran desobediencia a esa Iglesia que respeto y he querido siempre.

Después fui miembro de la Cruzada Eucarística, de la cual llegué a ser su jefe. Es decir, tuve mi primer cargo de responsabilidad en la Iglesia, en la parroquia San Gerardo, bajo la orientación del padre Gerardo Pérez Valdés. Me convertí también en ayudante habitual de los bautizos, lo que nos permitía a mí y a otros recibir algunas monedas de los padrinos.

Educación primaria

Mi educación comenzó en marzo de 1938, a los seis años de edad. Llegó hasta 6° año de preparatoria en la escuela Brasil, donde siempre obtuve los primeros lugares. Al entrar al primer año, ya sabía leer y escribir. Mi madre me había enseñado en el silabario Matte y también a sumar y restar con porotos, lo que era muy práctico. A medio año me pasaron a segunda preparatoria, como una gran excepción. Siempre fui algo especial en mis tiempos de estudiante.

Ese año recibí para Navidad un tambor de regalo en mi escuela, y como siempre quería saber más, lo rompí para investigar por qué sonaba y qué tenía adentro.

En esos tiempos teníamos clases todo el día y libre la tarde del miércoles. Eran los tiempos del presidente Aguirre Cerda. Teníamos profesores de una riqueza cultural y generosidad impresionantes. Por ejemplo, mi profesor Gustavo Loyola Letelier, que tocaba el piano, era miembro de la orquesta de profesores. Con él asistimos a los conciertos que el gran pianista Claudio Arrau entregaba a los niños cada año en el teatro Caupolicán.

El profesor de educación física, señor Figueroa, era del club Unión Española. Teníamos una profesora que era la encargada de enviarnos a la llamada Clínica Dental que existía en la escuela; otra, la señorita María Moreira, preparaba el almuerzo que recibíamos todos los días, con el apoyo de la embajada de Brasil y de nuestro gobierno.

En una ocasión, mientras celebrábamos el día del Brasil con la presencia del embajador, el profesor Jorge Vergara en el saludo a nombre de todos, dijo: "Ojalá (señor embajador) Ud. pueda hacer llegar a su gobierno la aspira-

ción de muchos chilenos, la libertad del “caballero de la esperanza, Luis Carlos Prestes”. Este era un preso político, miembro del Partido Comunista. El embajador, al oírlo, se paró de su silla y se fue muy enojado. Tremendo lío que se armó. El señor Vergara fue castigado por la dirección, pero nosotros tuvimos una introducción a la información política sobre Brasil.

Ese fue mi colegio primario, y ellos, algunos de mis profesores.

Posteriormente hice un semestre en la Escuela de Artesanos y otro en los antiguos Talleres San Vicente, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en búsqueda de aprender un oficio que me permitiera trabajar. Pero aunque tenía excelente notas, sentía que no se aprendía mucho y abandoné.

Como a muchos compañeros de esos años, me gustaba jugar al fútbol, pero nunca tuve la posibilidad de comprarme un par de zapatos de fútbol. Para jugar en el colegio, Raúl Marambio, mi mejor amigo de esos años, me regaló sus zapatos viejos, cuando su familia le obsequió un par para su cumpleaños. Luego comencé a jugar en las divisiones infantiles de Colo Colo y ellos me dieron otro par.

Colo Colo es el club más popular. La aspiración de miles de niños y jóvenes es llegar a jugar en alguno de sus equipos. Luego de una larga selección, fui incluido y pasé a jugar en la 2^a infantil el año 1946 y en la 1^a infantil el año 1947. Posteriormente, a raíz de una pelea con otro jugador durante un partido con el club Iberia, fui castigado por la federación. Me fue imposible volver inmediatamente ya que había muchos jugadores haciendo méritos, por lo que me aburrí de esperar una nueva oportunidad y me marché a jugar en el barrio.

Nosotros vivíamos al final de Santiago, cerca de la calle San Joaquín, al lado de la Viña Ochagavía y de la chacra La Feria. En la viña, después de la vendimia, dejaban pasar a todos los vecinos a recoger los pampanitos de uva que quedaban y que nosotros llenábamos en canastos y canastos, para molerla, hacer jugos y rica chicha.

En la chacra La Feria también nos dejaban entrar a los rastros, pero estos eran de cebollas y ajos que guardábamos cuidadosamente colgados con alambres en la cocina para el invierno.

Mis padres habían construido un horno de barro, de esos del campo que calentaban con leña (de la poda del parrón que teníamos), criaban pollos, gallinas y cerdos que luego faenaban hábilmente. Por eso no era extraño que, cuando no teníamos dinero en casa, comiéramos pan amasado, empanadas de horno, cazuela de ave, o alguna de las legumbres que mi padre plantaba en el sitio de la casa.

Recuerdos imborrables de vida de esa niñez:

- La extrema pero digna pobreza en la cual vivíamos.
- La vivencia de amor fraternal y solidario desarrollada por nuestros padres.
- La lucha por nuestra promoción humana para salir de la pobreza.
- No queríamos recibir limosna, sino obtener con esfuerzo lo que aspirábamos.
- Queríamos que se nos respetara como seres humanos dignos.
- Aprendimos a luchar junto con otros, solidariamente. Valorizar siempre las organizaciones de los trabajadores, en especial el sindicalismo.
- Vincularme con la Iglesia a través de un santo cura, Gerardo Pérez, preocupado de todos, sin marginar a nadie por sus opciones ideológicas o políticas.
- Aprender a valorizar el compromiso de los cristianos y la Iglesia en el mundo.
- La muy buena educación pública entregada por el Estado. Profesores muy valorados, de vocación e increíble capacidad.
- Partidos políticos que en su mayoría eran organismos de gente con dinero que en las elecciones compraban los votos a la gente pobre sin conciencia de la situación.

- Los partidos Radical y Comunista como instrumentos de cambios importantes en Chile.
- La importancia fundamental del deporte en los niños más pobres.
- La solidaridad de los pobres entre sí y su lucha por superar la pobreza.

III. Adolescencia y juventud

Los primeros trabajos

Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial cuando tuve mi primer trabajo. Tenía 11 años en 1943 y entré a trabajar a la platería Ernesto Guíe, la empresa de un alemán que estaba a nombre de su cuñado chileno, Eduardo Bustamante. Allí se fabricaban artículos de plata fina. Entré a trabajar recomendado por Julio Ramírez, miembro de una familia vecina, familia que durante mi niñez me acogió con increíble amistad, cariño y confianza.

En la platería aprendí a modelar pequeños objetos de plata que eran parte de obras realmente hermosas. En mi primera semana de trabajo gané un salario de \$ 90. Tomé el dinero, me fui a la calle San Diego, me compré un pantalón algo usado, un par de zapatos que me costaron casi \$ 80 y le di \$ 10 a mi madre para ayudar en los gastos de la casa. Fue un hermoso recuerdo. Allí, además, comencé a recibir la solidaridad de los viejos maestros que querían enseñarme todo lo que sabían. No solo en el oficio, sino también sobre la vida y sus múltiples recovecos.

Nadie se negaba a enseñar, pues era una época en que nadie era despedido por viejo o por abaratar costos.

En ese mundo había muchos niños que trabajaban pero, a diferencia de hoy, también había muchos maestros solidarios que enseñaban su profesión con cariño, sin esperar mucho. Era parte de su vida de maestro. Ellos mismos o el sindicato se preocupaban de que a los niños se le pusieran las imposiciones oportunamente.

Posteriormente entré a trabajar en la fábrica de *champagne* "D'Andurain", con el hijo del antiguo dueño con el que había trabajado mi padre. Trabajaban allí varios com-

pañeros venidos del campo, muy inteligentes pues sabían hacer muy bien las combinaciones de los vinos para fabricar *champagne* de diversas categorías y sabores. También eran muy buenos para consumir a escondidas lo que fabricaban y salían diariamente medio “caramboleados”. Por gracia de Dios y lo que había aprendido en la Iglesia, tomé oportuna conciencia de esa situación y me retiré de ese trabajo.

Después de un tiempo entré a la fábrica de ropa La Principal, momento clave para mi vida en todo sentido. Mi trabajo consistió en aprender a abrir costuras de vestones, pantalones, impermeables, con una plancha, trabajo que me gustó mucho. Éramos como 15 hombres y 60 mujeres, lo que ya era algo interesante para un joven como yo. Mis primeras maestras allí fueron mujeres (Rebeca, Elisa, Isabel, Celia) que trabajaban en las máquinas cosiendo parte de la ropa que se fabricaba. Se les pagaba por lo que producían.

Yo era una gran ayuda para ellas y debía trabajar rápido. Como yo me esmeraba, me tenían un cariño especial. Era un segundo piso con un gran mesón, donde veía pasar una joven que tenía unos lindos ojos y una bonita figura.

Ese fin de año la fábrica donde trabajaba se mudó hacia un local más grande en el centro de Santiago. Yo seguí en mi puesto, pero llegó a la empresa un nuevo jefe que se llamaba Guillermo Caperochippe, con el cual un buen día comenzamos a almorzar juntos, en el lugar a donde íbamos la mayoría de nosotros. Le conversaba de mis esperanzas de saber más, de aprender más. Un día me cambió de abrir costuras a unas grandes máquinas a vapor para planchar parte de la ropa que producíamos, y lo hice bien.

El hijo del dueño (Mario Guiloff) encontró que yo era empeñoso, que tenía deseos de aprender, y comencé a cumplir otras tareas. Luego de algunos meses me pasaron a la sala de corte, a cortar lonas para forros, bolsillos para vestones y pantalones. Por el trabajo que realizaba, quedé más vinculado con esa joven que me impresionaba por sus ojos.

La veía más porque le entregaba los trabajos para coser, que yo anotaba en una libreta. La fábrica crecía no solo en calidad, sino también en personal y en buenas relaciones humanas entre empresario y trabajadores.

Convivía más y más con Guillermo el jefe, que había estudiado modelaje en Buenos Aires. Jugábamos billar con él, Mario Jara y otros compañeros, entre los cuales estaba a veces Mario, el hijo del dueño. Era el encargado de dirigir la fábrica. Guillermo fue un gran amigo, casi un hermano, con el cual compartí una forma permanente hasta el día de su muerte, y lo sigo haciendo con su familia.

Fue alguien que me dio mucho. Por Mario fui descubriendo la importancia del diálogo entre trabajadores y empresarios, cuando estos quieren y valorizan el aporte del trabajo. Él también ya murió, en EE.UU. Ambos fueron hombres de bien que dejaron un gran recuerdo en mi vida, por su solidaridad y cariño respetuoso por el ser humano.

La empresa era de dueños judíos. Un día, sin embargo, un seminarista a quien había conocido, Pedro Castex, fue a dictar una charla sobre el valor de la persona humana y la dignidad del trabajo. A las 2 de la tarde, Mario Guiloff detuvo la empresa por 30 minutos para que lo escucháramos. Después conversamos un largo café en su oficina.

Así la vida avanzaba, no solo en mí como persona, sino también en los compañeros de trabajo, que escuchaban palabras nuevas y motivadoras.

Con el apoyo de Mario y Guillermo comencé a organizar un club deportivo con el personal de la empresa, pero como éramos muy pocos hombres para jugar, nos "parchábamos" con algunos jugadores del club Chañarcillo y otros. Así comenzamos a jugar con otras industrias, a organizar campeonatos, a salir en los diarios, y la fábrica se hizo más conocida. Solicitamos a Mario que la empresa nos regalara los sobrantes de género y forros que quedaban del corte y las vendíamos, así el club tenía fondos propios, además de las cuotas de cada uno de nosotros.

Ese año además organizamos un gran baile a beneficio del club, en el local del sindicato de tipógrafos, con una

gran orquesta, la del capitán Antonio Estrada, un ecuatoriano que además era dueño del restaurante Ecuador. Con Estrada nos hicimos amigos, íbamos a su local a almorzar y hacer "pichanguitas". Un gran amigo.

En junio organizamos un almuerzo para Mario, ya que el personal le tenía cariño. Ahí estaba Norma, la joven que me impresionaba. Estaba con su hermana, Ester, que también trabajaba con nosotros. Mientras bailábamos, después del almuerzo, le dije lo que sentía por ella y no me creyó, porque dijo que yo estaba con algunos tragos de más. Sobre mí se tejían varias historias o chismes no siempre verdaderos. En la industria trabajábamos 15 hombres y 90 mujeres, por lo que no era raro que se difundieran algunos chismes poco afortunados. El lunes, después del almuerzo, tuve que repetir todo de nuevo. Cuáles eran mis inquietudes, y allí ocurrió un hecho importante de mi vida, el comienzo de un largo camino hacia lo que resultó nuestro matrimonio.

El barrio

Un día en mi barrio, un par de vecinos visionarios nos reunieron a un grupo de muchachos y fundamos, el 21 de mayo de 1947, el club deportivo Chañarcillo. Ellos eran don Lorgio Fernández, dirigente sindical de la fábrica de sacos, y don Luis Castro, dirigente sindical de Cristalerías Chile y miembro activo del Partido Comunista. A ese par de personas le debemos mucho los que éramos jóvenes, pues de ellos aprendimos valores permanentes que alejaron del vicio a muchos.

Con el tiempo pudimos ver cómo hombres buenos, como don Luis, eran perseguidos, encarcelados y relegados por tener ideas diferentes a las del gobierno de Gabriel González Videla. Este Presidente, un radical elegido por el pueblo humilde, después se entregó a los que no quieren compartir nada con los demás.

Fui elegido secretario de ese, mi club, porque tenía buena letra y ortografía y podía hacer mejor las actas de las reuniones. Más adelante, con otros clubes del sector, fundamos la Agrupación Daniel Palma, nombre que se le puso

porque esa persona nos prestó un potrero donde pudimos instalar dos canchas, en las que se realizaron memorables campeonatos. Allí se formaron varios jugadores para los clubes profesionales del país.

Allí y en la Agrupación Daniel Palma fueron creciendo mis responsabilidades: las reuniones de la Juventud Obrera Católica, JOC, a la que había ingresado, eran a las 11 de la mañana, el domingo después de misa.

En esos horarios, a veces tenía que jugar o ser delegado de la Agrupación, en otros encuentros de clubes. Poco a poco me fui quedando en lo deportivo, donde sentía que servía a más gente, como enseñaba la JOC. No tenía más tiempo para reuniones en la mañana del domingo, además de la misa. Alguien, poco visionario a mi entender, me puso como exigencia la asistencia a reuniones o abandonar, y abandoné esa experiencia.

Actividades de Iglesia

Con mi familia seguíamos asistiendo a misa a la capilla San Judas Tadeo donde celebraba un curita joven que se llamaba Admiro Ramírez. Era profesor en la Universidad Católica, donde llegó a ser prorector. Este sacerdote nos invitó un día, después de misa, a Carlos Araos, René Loyola, Claudio Fernández y a mí a una reunión para hablarnos de un movimiento nuevo, la Juventud Obrera Católica (JOC). Constituimos un grupo, porque era algo interesante: los mismos jóvenes obreros se preocupaban de su promoción, que incluía conocer a Jesús, el hijo de Dios y su mensaje. Esto comenzó el año 1946.

Todo funcionó bien durante un tiempo. Asistimos a varias jornadas de estudios donde aprendimos a valorizarnos como personas. Fuimos alguna vez a una casa en El Quisco, conocimos la casa central en la calle López, donde había varios servicios. Estuvimos algunos curas bastante diferentes en el trato a los habituales, incluso al padre Alberto Hurtado, con el cual fuimos a retiros espirituales, en el Seminario de los Jesuitas, en la localidad de Marruecos (actualmente Padre Hurtado).

Varias veces nos habló de la dignidad del trabajo, del valor cristiano del sindicalismo, que eran caminos hacia la santidad. Y también nos habló de otro camino: ser hermano coadjutor en la congregación de los jesuitas. Realmente eran nuevos y buenos caminos. El padre Hurtado fue el gran motivador del sindicalismo, especialmente del sindicalismo cristiano, poderoso en Europa y que él conocía bien. Formó a mucha gente valiosa que todavía lo recuerda agradecida. Siempre supimos que algún día estaría en los altares como un santo.

La JOC fue, sobre todo, un método y una práctica de vida. Su método, que poníamos en práctica en cada reunión, era ver, juzgar y actuar. Poner en alerta todos los sentidos, en especial los ojos, para ver la realidad en la que vivíamos, sobre todo los jóvenes; juzgarla a través del mensaje de Jesús, que aprendimos a conocer, y actuar, es decir, tratar de solucionar los hechos expuestos por cada participante o por las organizaciones sociales existentes en las cuales participábamos. No le correspondía a la Iglesia solucionar todo. Existían, en nuestro caso, los sindicatos, las cooperativas, los grupos juveniles, los partidos políticos, etc.

Fue una experiencia muy importante, porque no solo aprendí un método para conocer un cristianismo práctico, sino también un modo de vida, que me acompañó siempre.

A nuestra pequeña capilla llegó a realizar su práctica pastoral un grupo de seminaristas del 4° año de Teología del Seminario Mayor. Estaban allí: Gabriel Larrain, Orozimbo Fuenzalida, que posteriormente fueron obispos, Pedro Castex, Luis Agüero, Gonzalo González, Fernando Godoy y varios otros. Estaban bajo la responsabilidad de monseñor Rencoret, que posteriormente fue arzobispo en Puerto Montt. Como primera medida, organizaron una escuela para enseñar a leer y ayudar en las tareas a los jóvenes de ese sector, y comenzaron a visitar a los vecinos y sus organizaciones. Mi padre estuvo cerca de ellos para presentarles dirigentes vecinales.

Con el permiso del rector del Seminario, don Emilio Tagle, posteriormente obispo auxiliar de Santiago, organizaron un dormitorio, ya que con la escuela y otras activida-

des se les hizo tarde y se quedaron a dormir, bajo la batuta del padre Orozimbo Fuenzalida, que era el jefe del grupo. Posteriormente, él fue el primer Obispo de San Bernardo. Quisieron cocinar y no pudieron porque no sabían. Mi viejo les trajo una noche una ollita de nuestra comida, comenzó así una gran amistad con ellos.

Más adelante se consiguieron alimentos en Caritas Chile y pidieron a mi madre que les preparara las comidas. Noche a noche por algún tiempo, con frío o con lluvia, mi padre iba a dejar esa ollita a esos jóvenes, todos hijos de familias importantes, que, sin hacer muchas declaraciones, sabían ser solidarios desde la pobreza. Dios estaba allí, como siempre, mostrado el camino del Amor al prójimo por encima de todo, conociendo y viviendo su mensaje.

El padre Hurtado los visitaba frecuentemente para apoyar esa experiencia, alentarla, colaborar y conocer gente valiosa de ese sector.

Argentina: un hecho de vida importante

En febrero de 1955, motivado por Guillermo Caperochippe, mi jefe, y Mario, el hijo de mi patrón, partí a Buenos Aires, Argentina, a estudiar Modelista de Confección a la Academia Arbitera.

Llevaba algo de dinero para comer y dormir algunos días. Algunos datos que me entregó Guillermo. David Finkelstein, un compadre y amigo de Mario Guiloff, me encontró a gritos a la llegada del tren que venía de Santiago a esta gran e inmensa ciudad, Buenos Aires.

Esa noche, David me ubicó en un pequeño hotel donde vivían otros trabajadores. Al día siguiente nos encontramos en la Avenida de Mayo donde estaba la academia. Allí me matriculé y luego me llevó a almorzar a su casa para conocer al resto de su familia, sus hijos Felipe y Gloria y su esposa que estaba siempre enferma en cama.

David trabajaba en su casa, para dedicar más tiempo a sus hijos, confeccionaba vestones y pantalones para la tienda de un primo, además era empresario de un grupo de luchadores que todos los viernes actuaba en algún lugar de

esa gran ciudad y se ganaba algunos pesos. El día sábado, le tocaba a uno de ellos organizar el asado semanal, en el lugar donde vivía cada uno, así fue creciendo una gran amistad.

Me acogieron con mucho cariño, amistad y disponibilidad. Comencé a acompañarlos en sus actuaciones, sus asados y conocer algo más de su cultura, sus otros trabajos, sus aspiraciones como seres humanos, sus trucos para no ser golpeados, sus familias, etc. Era un gran y buen grupo, de quienes recibí mucha solidaridad.

Por una coincidencia o una forma especial de ayuda de Dios, me encontré un día en la calle con un chileno, Mario Palma, que conocí desde la Cruzada Eucarística en la parroquia San Gerardo. Él estaba en Buenos Aires estudiando para hermano coadjutor Diocesano, una especie de adelantada, de lo que hoy son los diáconos, fundada por un sacerdote argentino. Así me vinculé con la Iglesia de Argentina, que ya tenía algunos problemas con el gobierno de Perón. El hermano Mario me presentó al párroco de una iglesia, que se ubicaba frente a la Escuela de Mecánica de la Armada Argentina, que me ofreció un lugar para dormir, a cambio de cumplir algunas tareas.

Y reinicié mi vida de Iglesia en ese país.

En la parroquia había un joven sacerdote. Era un chileno que había estudiado y vivido allí y que se sentía argentino. Estaba claramente comprometido en la oposición al régimen de Perón. Allí se preparaban miles y miles de informativos que se distribuían en muchas parroquias de Buenos Aires. Este sacerdote chileno me pidió que colaborara y ayudara a repartir ese material. Así conocí muchas parroquias y sacerdotes metidos en esta campaña.

Se me pidió tomar contactos con la JOC Argentina que desarrollaba su propia campaña y lograr que entrara en una coordinación más amplia, y que no siguieran trabajando solos. Así conocí al dirigente José Palacios. Hablamos, y la JOC se sumó, como muchos católicos a través de las parroquias y capillas. A través del boletín que yo repartía, se informaban de lo que pasaba

Perón realizaba diversos actos para demostrar su popularidad. Por ejemplo, se paseaba en motonetas con cientos de jovencitas en la ancha avenida frente a la Escuela de Mecánica de la Armada. Yo lo veía, porque vivía en la parroquia de al frente. Las motonetas eran la gran novedad entre la juventud.

Un día, mientras estábamos en clase en la academia, en la Avenida de Mayo, varios aviones sobrevolaron Buenos Aires. Lanzaron bombas y ametrallaron la Casa Rosada, sede del gobierno. Como muchos proyectiles ni siquiera explotaron, quedaron intactos en las calles.

Esa tarde no circulaba locomoción. Se detuvieron los trenes para que no se juntaran los peronistas que fueron llamados a la Plaza de Mayo. Llegaron pocos y fueron dispersados rápidamente por militares armados. Pensé que lo mejor era irme esa noche donde mi amigo Mario Palma, cuyo seminario quedaba en Liniers, una localidad cercana. Como el tren no funcionaba me fui a pie. El miedo me dio fuerzas para llegar, aunque lo hice muy de noche con frío y con susto. A esa hora estaban pasando hechos graves en Argentina.

Esa noche en Buenos Aires fueron incendiadas once iglesias. También ardieron las oficinas de la Curia. Estaban al lado de la catedral y yo las visité luego que fueron quemadas. En toda Argentina esa noche fueron incendiadas treinta y tres iglesias. Vi personalmente fotos en que se veía a camiones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales mientras repartían combustible para los incendios. Se demostraba que había sido obra del gobierno.

Al día siguiente la CGT llamó a un gran acto en la Plaza de Mayo para las 18 horas. Pero, en la mañana a eso de las 11, Perón se fue al puerto donde lo esperaba una cañonera paraguaya que lo llevó a Asunción. Los militares asumieron el gobierno. La dictadura estaba encabezada por los generales Farrell y Leonardi.

Todo esto fue una gran enseñanza para los trabajadores y para mí. La primera reacción fue un enorme y triste silencio en los poblados e industrias. Los trabajadores, a su

manera, hacían presente su rechazo a la dictadura que siempre supieron sería en su contra. No se equivocaban.

Muy pronto terminé satisfactoriamente mis estudios. Había vivido una experiencia solidaria inolvidable con la familia de David y el grupo de luchadores que fueron amigos muy queridos.

Apenas llegué de nuevo a Chile, traté de ubicar a Nena, que se había retirado de la empresa por algunos problemas familiares. Finalmente su hermana aceptó llevarle un mensaje y nos volvimos a encontrar. Fue donde mismo nos vimos la primera vez: frente a la iglesia de las Carmelitas. Empezamos nuestra relación de nuevo. Relación que renació en mayo de 1958, en otro hecho clave para mi vida: mi matrimonio con Norma Narvée Valenzuela (Nena).

En esta etapa de mi vida hay muchos hechos y personas que no se pueden olvidar: mi matrimonio, mi primer trabajo, mi primer sueldo, la responsabilidad de los maestros por enseñarme día a día todo lo que ellos sabían; la fundación del club Chañarcillo, el conocimiento de dos grandes personas: Lorgio Fernández y Luis Castro, la JOC; haber conocido a Gabriel Larraín y a Pedro Castex.

Vi una Iglesia encarnada, ágil, dinámica, que ha marcado toda mi vida; conocí a Guillermo Caperochippe, un hombre generoso como pocos y cuya familia es un exponente fiel de esa generosidad; la familia Ramírez Gálvez, vecinos queridos, con quienes pasé muchos y grandes momentos de mi vida juvenil; varias y queridas compañeras de trabajo, que me enseñaron mucho y que recuerdo con cariño agradecido; a Mario Guiloff Lüder, un buen patrón. Mi experiencia de estudios y mi pertenencia a la JOC y a la Iglesia en Argentina, donde viví las primeras actividades de una dictadura y lo que hicieron la Iglesia y el gobierno de Perón.

Fue en esta época cuando se marcó mi vida con una mirada permanente hacia los demás. Le tomé el sabor a la solidaridad, valor que hace posible el amor del cual nos habla el Evangelio.

IV. Inicio de la vida adulta

Vida familiar y barrio

Recién casados, en 1958, vivimos por algunos meses en casa de los padres de Norma. Era una pieza sencilla, pero tenía algo que nunca había tenido en mi casa: piso de madera. Luego estuvimos en casa de mi familia, pero siempre pensando en tener algo propio, aunque fuera pequeño.

Entonces llegó nuestra primera hija, Norma Elizabeth (Lyta) a quien esperábamos con verdadera ansiedad. Desde su niñez, ella fue un gran aporte en mi vida, primero como eficaz secretaria en todas mis actividades nacionales e internacionales; en mi vida militante ella siempre ha estado junto a mí. Ha sido una mujer digna y una gran madre; nos dio nuestra primera nieta Daniela, el 11 de enero de 1986. Ese fue otro regalo que me hizo Dios.

El periódico *La Nueva Aurora*

Un día de noviembre de 1960, cuando vivíamos en casa de mis padres nuevamente, el párroco de San José Obrero, padre Pedro Castex, nos convocó a una reunión a un pequeño grupo de dirigentes de poblaciones y universitarios que estudiaban periodismo. Estaban presentes algunos pobladores de La Victoria, José María Caro, San Joaquín, San Gregorio, La Legua y algunos estudiantes de periodismo de la Universidad de Chile, que hacían sus primeras experiencias en *La Voz*, periódico de la Iglesia de Santiago.

Conversamos sobre la realidad poblacional no cubierta por los medios y de la necesidad de que esta fuera cono-

cida por el resto de la sociedad chilena. Hacía falta –nos dijimos– alguna publicación que tuviera una llegada masiva. Se comenzó a elaborar una respuesta. Para ello se constituyó un equipo responsable, se comenzó a difundir la idea y nació *La Nueva Aurora*, el primer periódico poblacional que existió en Chile.

Estábamos en buen camino para dar respuesta a una necesidad real. A mediados de abril el equipo estaba constituido por las siguientes personas. Pobladores: Juan Alarcón (La Legua Nueva), Ricardo Villavicencio (San Gregorio), José Aguilera (Sector San Joaquín), Manuel Vergara (Instituto de Educación Popular); Egresados y estudiantes: Abraham Santibáñez, Cecilia Binimelis, Gabriela Videla, Gerardo Saínez; Corresponsales y distribuidores: Juan Hernández (Población Aníbal Pinto), Hernán Berríos y Luis Contreras (Gabriela Mistral), Orlando Gálvez (José María Caro), Hugo Flores (Los Nogales), Ángel Henríquez (La Legua), Alejandro Delón (Las Palmas), Luis Caballero y Magno González (La Victoria), Ewald Serra (Lo Valledor).

Para impulsar nuestra propuesta, el padre Pedro Castex nos invitó a una jornada de los Núcleos Bíblicos de su parroquia en la Casa de Retiros de San José (en calle Monedá). Asistieron unas cien personas, todos hombres. La cantidad de hombre, era muy significativa para la Iglesia en aquellos años. Allí presenté lo que habíamos avanzado y pedí colaboración, la que se nos entregó totalmente.

Mientras comíamos un plato de porotos sentados en el suelo, ya que éramos muchos y no cabíamos en el comedor, llegó a sentarse a mi lado un señor que me dijo que quería colaborar con la iniciativa y conocer más el mundo de las poblaciones. Por supuesto lo matriculé ya que me pareció que era el administrador que necesitábamos. Así conocí a Alfonso de Castro, hijo de uno de los dueños de las salitreras del norte de Chile. Era un hombre sencillo, humilde e inteligente, de gran iniciativa, que se puso totalmente al servicio del equipo.

Después de varias dificultades que el equipo fue sorteando una a una, el 1 de mayo de 1961, como homenaje al día del trabajo, salió el primer número. La edición fue de

3.000 ejemplares. Ese día, a las 6 de la mañana, tras una dura jornada de trabajo en la imprenta, celebrábamos, en mi casa con un café servido por Nena, mi esposa, quien también se sumó a esta experiencia.

Vida de trabajo

Por diversos motivos, la sociedad comercial Princeton, de Manuel Guiloff e hijos, se disolvió y Mario Guiloff quedó fuera de ella. Comenzaron cambios de personal en la fábrica, entre los cuales se me incluyó. Por motivos no muy claros, quedé sin trabajo en pleno verano, lo que hacía difícil encontrar otro. Sin embargo, David Finskeastis, el gran amigo que conocí en Argentina, estaba en California (EE.UU.) y me ofreció trabajo allí. Después de pensarlo mucho con la familia, rechazamos la invitación.

Tras una poca exitosa experiencia con un pequeño taller, logré ubicarme en la antigua empresa "Los 7 Pilares", que con nuevo dueño era ahora una fábrica de confección de ropa de trabajo. Entré con la condición de no realizar ninguna actividad con los trabajadores. Mi nombre estaba fichado desde que salí de Princeton en enero de 1969, y ninguna empresa de confección de ropa me recibía. La gran mayoría era de propiedad de judíos y se comunicaban entre sí. Tenían razón, cuando salí de Princeton hubo tantos cambios en el trato con el personal, que los trabajadores se sintieron tan desamparados que crearon rápidamente un sindicato. Me culparon a mí de ayudar en su organización.

Seguí trabajando en esta nueva empresa por un largo tiempo. Nos presentábamos a propuestas en varios lugares. Ganamos una en la Fuerza Aérea para hacer los uniformes de los pilotos, modelos que yo podía hacer muy bien, y la empresa ganó dinero con mis aportes técnico-profesionales. Entonces mi hija Norma Elizabeth (Lyta) presentó una cierta debilidad a los pulmones y el médico aconsejó que partiera con Nena a tomar aires distintos a San José de Maipo. Yo quedé solo en casa.

Vida de Iglesia

Continuaba nuestra amistad familiar con el padre Pedro Castex, que ahora había sido nombrado por don Emilio Tagle a cargo de un equipo de sacerdotes, en una parroquia nueva: San José Obrero, que se creó en la población José María Caro. Era una gran población que se estaba formando y creciendo día a día. En ese sector había algunas casas construidas por la CORVI, otras que eran de la cooperativa Fraternal Ferroviaria y estaba el Campamento de Lo Valledor Sur, fruto de una toma de terrenos por los pobladores. No había calles pavimentadas ni alcantarillado y casi nada de locomoción colectiva. Para llegar había que hacerlo por la calle La Feria y doblar frente al cuarto gran pino, de los seis que existían frente a la parroquia San José Obrero.

Los sacerdotes que trabajaban allí, querían que la Iglesia naciera desde la misma gente y solo después se levantará el templo material. Fue una experiencia pastoral valiosa. Se organizaron Juntas de Vecinos, centros juveniles, comunidades bíblicas en gran número. Allí estaba el periódico *La Nueva Aurora*, entre otras novedades.

Un día de marzo de 1960, don Pedro llegó a nuestra casa (vivíamos con mis padres) para tener una conversación muy importante. Nos pidió si podíamos ayudarlo e irnos a vivir al sector F de José María Caro. Allí se pensaba plantar la Iglesia desde sus raíces, para posteriormente edificar una capilla. Se trataba, nos dijo, de ser una especie de avanzada pastoral.

Conversamos largamente con mi esposa Nena este pedido. Al final aceptamos sin imaginar todas las historias positivas y negativas que nos acompañarían, que nos llenarían de experiencias de Iglesia y mucho amor familiar.

Vivimos allí algunos meses, en un lugar inhóspito, rodeados de gente muy pobre, algunos con prontuario policial amplio, que nos miraron con cierta desconfianza, porque lo menos que esperaban era algo de la Iglesia Católica, que decían era de los ricos. Había en el lugar un amplio sector de barracones de madera, cada uno con ocho o diez piezas.

En una o dos de esas piezas vivía una familia completa, que había sido recogida desde el Zanjón de la Aguada.

Una noche vinieron a buscarme, porque en el sector más pobre había muerto un vecino. Fui y encontré una pieza con una cama, un anciano muerto y cuatro tarros vacíos de queso Caritas, con una vela prendida en cada uno. Había dos velas en su cabecera, dos a sus pies y algunas monedas encima de la cama. Era la solidaridad de los más pobres con uno de los suyos.

Rezamos un poco y me pidieron si podía hacer algo para sepultarlo. Hablé con el padre Hurtado, quien, por supuesto, solucionó todo. Solo me quedó rumiar la amargura de la existencia de un país como Chile, que se decía católico, y que era gobernado por un católico, Jorge Alessandri Rodríguez.

Otra vez, también de noche, después de una reunión en la población La Victoria, en casa de Magno González, un grande y pionero dirigente poblacional, en la calle La Feria, caí a un hoyo de los trabajos del alcantarillado. Me quebré un par de costillas. Esa noche me quedé en casa de mi madre, pues Nena y Lyta ya estaban en San José de Maipo. Al otro día supimos que algunos "malucos" entraron a robar en la casa donde estábamos viviendo. Nos robaron todo. Me quedé muy preocupado, con rabia y triste por este episodio.

Ese fin de semana mi madre y mis hermanos nos cambiaron de nuevo a la casa paterna, de donde —según recordaron— nadie nos había pedido que nos fuéramos. Así terminó esa experiencia de querer plantar la Iglesia entre los más pobres que nosotros.

En ese tiempo mi familia fue invitada a incorporarse a una cooperativa de viviendas, llamada padre José Cardijn en homenaje al fundador de la JOC que ya funcionaba algunos años. La meta esperada era construir viviendas para un grupo de ex jocistas e invitados. Fuimos muy bien acogidos como socios, con todos sus deberes y derechos. Era una buena posibilidad para tener un lugar propio para vivir con la familia. Estuvimos un tiempo en ella, pero al final

terminamos comprando un sitio en la Cooperativa Fraternal Ferroviaria, cerca de la Parroquia San José Obrero, donde realizábamos nuestros compromisos sociales y de Iglesia. En esa época fue una buena decisión.

Don Manuel Larraín, obispo de Talca, que ya nos conocía bien, nos ofreció una casa en la Población Risopatrón. Esta era una iniciativa de algunos profesionales que querían ayudar a la gente sin casa. Posibilidad a la que renunciamos porque ya estábamos comprando un sitio en la Fraternal Ferroviaria, donde llegamos a vivir en una mediana de madera comprada en el Hogar de Cristo.

En esos años la tensión social en las poblaciones que rodeaban Santiago se había acentuado. En Santa Adriana, un centenar de familias se habían tomado unos terrenos donde se estaban construyendo los baños de alguna futura población. Los recién llegados levantaron casas improvisadas, cubiertas de cartón. Se quedaron allí y consiguieron algo definitivo. El párroco Pedro Castex y los cristianos del sector ayudaron mucho.

En ese sector, en especial José María Caro, los pobladores y sindicalistas organizaron una protesta cuando subió la locomoción. Algunos intentaron detener el funcionamiento del tren popular, que era el mejor medio de locomoción que tenían. Con su detención se aseguraba el éxito del paro.

Fueron reprimidos por conscriptos de la FACH. Seis pobladores murieron masacrados.

La misa del funeral fue celebrada por Pedro Castex. Estuvieron presentes el senador Eduardo Frei Montalva, el alcalde de San Miguel, Mario Palestro, y algunos diputados, regidores y dirigentes vecinales del sector.

El entierro se inició con una marcha al Cementerio General. La encabezaban seis camiones de la Municipalidad de San Miguel. Cada uno llevaba en el techo un cajón con un cadáver y muchas flores. Tras ellos iba una cruz blanca que yo llevé desde San Joaquín, esquina de Club Hípico, cuando me sumé al cortejo. Pasando por la Pérgola de las Flores, las floristas llenaron los cajones y el puente Mapo-

cho de flores. Era el saludo adolorido y solidario a esos masacrados de la población naciente.

Después del entierro nos encontramos con los sacerdotes y algunos pobladores en mi casa para descansar, tomar café y comentar la marcha fúnebre de los asesinados.

Movimiento Obrero Adulto Católico (MOAC)

Un día de abril de 1961, llegó a nuestra casa un "gringo", Alberto Depienne, sacerdote belga que venía llegando a Chile. Quería que asistiéramos a una reunión en la antigua casa de la JOC, la Casa San José de calle Moneda. Era el portador de una preocupación de la JOC internacional: la necesidad de una continuidad apostólica de militantes y dirigentes que ya iban llegando a una edad más adulta y debían por tanto salir de la JOC.

Ya se había realizado un encuentro de latinoamericanos (jóvenes y adultos) que se había realizado en Córdoba, Argentina, para plantearse el problema, con muy buenos resultados. Ese mismo año se había organizado también un encuentro en Roma, donde se vio la urgencia de crear un movimiento internacional unitario. Como fruto de este encuentro en el que tuvo participación importante Alberto González por Chile, se creó el equipo de nueve antiguos dirigentes de la JOC para llevar adelante este objetivo. Por América Latina estaba Tibor Zulik de Brasil, que ya había hecho un gran trabajo para el encuentro de Córdoba.

El padre Alberto quería continuar tras ese objetivo y para eso vino a Chile, donde ya existía una experiencia incipiente. Nos habló de la evangelización de los trabajadores por los mismos trabajadores, la Acción Católica Obrera. Dijo que era una especie de continuidad de la JOC, pero que no solo era eso, sino que era un movimiento más amplio de adultos (hombres, mujeres y matrimonios obreros).

Empezamos a participar como invitados mi cuñado Cornelio Alarcón y mi hermana Aida que ya vivían en un sitio en José María Caro ayudando al padre Pedro Castex. Todos estaban motivados muy de cerca por un cristiano ejemplar: Clovaldo López, un hombre del norte del país y

que con otros amigos tenía funcionando una cooperativa metalúrgica de trabajo.

El padre Alberto comenzó a moverse por algunas ciudades, dando a conocer la nueva experiencia y organizó una jornada en la Diócesis de Santiago, para reflexionar más ampliamente sobre su contenido y sus posibilidades de desarrollo. También se armaría un pequeño comité coordinador de la experiencia. Fueron elegidos Alberto González, dirigente sindical gráfico; René Aguilar, miembro de la cooperativa de trabajo, y José Aguilera, del periódico *La Nueva Aurora*, además de Alberto Depienne como sacerdote asesor. Allí se dio comienzo a uno de los hechos más importante de mi vida. Mi inicio y responsabilidad en una experiencia de Iglesia que condicionó la vida de muchos trabajadores de sus organizaciones y en especial de la propia Iglesia.

Monseñor Manuel Larraín fue el más entusiasmado con la experiencia del MOAC. La defendió cuando el padre Rafael Larraín, sacerdote muy valioso que era el encargado de la JOC a nivel nacional, le pidió al padre Alberto que no continuara su experiencia en Chile. Opinaba que debía hacerse una experiencia desde Chile y no una copia europea. Le dijo que el responsable nacional del apostolado obrero era él y que nadie había pedido al padre Alberto que empezara esta experiencia en Chile. Don Rafael era clave en el trabajo del Instituto de Educación Rural y ya comenzaba con el Instituto de Educación Popular.

El obispo Manuel Larraín, que era presidente del Episcopado de Chile y vicepresidente del CELAM, Conferencia Episcopal Latinoamericana, y estaba a cargo de la Acción Católica en Chile, le pidió que continuara bajo su responsabilidad. De este modo, un obispo visionario salvó una iniciativa magnífica que no pretendía ser una copia de nada.

Pasado algunos meses, don Manuel nos invitó a su diócesis. Nos prestó la casa de jornadas y retiros de Talca, donde nos reunimos un grupo compuesto por matrimonios obreros y algunos solteros (hombres y mujeres) venidos de las diócesis de Concepción, Santiago y Talca. Estas ya tenían un mínimo de organización como movimiento y tam-

bién asistieron algunos invitados de Valparaíso y Valdivia. Esa fue la jornada constitutiva del MOAC, Movimiento Obrero Adulto Cristiano, a nivel nacional, los días 17, 18 y 19 de septiembre de 1961.

Los principales temas tratados fueron: Obrero, Adulto, Apostólico y Misionero, Familiar y Organizado y se eligió una dirección nacional, que quedó conformada por: José Aguilera (presidente), René Aguilar (secretario), Alberto González (tesorero) y el padre Alberto (asesor nacional).

El obispo Larrain celebró la misa final, ratificando a los elegidos a nombre de los obispos de Chile y nos prometió su ayuda. Nos aseguró que Dios estaba con nosotros en esta tarea de Iglesia. Los elegidos dijimos que éramos poco capaces para esta tarea. A ello replicó Alberto Depienne: "Nadie vale solo por lo que dice o piensa, sino principalmente por lo que hace". Esas palabras finales nos llenaron de confianza y esperanza. Tenía razón. Estábamos frente a un hecho histórico en la Iglesia chilena, el nacimiento y desarrollo del Movimiento Obrero de Adultos Católicos (MOAC) y yo era parte de ello junto con mi esposa en esas lejanas Fiestas Patrias de 1961, en la ciudad de Talca.

El padre Alberto pidió que nos reuniéramos semanalmente y que estudiáramos. Comenzamos evaluando la jornada constitutiva del MOAC y estudiando el libro "Jalones para un teología del laicado" de Ives Congar, teólogo experto del Concilio Vaticano II. Fue muy importante para mi vida la disciplina de estudio a la que nos impulsó el padre Alberto. Este estudio teológico, guiado por él, fue muy importante e influyente en todo lo que hicimos en la Iglesia.

Empezamos a promover y extender el MOAC en varias diócesis del país. Realizábamos jornadas de estudios y reuniones organizativas, además de vínculos con los obispos de Chile. El padre Alberto consideró que nuestra experiencia apostólica crecía muy rápido y que debíamos entregar una mejor atención. Siguiendo las experiencias europeas hizo ver que necesitábamos un militante liberado. En reunión del ejecutivo se me ofreció esa posibilidad. Después de conversarlo con Nena, aceptamos este nuevo desafío.

El padre Alberto Hurtado había fundado la *Revista Mensaje* años antes. A través del padre Manuel Ossa se me ofreció participar en el Consejo Editorial que se reunía un lunes al mes. Ello me vinculó con muchos intelectuales de gran nivel y algunos sacerdotes jesuitas de gran vuelo. Fue mi primera participación en *Revista Mensaje*.

Debido al cúmulo de tareas que comenzó a generarse, se me ofreció un trabajo a tiempo completo en el MOAC, con responsabilidades tales como tomar contacto con obispos, sacerdotes y trabajadores de muchas ciudades del país. También la CLASC (Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos) me había ofrecido el cargo de secretario para Chile. Después de conversar estas posibilidades y sus consecuencias familiares, con Nena acordamos aceptar el ofrecimiento hecho por el Comité Ejecutivo Nacional del MOAC, y comencé a viajar por todo el país para poner en marcha grupos de Iglesia.

Inicio del MOAC latinoamericano

Al año siguiente, 1962, se organizó en Brasil, en Semana Santa, un encuentro internacional para compartir experiencias y ver las posibilidad de crecimiento del MOAC en varios países de nuestro continente. La reunión se realizó en su capital de ese tiempo Río de Janeiro. Brasil tenía en esos años casi cien millones de habitantes, además ya sufría la dictadura militar. Esa fue la más grande de las dictaduras en América Latina y sirvió de orientación de muchas de las que vinieron después en nuestro continente. A nuestra reunión asistieron delegados de Uruguay, Brasil, Argentina, Bolivia, Paraguay, Venezuela, algunos invitados de la JOC internacional y dos miembros del equipo de los nueve cercanos al Vaticano: Paúl Adams de Suiza y Tibor Zulik de Brasil, quien además representaba a la JOC internacional. También asistieron cuatro miembros de la ACO, Acción Católica Obrera de Brasil. Entre ellos estaba Joaquín Arnaldo, un hombre clave en la orientación y desarrollo del MOAC en Brasil, un testimonio viviente de militancia cristiana.

En la reflexión de todos estaba clara la necesidad de tener un equipo que se preocupara de la extensión y or-

ganización del MOAC en América Latina. Se acordó crear un pequeño secretariado en el cual se nombró a José Aguilera y al padre Alberto Depienne, ambos de Chile. La tarea era ardua, había que entrevistarse con los obispos, también con laicos obreros y organizaciones de trabajadores de todos los países y promover el desarrollo de la organización.

El movimiento fue reconocido por el Departamento de Laicos del CELAM, que nos invitó regularmente a sus reuniones anuales de evaluación y programación de actividades conjuntas con los movimientos apostólicos en América Latina.

De vuelta a Chile, Aurora Buraglio y el padre Alex Morelli (delegados de Uruguay) nos invitaron, junto a Alberto González, a visitar en Uruguay a un grupo de trabajadores que tenían funcionando algunos núcleos. Este es un país que cuesta entender debido a la presencia y acciones de Inglaterra en el pasado. El Estado no asume ninguna religión, aunque había muchos católicos. La situación económica era muy buena, su moneda de gran valor, la situación y fuerza del movimiento sindical muy importantes. En esos años en Uruguay se vivía con alegría; era un país ejemplar y digno de imitar.

Conocimos a Carlos Durán y a su esposa Aída. Él era un dirigente telefónico de muchas proyecciones, de gran personalidad y una generosidad increíble. Con el correr de los años, Carlos y Aída superaron largamente las expectativas, fueron y son cimiento cristiano de un mundo más solidario, fraternal y justo. Conocimos mejor al padre Morelli, sacerdote francés, que había estado preso en campos de concentración en la Alemania nazi. Era dominico, intelectual de primera y un teólogo sensible a la realidad de los trabajadores. Estaba dispuesto a desarrollar el MOAC, y lo hizo hasta su muerte, en México, como un santo cura que confiaba en los trabajadores.

Uruguay era gobernado democráticamente por un Consejo Nacional de Gobierno. Existía una amplia libertad. Nos impresionaron su auténtica democracia, la buena situación económica, el alto nivel educacional, la madurez

del sindicalismo, la elegancia y buena atención en las cafeterías. En síntesis: un gran y feliz país.

Entusiasmado con la *Revista Mensaje*, en conversaciones con Alberto González, dirigente nacional del MOAC y dirigente sindical gráfico, vimos lo importante que sería pasar de un boletín hecho a mimeógrafo en el Movimiento a un periódico hecho en imprenta y que tuviera datos y artículos sobre los trabajadores, sus organizaciones, además de los temas de Iglesia.

Discutimos un proyecto en el comité ejecutivo y se acordó crear el periódico *Presencia*, a nivel nacional, con un suplemento permanente para el MOAC internacional. Fue una experiencia única, hecha por trabajadores. Alberto González hacía toda la parte técnica y el montaje, después se enviaba a la imprenta. El padre Alberto fue su primer director y José Aguilera el subdirector.

V. La América Latina que comencé a conocer

En ese año (1963) se realizó en Buenos Aires una gran asamblea de Apostolado Laico mundial. En esos años solo en Argentina estaban en condiciones de organizar algo así. Estaban presentes algunos obispos y cardenales. Don Manuel Larraín, quien era un allí un destacado personaje, aportó un importante tema y fue escuchado con cariño y admiración.

También estaba Juan Vásquez, un laico argentino que era parte de los laicos invitados al Concilio por Pablo VI. Otro invitado importante era el padre Roger Vekemans, de mucha influencia en nuestro país y América Latina. Él estaba desarrollando la teoría de la marginalidad. Su preocupación era la formación de políticos cristianos. Era un sacerdote muy inteligente, muy sencillo e interesado en nuestro trabajo en Chile y en América Latina. Llegó a tener mucha influencia en la Democracia Cristiana chilena.

En Buenos Aires estaban también presentes Julio Bazán, chileno, secretario ejecutivo de UNIAPAC (Unión Mundial de Empresarios Cristianos). Junto a la USEC (Unión Social de Empresarios Cristianos), su filial chilena, estaban preparando una Asamblea Mundial de empresarios católicos en nuestro país. Fueron personas muy importantes para mí, sobre todo doctrinalmente y respecto de la realidad de América Latina y sus cambios sociales y políticos. Con todos ellos y otras grandes figuras intelectuales de Europa me sentía muy motivado, pero sobre todos ellos la figura de don Manuel Larraín era quien más me motivaba.

Para llegar y participar en esta reunión, tuve que subir por primera vez a un avión y representar a la organización de trabajadores llamada FIMOC, Federación Internacional

del Movimiento Obrero Cristiano. Ellos me pagaron mi estadía y los pasajes. Fue una gran instancia de aprendizaje, en un país de gran desarrollo económico, con alto nivel educacional y cultural. Argentina tenía una dictadura militar y la jerarquía católica era muy conservadora en esos años, pero el movimiento sindical había logrado un desarrollo impresionante por su organización y cantidad de afiliados.

En marzo de 1963 realizamos con el padre Alberto el primer viaje de promoción del MOAC en América Latina. Tuvo el siguiente itinerario: Santiago, Panamá, República Dominicana, Puerto Rico, Miami, México, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Venezuela, Santiago. Realizamos entrevistas de información con todos los obispos diocesanos, los nuncios apostólicos, las instituciones de Iglesia y de trabajadores. No visitamos Honduras por culpa de algunos datos exagerados que decían que en ese país no se podía hacer nada. Ello no era tan real.

Llegamos muy tarde a Panamá, nuestra primera escala. Nos alojamos en un hotel que nos resultó muy caro para nuestras posibilidades. Salimos de allí en busca del obispo Marcos Mac Grath, quien nos recibió con mucho cariño. Nos ubicó en una parroquia con un sacerdote encargado de la Acción Social. Monseñor Mac Grath había estudiado en Chile y nos acogió con alegría por nuestro objetivo. Además, era vicepresidente del CELAM y muy amigo de don Manuel Larraín.

La parroquia donde nos instalamos era muy pobre y vieja, estaba en un sector céntrico. Allí habían vivido los trabajadores de muchos países, especialmente chilenos que construyeron el canal. Se contaban muchas historias del paso de los chilenos, de su fuerza en el trabajo, de su vida derrochadora, etc.

Panamá tiene como capital la ciudad de Panamá; sus mayores entradas provienen del canal de Panamá. La Zona del Canal es una faja de ocho kilómetros de ancho. Abarca una superficie de 1.432 kilómetros cuadrados y estaba dirigido y manejado por Estados Unidos de Norteamérica. Las obras del canal fueron iniciadas por una compañía francesa que quebró financieramente. En 1903 Panamá se separó de

Colombia y se negociaran los derechos que fueron adquiridos por EE.UU. Este país reinició la construcción que demoró doce años más. Panamá concedió facultades de administración jurisdiccionales y control a EE.UU. por varias décadas.

Visitamos poblaciones y parroquias, donde explicábamos a qué íbamos. Siempre encontramos una muy buena acogida. Estaba de moda la parroquia San Miguelito, por su experiencia de Comunidades Cristianas de Base, que respondía a la cultura panameña de ese tiempo. Los laicos dirigían casi todo, era un cambio pastoral importante, que después se extendió en algunos países de América Latina.

Para llegar a República Dominicana hicimos escala en Haití. Lo poco o mucho que vimos nos impresionó. La policía personal del dictador se veía claramente en el aeropuerto. Llegó gente que rodeó el avión para ofrecer objetos en venta: la pobreza existía y mucha. La religión es una gran mezcla, con fuertes manifestaciones africanas. En Haití, cuya capital es Port-au-Prince, la mayoría de sus habitantes son negros puros. Es un país productor de azúcar, harina de trigo y cigarrillos.

En Haití en esos años había un dictador, quien estaba en el poder por mucho tiempo, François Duvalier, a quien todos llamaban Papá Doc, al morir fue sucedido por su hijo Jean-Claude más conocido como Baby Doc.

En República Dominicana, capital Santo Domingo, la religión de la mayoría es católica. Es un país productor de cemento, azúcar, banano, cacao, harina de trigo, productos de agricultura. En años más recientes ha desarrollado una próspera industria turística.

Aquí se inició el llamado descubrimiento de América, por Cristóbal Colón, el 5 de diciembre de 1492. A esta isla la llamó La Española. El Estado profesaba la religión católica. Por largos años existió una dictadura institucional, encabezada por Rafael Leonidas Trujillo, el "Benefactor". Una familia belga se llevó a Alberto a alojar a su casa, con gran enojo de Alberto por la discriminación, pues a mí me llevaron a una casa que tenía la JOC en un barrio. Era algo realmente feo, pero limpio. Hicimos todo lo que pudimos.

Conocimos a unos valiosos antiguos jocistas que querían hacer sindicalismo cristiano y política, lo que era una gran aventura en esa dictadura.

Después fuimos a Puerto Rico, algo realmente diferente. Es una isla con un convenio especial con EE.UU.: es un Estado libre asociado. Era una isla anexa, casi una ciudad yanqui, los portorriqueños no necesitan pasaporte para ir a EE.UU. Alberto durmió en casa de los jesuitas, yo en casa de un matrimonio de militantes de la JOC. Tuvimos muchas reuniones y quedó un pequeño equipo de laicos y sacerdotes interesados en organizar y desarrollar el apostolado obrero adulto.

De allí viajamos a Miami. Nos encontramos con un sacerdote cubano, muy adolorido por su situación y la de sus compatriotas, emigrados a EE.UU., que solo pensaban en derrotar a Fidel Castro. Estaban convencidos que la situación cubana no duraría mucho, que EE.UU. invadiría Cuba. Ellos ya se preparaban para colaborar en esa nueva realidad. El sacerdote que nos recibió no pensaba lo mismo. Creía que el régimen de Fidel Castro tenía para mucho tiempo. Casi todos los cubanos que encontramos ya querían volver a su país.

Era una situación compleja. Era posible ser testigo de la alegría, sobre todo de los más pobres, por la llegada de Fidel Castro al poder. Eso los llenaba de esperanzas de superar su situación de opresión y hambre. Pero también había otros compatriotas que no veían la situación de la misma manera. La tristeza de muchos era palpable y real en Miami. El contraste con las esperanzas y buenos deseos de millones de latinoamericanos.

En esas circunstancias, allí no era posible hacer nada acerca de nuestro movimiento. Ni siquiera hablamos de él.

Y seguimos a México. El avión hizo escala técnica en Mérida. Luego, al iniciar la marcha hacia Ciudad de México el avión se detuvo bruscamente: había un caballo en la pista y se produjo un gran susto entre los pasajeros.

Tras llegar a Ciudad de México, fuimos al local del Secretariado Social Mexicano. Encontramos un grupo de

sacerdotes que habían organizado este secretariado, apoyados solo por algunos obispos amigos, un poco al margen del Episcopado, que no los quería mucho, y no los apoyaba. Era una tarea algo solitaria, pero muy valiosa pastoralmente. Estaba también el asesor nacional de la JOC, el padre Escamilla. La JOC tampoco era reconocida por la jerarquía. Solo existían oficialmente las cuatro ramas de la antigua Acción Católica: jóvenes, adultos, hombres y mujeres.

Hubo mucho interés por nuestra propuesta por el padre Escamilla y el secretariado Social. Este nos llevó a la ciudad de León, donde se encontraban las grandes y modernas industrias del calzado, a Xochimilco y a Cuernavaca. En Cuernavaca funcionaba un instituto diocesano de pastoral que dirigía un chileno, el padre Segundo Galilea, quien nos acogió con mucho entusiasmo. Se empezó allí una muy buena y duradera experiencia de apostolado obrero adulto.

Los Estados Unidos de México fueron una experiencia impresionante. Su capital es Ciudad de México. En ese país convivían –y conviven– grandes y modernas empresas con antigüedades históricas del reino de los mayas e indígenas y sectores campesinos.

El Estado se definía entonces como un Estado revolucionario. Gobernaba el partido de la revolución institucionalizada, el PRI, una colectividad muy especial que se repartía el turno de gobierno entre sus dirigentes. El Estado no tenía religión oficial, pero la mayoría de sus habitantes eran católicos. El Vaticano no tenía nuncio sino un delegado apostólico. Por motivos históricos los sacerdotes no podían usar sotanas en las calles, solo se la ponían en sus parroquias y en las celebraciones litúrgicas. En esos años en Chile los curas trataban de sacarse la sotana; en México luchaban por ponérsela de nuevo, dos paradójicas realidades en Iglesias de nuestro continente.

Con el correr de los años se deterioró la situación política imperante y comenzaron a funcionar grupos armados. Al padre Escamilla lo mataron de un balazo en su escritorio. Nunca pillaron a los asaltantes.

Posteriormente la experiencia del Centro de Pastoral fue asumida por el CELAM, formando un gran instituto latinoamericano con sede en la ciudad de Medellín, en Colombia, desde donde me invitaron varias veces a dictar conferencias o a participar en alguna jornada.

Seguimos a Guatemala, cuya capital es Ciudad de Guatemala, país sin religión oficial, aunque la gran mayoría de habitantes son católicos. Llegamos en una Semana Santa, que en esos tiempos era el acontecimiento más grande e importante del país. No conocíamos a nadie y la situación política era grave. En la plaza central de la ciudad habían acribillado a balazos al presidente de la JOC y por supuesto nadie quería hablar con nadie de nada.

Nos alojamos en una pequeña pero acogedora pensión familiar recomendada por un sacerdote. Cada día, desde el Jueves Santo, vimos muchas e increíbles procesiones, con andas muy grandes, llevadas por muchos hombres vestidos con túnicas moradas. No había ningún negocio abierto, tuvimos que esperar hasta el domingo, cuando algunos negocios comenzaron a funcionar, para poder tomar un café.

Nos contaron que en el mes de María se movilizaba durante un mes una imagen, desde la montaña, descansando un día en cada pueblo, hasta llegar a su iglesia central, con todos los negocios imaginables que los comerciantes organizaban. Durante ese mes había de todo, el tránsito era un caos. Pero también participaba un gran sector de feligreses devotos de la Virgen que rezaban con fe y con gran seriedad.

La gente contaba una anécdota. Un día un grupo se robó la imagen, pero otro campesino se la robó a su vez y la llevó de nuevo a la montaña, para asegurar que se realizara la procesión. Este campesino se sacó la lotería de varios millones. Se decía que la Virgen le había premiado.

En Guatemala no nos fue posible hacer nada, ni siquiera tomar contacto con alguien de la jerarquía o la nunciatura.

Debíamos seguir a Nicaragua para asistir a una Jornada organizada por la JOC para Centro América con la

presencia de su fundador, José Cardijn. El padre Alberto me dijo que fuera yo solo y que él me esperaría en Venezuela, nuestra última parada. Me dio direcciones, algo de dinero, y partió, dejándome solo en la pensión familiar.

Durante mucho tiempo me costó entender la actitud del padre Alberto, pero asumí la situación. No quedaba otra cosa dada la firmeza de Alberto. Llegué a Nicaragua donde me esperaba Pedro Fanega, que era el responsable itinerante de la JOC para América Central. En esta jornada terminaba su periodo, dejaba su cargo al igual que cuatro dirigentes de la JOC de Nicaragua, dos hombres y dos mujeres, a quienes tuve la alegría de conocer durante mi estadía.

Con Pedro recorrí varias instituciones, mientras le ayudaba a preparar la Asamblea, además de compartir con monseñor Cardijn, fundador y asesor mundial de la JOC con sede en Bélgica.

La Jornada fue un ciclo de formación militante que dictó monseñor Cardijn. De él aprendí mucho sobre la misión del laico, la dignidad y el valor del trabajo y nuestro objetivo como movimientos de Iglesia entre los trabajadores. Fue realmente muy importante escucharlo. Al final hice una presentación del MOAC, su incipiente realidad. En América Latina surgíamos justo cuando éramos más necesarios.

En Nicaragua, cuya capital es Managua, había terminado una larga dictadura y existía un régimen de transición. El gobierno no puso objeciones al encuentro y aprovechó de invitar a monseñor Cardijn y una delegación de la JOC a visitar el palacio presidencial y agasajarlos.

Un ente prestigioso en ese país era Radio Católica, que tenía una gran sintonía. La dirigía un sacerdote capuchino. Trabajaban con él los dos dirigentes que terminaban en la JOC. Llegué justo a tiempo para asegurar su continuidad apostólica y radial. En ese país estaba la base de lo que podíamos hacer en América Central, como realmente sucedió. Visité al Nuncio y a varios obispos, como nos sugirió don Manuel Larraín. Me llené de esperanza con el acuerdo con Pedro Fanega de nuestro trabajo en Venezuela.

Continúe mi gira en El Salvador. Allí me esperaba un sacerdote dominico. Los curas de la Orden de los Dominicos siempre estuvieron cerca, motivados por el padre Morelli desde Uruguay.

Me llevó a su iglesia que era la Catedral de San Salvador. Me dieron comida y alojamiento. Mis contactos fueron a través de un profesional joven quien, junto a Santiago Bruron de Chile, eran los coordinadores de la Acción Católica para América Central. Se trataba de un profesional de mucha influencia y muy conocido. Los contactos fueron muy buenos, pero no hubo ninguno con obreros, porque, según me explicaron, allí no había industrias. A cambio, en ese país tuve reuniones con universitarios y profesionales que ya funcionaban bien, y el equipo de la Acción Católica regional, que organizaba jornadas con varios países de América Central.

El Salvador, con su capital San Salvador, por lo que logré ver, escuchar y sentir, me pareció, en esos años, el país más estable y democrático que había conocido en América Central. De todas maneras logré dar a conocer el MOAC a una coordinación de Acción Católica y a movimientos de apostolado laico más organizados y con más proyecciones.

Di un informe de mi visita a los otros países, en su secretariado regional, y pedimos ser aceptados como algo importante y necesario en América Central y México, necesitados además de su apoyo regional para nuestra tarea.

Costa Rica, cuya capital es San José, lo percibí como un país de amplia y permanente democracia. Producía azúcar, cerveza, maderas, cigarrillos, oro y plata, como principales riquezas. Mi estadía no significó casi nada, no había nada, no me recibió nadie en los dos días que estuve, por lo que partí lo más luego que pude.

En Venezuela me esperaban Pedro Fanega, su esposa, y grupos antiguos de la JOC. El padre Alberto, la otra parte del equipo que me esperaba, se mostró muy contento con mi trabajo.

Allí tuvimos buenos contactos de Iglesia, y con organismos de trabajadores, obispos y sacerdotes. Pedro era una autoridad laica importante, casado con Lucy, proveniente de Curazao. Estaban listos para acompañar y animar nuestra nueva y creciente experiencia.

Venezuela ya era un país moderno, con muchas carreteras y riquezas, una moneda dura y con muchas ganas de construir la democracia. Habían tenido una larga dictadura, pero también existía una increíble pobreza. Nos encontramos con varios miembros de la JOC que ya estaban en edad de abandonarla y continuar con el MOAC. Varios ya estaban en el sindicalismo cristiano, en cooperativas y en el partido Demócrata Cristiano, Copei.

En este país estaba llegando, desde Chile, a su nueva sede la CLAT, Central Latinoamericana de Trabajadores. Conversamos con Emilio Maspero, su nuevo secretario general, un argentino que nos acogió muy bien, con cariño, comprensión y solidaridad. Emilio le dio a la CLAT un desarrollo impresionante. Creó algo con lo que algunos habíamos soñado: la UTAL (Universidad de los Trabajadores de América Latina), donde fuimos siempre invitados a jornadas de estudio muy importantes para los trabajadores latinoamericanos.

Este viaje influyó mucho en mi vida. Se hizo con el mínimo de dinero, durmiendo y comiendo en lugares sencillos y con apoyo de muchos, que nos sentían uno de ellos. El padre Alberto me explicó que me había dejado solo para que aprendiera a moverme, en una tarea que iba a realizar en forma muy solitaria. La realidad demostró que tenía mucha razón.

El mismo año, la JOC organizó en Argentina un congreso para los países sudamericanos, con la presencia de monseñor Cardijn. Dictó un seminario de estudios, que se publicó en el libro *La hora de la clase obrera*, de amplia difusión y acogida.

En esta jornada se me dio la oportunidad de presentar el MOAC. Fue una gran ocasión para tomar contactos. Participamos con Alberto González y por vez primera viajamos

con nuestras esposas, con pasajes pagados por nosotros. Se tomó contacto con los grupos existentes en Córdoba y los de Buenos Aires que coordinaban el padre Miguel Ramondetti y Victorio Bernardi, un laico de gran valor, capacitado, y con una familia formidable.

Después, aproveché de viajar por primera vez a Paraguay, a su capital, Asunción. Es un país mediterráneo y que entonces tenía una larga dictadura. Produce azúcar, energía eléctrica y ha desarrollado una creciente ganadería. El Estado profesa la religión católica, la de la mayoría de sus habitantes, aunque hay tolerancia de las otras religiones. Allí había un buen apoyo de sacerdotes y del obispo, monseñor Bogarin, al apostolado laico y a organizaciones de los trabajadores. Era mucho en un país en plena dictadura y que gozaba de muy poca libertad. Conocí además a Luis Meyer, gran dirigente estudiantil de proyecciones insospechadas. Me pareció que había en él y sus compañeros la fuente de un gran futuro para su país.

En Asunción me sorprendí al ver árboles de naranjos plantados en el camino del aeropuerto. La sorpresa fue mayor al encontrar árboles frutales en la calles.

VI. Mis primeras vinculaciones con el cardenal Raúl Silva Henríquez

Habiendo dejado de existir el cardenal José María Caro en el año 1958, algunos laicos, sacerdotes, religiosas e instituciones comenzaron a reunir firmas que entregaron en la Nunciatura a fin de asegurar el nombramiento de monseñor Emilio Tagle Covarrubias, su obispo auxiliar, como arzobispo de Santiago.

Según la opinión generalizada, don Emilio lo había hecho muy bien y estaba cerca de la gente, que lo quería mucho, especialmente en la naciente población José María Caro. En ese lugar existía una forma de parroquia distinta a las tradicionales, con un grupo de sacerdotes que vivían en casas muy pobres y no usaban la tradicional sotana. Sin embargo, el Papa nombró a monseñor Raúl Silva Henríquez, un salesiano que estaba vinculado con Caritas y que era obispo de Valparaíso. Fue una gran sorpresa y una desilusión para varios. Cuando, en mayo de 1961, el Nuncio Apostólico dio la noticia, puso fin a un ola de rumores que hablaban, además de monseñor Emilio Tagle, de monseñor Manuel Larraín e incluso de monseñor Alfredo Silva Santiago, al que querían los más conservadores en la Iglesia y en la política en Chile.

L'Osservatore Romano publicó los nombramientos de monseñor Silva Henríquez como arzobispo de Santiago y de monseñor Emilio Tagle como obispo-arzobispo de Valparaíso, con lo que se puso fin a la campaña de recolección de firmas en las parroquias más populares en favor de don Emilio.

Pasados algunos meses, Juan XXIII comunicó a través de la Nunciatura en Chile el nombramiento oficial de monseñor Silva Henríquez como Cardenal. Fue recibido con el

beneplácito de muchos que ya empezaban a conocerlo un poco más. Cuando fue a Roma a buscar su capelo cardenalicio, se nombró una comisión de recibimiento en la cual el MOAC estuvo representado por mí. A su regreso de Roma, el Cardenal llegó a nuestro tradicional aeropuerto de Cerillos para seguir, en una larga caravana de automóviles, hasta la plaza Ercilla. En ese lugar las autoridades civiles le hicieron el recibimiento oficial. Posteriormente la caravana siguió a la Plaza de Armas donde, desde el segundo piso del Arzobispado, en la ventana del Secretariado de la Acción Católica impartió su bendición. Fue un lindo recibimiento, en que tuve la dicha de besar la mano del segundo Cardenal que el Papa nombraba para Chile. Yo estaba allí, detrás de un pastor histórico.

Una de las primeras salidas pastorales del cardenal Silva Henríquez fue a la parroquia San José Obrero, donde instó a que los pobladores se organizaran y solicitaran un mejor trato del gobierno. Dijo que los sacerdotes allí presentes les ayudarían no solo a luchar por sus derechos, sino también a conocer y vivir el mensaje de Jesús, el único que les hará libres de toda opresión. Los pobladores se organizaron en cooperativas de ahorro y crédito y en una junta de vecinos. En el gobierno de Frei Montalva iniciaron una experiencia de autoconstrucción de casas con asesoría de especialistas de la CORVI.

El padre Pedro Castex, párroco de San Martín de Pórreres, era el jefe de ese grupo de sacerdotes que hacían esa experiencia diferente. Un día me encontré con una agradable sorpresa: el Cardenal me había nombrado en ese equipo consultor, en el cual estaban don Gabriel Larraín, el padre Roger Vekemans, Pedro Castex, Santiago Brurón, el padre Renato Poblete, el padre Manuel Ossa y otros. El objetivo de esta comisión era tomar el pulso a la acción de la Iglesia y sugerir respuestas pastorales adecuadas y planificadas. Por lo mismo comenzó a llamarse Oficina Técnica de Planeamiento, OTP. La comisión se reunía semanalmente y terminábamos a la hora de almuerzo en la casa del Cardenal, en la calle Lota. Desde esa época, mi cercanía con el Cardenal fue habitual.

El resultado fue tan bueno, que el Episcopado creó una comisión nacional, con los mismos integrantes. La coordinaba el padre Vekemans con resultados importantes para esos años.

Como primera tarea, se organizó una jornada nacional, con dos sacerdotes franceses: los padres Motta y Boular, especialistas en planificación pastoral. También se contempló la presencia de sacerdotes, de laicos e incluso de algunos obispos.

Campaña Nacional de Alfabetización

En Chile, el Partido Comunista y la izquierda socialista tenían más y más adeptos y muchos pensaban que el próximo Presidente sería socialista bajo la conducción del PC.

Un grupo de empresarios y profesionales de derecha había formado un movimiento llamado "Chile Libre". Se entrevistaron con el cardenal Raúl Silva Henríquez para darle a conocer sus objetivos. El prelado les aconsejó que su esfuerzo lo gastaran mejor en algo que promoviera y sirviera a la gente más pobre. Así, les aseguró, podían contar con él. De esta forma nació la Campaña Nacional de Alfabetización (1963), que hizo un bien inmenso, dado que había mucha gente adulta que no sabía leer ni escribir o que se había olvidado. Esta campaña fue apoyada y promovida por la Iglesia chilena, en todo el país.

Su directorio lo presidía el obispo Gabriel Larraín y la secretaria general la desempeñaba el ex ministro Óscar Herrera Palacios, un hombre de la derecha económica y política muy sensible a los problemas que se vivían. Estaban, además, Santiago Brurón, presidente nacional de la Acción Católica; Gabriela Videla, de la JOC nacional, y José Aguilera, del MOAC, junto con otros personajes del mundo político, empresarial, financiero.

En ese directorio fuimos escuchados y participamos ampliamente. Transformamos el tradicional *Silabario Hispano Americano* en una herramienta adecuada para la gente adulta, a la cual iba dirigida la campaña. Se logró supe-

rar las barreras ideológicas y se resaltó la dimensión de servicio a quienes no sabían leer.

Visitamos, incluso, las Fuerzas Armadas. Fuimos recibidos en un gran acto por la dirección de la Marina logrando que se comprometieran a enseñar a leer a los conscriptos que hacían su servicio militar. Además, sumamos a los otros credos religiosos a la campaña. Fue una iniciativa realmente importante y valiosa a nivel nacional. Contamos siempre con la oportuna orientación y la confianza del pastor que velaba por el bien de Chile. Para algunos fue nuestro primer diálogo y trabajo en común con profesionales y políticos de derecha.

La Gran Misión General

Al mismo tiempo que en Roma se desarrollaban las sesiones del Concilio Vaticano II, en 1963, tuvo lugar en Santiago la Gran Misión General, convocada por el Cardenal Arzobispo. Su finalidad era evangelizar en Santiago, que comenzaba a ser, según el Cardenal, una gran ciudad, que crecía de manera desbordante. A mí me nombró en el equipo de preparación y desarrollo.

La Gran Misión General, a juicio de muchos, fue la iniciativa pastoral más importante realizada por nuestro Cardenal. En momentos claves en nuestro país, él tuvo la inspiración y la valentía de predicar el mensaje de Jesús liberador de todas nuestras esclavitudes. La Gran Misión comenzó el 7 de enero de 1963 en la zona rural-costa con gran éxito.

Al MOAC, nuestro movimiento, se le pidió algo especial: organizar la misión en el puerto de San Antonio. Hacia allá partieron Magno González y Vivian, Alberto Hernández e Hilda, Hugo Cisterna y Vivian, José Aguilera y Nena, el padre Pedro Castex y varios otros militantes. Se utilizó por primera vez un medio de comunicación importante para esos años: la Radio Chilena.

Por la radio, todos los días, el padre Pedro Castex introducía algunas reflexiones y orientaciones para los grupos reunidos a una hora determinada de la noche. Con la

ayuda de un coordinador realizaban la reunión de misión. Los coordinadores habían sido preparados metodológicamente en varias reuniones. En ellas hicimos de orientadores varios miembros del MOAC y algunos sacerdotes y religiosas. Además, se repartieron grabadoras para reproducir las motivaciones a otras horas.

La Misión se recuerda como un hecho muy importante. Ofreció un nuevo rostro de la Iglesia. No era la típica misión tradicional patrocinada por los dueños de fundos, que durante el verano realizaban curitas que venían de vacaciones a la casa del patrón. Por una o dos semanas fueron miles y miles los grupos que funcionaban en la diócesis de Santiago buscando y revelando la presencia de Dios entre nosotros.

Nuestro equipo se sumó a la gente de San Antonio para orientarla e informarla de la Misión. En forma especial nos encargamos de los lugares que al decano le parecieron más difíciles. Hugo Cisterna fue al cerro Los Placeres, donde estaban las casas de prostitución. Tuvo una muy buena acogida. Todas las noches se escuchaba la grabación de radio y se reflexionó muy bien a partir de esos temas radiales. Hugo y Vivian hicieron un gran trabajo.

Magno y yo, junto a otros participantes, hicimos nuestro trabajo en el puerto. Tuvimos varias reuniones con pescadores y grupos de trabajadores portuarios en sus sindicatos. El padre Pedro y nosotros fuimos recibidos hasta por la dirección del puerto, por los sindicatos y asociados en pleno que querían escuchar lo que Dios les quería decir y lo que el cardenal Silva Henríquez, su pastor, les presentaba como la Iglesia de todos. No cabe dudas que Dios ya estaba allí entre esa gente y no lo sabían.

El gran Sínodo de Santiago

Después se organizó el gran Sínodo de Santiago, que comenzó en su primera etapa en 1967 con 400 delegados. Fue otro gran acierto del Cardenal y su equipo pastoral. Las asambleas de síntesis se realizaban en el colegio de las Monjas Inglesas. En una de las primeras sesiones de síntesis los delegados del MOAC, que yo encabezaba, tuvimos

algunas discrepancias pastorales, francas y respetuosas, con los delegados empresariales.

El Sínodo estuvo muy abierto a recibir los aportes de todos los sectores y reflexionar sobre ellos, en busca de conocer mejor la realidad de la diócesis y encontrar respuesta pastorales adecuadas

La segunda sesión del Sínodo estuvo centrada en sintetizar el tema sobre los laicos. Importante fue el comienzo de un diálogo de algunos militantes del MOAC (Alberto González, Manuel Cifuentes, Alberto Hernández, Hugo Cisterna, Alberto Sobraos, José Aguilera) y empresarios agrupados en la Unión Social de Empresarios Cristianos. Fue el comienzo de un largo y fructífero proceso de vinculación y diálogo.

La Carta Pastoral “Inquietudes y Esperanzas”

Fruto de las múltiples reuniones del equipo consultor del Cardenal, se le propuso elaborar una carta pastoral a los cristianos de Santiago. Su objetivo era que, a partir de la realidad de nuestro país, se viviera la Navidad más centrada en su verdadero valor y no en el despilfarro de gastos.

El equipo trabajó en largas y pacientes sesiones de reflexión a solicitud del Cardenal. Se le entregó un esquema redactado por el padre Manuel Ossa, teólogo jesuita y miembro de nuestro equipo consultor. Fue un gran honor para el equipo consultor y mostró en la práctica la sencillez y humildad del Cardenal.

“Inquietudes y Esperanzas” fue el título de las reflexiones sobre problemas candentes de la hora actual de la Iglesia de Santiago. La carta fue firmada por el cardenal Silva Henríquez y los obispos auxiliares, monseñores Ismael Errázuriz y Fernando Ariztía. Se entregó en los días previos a la Navidad en un acto público en el auditorium del Arzobispado. Nunca antes la Iglesia de Santiago había hecho una declaración de ese tipo.

En su introducción la carta pastoral decía:

“Llega nuevamente a nosotros el día de Navidad, alborozados recordamos el hecho más hermoso de la his-

toria de la humanidad: el nacimiento de Jesús, el Salvador, y junto al humilde pesebre de Belén nos parece necesario hacer un alto en nuestro caminar para considerar a la luz que irradia de Él nuestros ideales y nuestras realizaciones; nuestros odios y nuestros amores; nuestras seguridades y nuestras inquietudes; nuestros sueños y nuestras realidades.

Nuestro presente encara hoy una serie de hechos y situaciones nuevas. No haremos la crónica de ellos, sino que reflexionaremos sobre algunos de ellos desde tres puntos de vista que nos ayuden a mirar los hechos con cierta profundidad.

Estos tres enfoques serán:

1. La experiencia de una diversidad que contiene amenazas y promesas para la sociedad y para la Iglesia.
2. La experiencia de una inseguridad que puede o bien detener nuestra acción o bien impulsarla de nuevo.
3. La experiencia de una ausencia, pero también una presencia de Dios en medio de nosotros.

Yendo a la luz por nuestra acción podemos ayudar también que la luz que es Cristo llegue a quienes la buscan, de modo que su gracia, su protección, su amor y su bondad estén con nosotros y con todos los hombres nuestros hermanos, para que en lo íntimo de sus corazones sientan la alegría y la paz de ser hijos de Dios. Navidad 1969”.

Algunos recuerdos más personales

El 23 de octubre de 1980, mi segundo hijo, Juan José, que había nacido el 28 de enero de 1962 y que estaba terminando sus estudios medios y que había sido interrogado por la DINA en cuatro ocasiones, fue chocado por una camioneta en la motocicleta de un amigo en la cual viajaba al colegio. Quedó gravemente herido en la cabeza, siendo internado en el Hospital de Neurocirugía. Me afectó profundamente verlo en una situación crítica, casi al borde de la muerte.

En la tarde de ese día, volviendo de mi trabajo en la Vicaría de la Pastoral Obrera, encontré sentado en un sillón de mi casa al cardenal Silva Henríquez junto al padre Juan de Castro. Habían ido para darme el apoyo y la seguridad de su preocupación fraternal y solidaria. ¿Cómo olvidar ese gesto del pastor con la familia de un colaborador? Fue una oportunidad entre muchas en que estuvo a mi lado dándome su apoyo.

¿Cómo olvidar a don Raúl?

Otro hecho grabado en mi mente fue el casi olvido en que murió. Siempre tuvo la acogida de sus hermanos salesianos y la visita dominical de Reinaldo Sapag y su familia. Le llevaban chocolates que compartía con los padres salesianos con quienes vivía y conmigo, después de la misa. Yo veía como la vejez y el abandono era ya lo normal en su vida diaria. Cuando me despedía, me tocaba la cara y en mi frente siempre hacía una cruz.

Tal vez lo que yo percibía no era toda la realidad. En la semana iban muchos a visitarlo, pero estoy casi seguro que mi impresión era real y Don Raúl en esos años estaba casi siempre en su santa soledad. Hoy, en cambio, está junto a muchos que lo admiran y lo quieren siempre.

En la mañana del día que murió estuve a algunos pasos de su cama, casi junto al padre Antonio Díaz y a su gran amigo Reinaldo Sapag, quien se mantuvo a su lado hasta el mismo momento de su muerte. En su misa de despedida leí un texto del Evangelio sin poder hacer más. Había muerto el pastor de millones de chilenos, los más débiles.

El señor Cardenal, nuestro pastor, después de sufrir una crisis respiratoria había muerto en abril de 1999.

VII. Mundos en diálogo. Una gran experiencia

Nuestra vida familiar seguía modesta, pero con esperanzas de un futuro mejor, conociendo mucha gente santa, buena y generosa. En una jornada que organizó el MOAC sobre el tema de la natalidad, fue invitado el matrimonio del doctor Florencio Baeza y Delia del Río. Él era hermano del padre Alfonso Baeza Donoso, que había estudiado en Roma. Monseñor Gabriel Larraín, obispo auxiliar de Santiago, quería incorporarlo como asesor en el apostolado obrero.

Florencio y Delia eran un matrimonio muy solidario con nuestras inquietudes. Estuvieron siempre al servicio de los más necesitados. Por intermedio de ellos varios profesionales llegaron a prestar sus servicios, valiosos y desinteresados, a los más desvalidos. Su casa era una casa de todos, una casa de diálogo permanente, del mundo de los profesionales y empresarios, angustiados por la pobreza existente pero con acciones promocionales muy concretas. Querían superar la realidad existente con acciones que debían encabezar los mismos marginados organizados. Allí conocimos y convivimos con Paulo Freire, el famoso educador brasileño exiliado en Chile; Pablo de Tarso, exiliado ministro de Educación de Brasil; Claudio di Girolamo; Tito Dittborn y su esposa Carmen; John Elton y su esposa Pepa; Fernando del Sol y su esposa Olga; Jaime Olivo y su esposa y muchos más.

En una ocasión, junto con Florencio, Delia, el padre Juan de Castro, el padre Alfonso Baeza, Alberto González y su esposa Carmen, Alberto Hernández y su esposa Hilda, Hugo Cisterna y su esposa Viviana, más José Aguilera y Nena, mi esposa, se organizó un taller de natalidad. Todos aprendimos mucho y quedamos capacitados para orientar a

otros matrimonios. Aprendimos a conocer nuestro cuerpo y el de nuestra esposa, de sus ciclos y la manera consciente de concebir un hijo. Para nuestra alegría, todos los matrimonios, incluyendo a Florencio y Delia, quedamos esperando un hijo. En nuestro caso, María de la Paz, nuestra tercera hija.

De este modo, Florencio y Delia se fueron metiendo en nuestras vidas y nosotros en la suyas, de una manera familiar, hermanable, día a día en nuestras luchas, en nuestras opciones políticas, en nuestras esperanzas y valores, en nuestra participación y fe en las organizaciones de los trabajadores. Políticamente participaron en el MAPU y como Iglesia se encarnaron en los más necesitados.

En el gobierno de Allende, Florencio fue candidato a ministro de Salud, cargo que el MAPU no aceptó al comienzo del gobierno. Fue el último director del Hospital Barros Luco, ubicado en el sector sur de Santiago, donde hizo un gran trabajo participativo. Terminó como muchos, exiliado político con toda su familia en Inglaterra.

VIII. Caminando hacia un Movimiento Apostólico Mundial de Trabajadores

En el otoño de 1963, un grupo de dirigentes del MOAC de Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Colombia y Chile fuimos invitados a una jornada internacional llamada Conversaciones Internacionales, por la Acción Católica Obrera de Suiza y de Francia, a la ciudad de Sión, Suiza. Estas jornadas ya se celebraban anualmente con movimientos de Europa, y algunos convidados de África. Por primera vez se invitó a algunos de América Latina. En total fuimos ocho de nuestro continente. Fue una experiencia muy importante para nosotros como seres humanos, para nuestro movimiento y para los propios europeos.

De Chile fuimos con Alberto González. Después de la jornada a todos nos invitaron a conocer los movimientos en Italia, Bélgica, Suiza y España. Con Alberto estuvimos conociendo la Acción Católica Obrera de Suiza y Francia y las Hermandades Obreras de Acción Católica de España. Además de conocer Ginebra, París y Madrid, conocimos más de cerca algunos militantes obreros cristianos. Hombres y mujeres de gran valor, capacidad intelectual y testimonio de vida. También nos dimos cuenta de los problemas que tenían los europeos y las diferencias entre sus métodos, objetivos organizacionales y representación.

Nos impresionó la ACO de Francia. Tenía su sede en el centro de París, algunos dirigentes liberados por sectores de trabajo, un periódico muy bien hecho y de gran circulación. Ahí nos dimos cuenta que nosotros estábamos siguiendo su línea, que era distinta a la de otros movimientos como los de los belgas, alemanes, italianos, españoles, etc. Era lo que había impulsado Alberto Depienne con ayuda monetaria de Francia y ello nos molestó un poco. Esta situación le daba la razón a don Rafael Larraín, quien ya había planteado el

peligro de no hacer algo original a partir de nuestra cultura. Tenían militantes muy capaces y una gran vinculación con la jerarquía de la Iglesia. Fue el nacimiento de una gran amistad con Jeen Bonet, su secretario general.

En Suiza, el movimiento era pequeño con gente muy capaz, muy generosa, con una mirada sobre el Tercer Mundo muy amplia. Su experiencia era muy parecida a la ACO de Francia en sus métodos y objetivos. Suiza tiene Berna como capital. Es un país federal, con una mayoría protestante. Encontramos en Suiza militantes católicos de gran testimonio, en un país rico como era el suyo. Paul Adams era uno de ellos. Lo conocimos en su trabajo de carpintero, de mameluco, automóvil para movilizarse y un buen departamento para vivir.

Dormimos en su casa y conocimos el orden impresionante que existe a todo nivel. El dinero de la leche estaba en las botellas dejadas en la puerta de las casas; para comprar el diario había quioscos donde se sacaba el ejemplar y se dejaba el dinero; los peatones solo atravesaban en las esquinas, en lugares marcados especialmente. Nadie cruzaba a media cuadra. Era muy impresionante la diferencia con nuestros países, pero también el costo de la vida era muy diferente. Joaquín Arnaldo, que se embarcó en Río de Janeiro con el padre Pablo Riu, llegando a Ginebra, cambió 100 cruzeiros y le dieron tres francos suizos. Con cien cruzeiros tomábamos cien cafés en Brasil. Con tres francos logramos tomar tres cafés en Ginebra.

En la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) de España nos encontramos con una gran experiencia, formadora de trabajadores cristianos de envergadura, increíble. España era un país con una larga dictadura, con Francisco Franco en el poder después de una guerra sangrienta en la que murieron muchos miles de españoles y extranjeros voluntarios que apoyaban al gobierno socialista. En la actualidad es un país con un rey y una especial democracia, tiene una religión de Estado, la católica, que se enseña desde el colegio.

Contaban con un gran movimiento apostólico obrero de valiosos militantes, tenían un Plan Cíclico de Formación

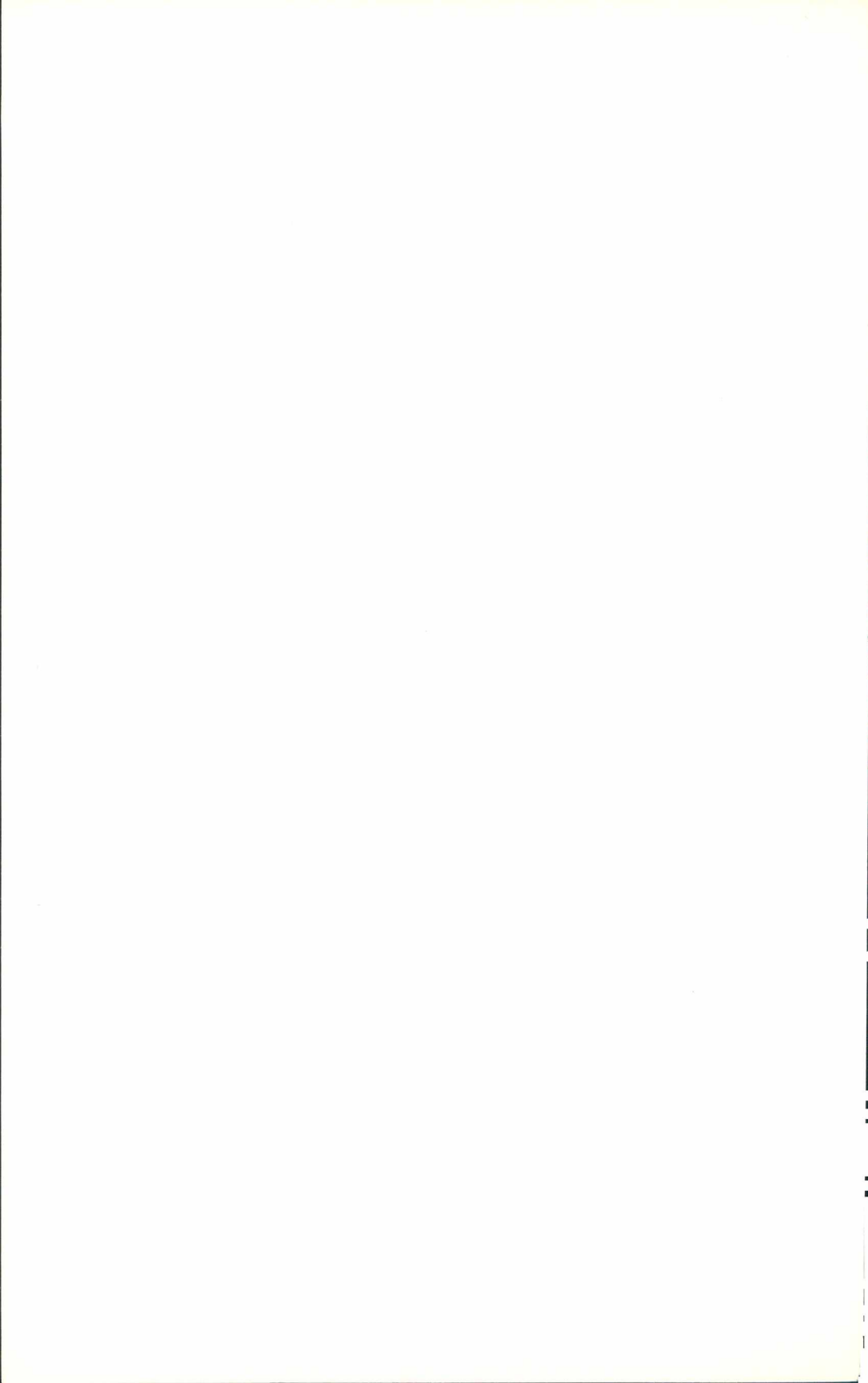
de militantes realmente exitoso. Quienes habían pasado por una larga dictadura, habían trabajado con mucha paciencia y muy bien. El resultado se veía en los militantes que tenía la HOAC, asesorada por sacerdotes de primera, entre los cuales sobresalía don Tomás Malagon, a quien tuve la oportunidad de conocer, y otros militantes como Paco Mera, Jacinto Martín, Teófilo Pérez Rey.

Teófilo era una persona inolvidable. Llegó a ser como un hermano, de quien recibimos siempre mucho los latinoamericanos, al igual que de su familia. Teófilo Pérez Rey, un capaz y santo varón, que Dios puso en mi camino, para animarme siempre.

Los que fuimos en esa gira constatamos lo que los europeos tenían, que era mucho. Supimos de su diversidad y de sus problemas que eran muchos también. Aprendimos que nosotros debíamos hacer nuestra propia experiencia, desde nuestra cultura y nuestra realidad histórica, con un gran objetivo: formar militantes de Iglesia y de las organizaciones de los trabajadores, sin dependencias ideológicas o teológicas. No más.

Con el correr de los años, esta posición nuestra no fue respetada por algunos europeos y debilitada en nuestro continente, por dineros que llegaban como solidaridad. También se debilitó a través de algunos sacerdotes, que solo querían repetir lo que se hacía en su país, a diferencia de algunos dirigentes europeos que encontraban valiosa nuestra posición y que era comprendida y apoyada por algunos obispos que tenían cargos claves en el CELAM.

Lo grave fue que las dictaduras militares identificaban la lucha por la justicia, la vivencia de la Doctrina Social de la Iglesia, con el marxismo leninismo, que había que reprimir. Así se fueron multiplicando las dictaduras, que no fueron nunca intérpretes de las aspiraciones de los más pobres, de sus aspiraciones de desarrollo y dignidad como personas. Esta situación se vivió por algunos años en nuestros movimientos, con consecuencia trágicas: mucha soledad y poca comprensión.



IX. Iglesia en América Latina

Apostolado laico

Monseñor José Dammert obispo de Cajamarca, Perú, encargado del apostolado laico de CELAM, me invitó a ser parte de su equipo de laicos y sacerdotes, que lo asesoraban en su tarea, y que jugaron un rol fundamental, en la preparación de La Conferencia Episcopal de Medellín. También fue importante tanto para el apostolado laico como para nosotros el tener contacto con monseñor Óscar Quarrachino (obispo de Avellaneda) sucesor de monseñor Dammert en su cargo y posteriormente presidente del CELAM y cardenal de Buenos Aires.

Conocí gente de gran valor, como fue y sigue siendo Methol Ferré, que es el primero que nos habló de geopolítica, de su importancia para actuar con los pies en la tierra, de su gran utilidad para los militares y de la importancia de asumir la cultura como realidad. Methol nunca logrará saber la relevancia que tuvo y tiene en nuestras vidas, como seres humanos conscientes, miembros de una Iglesia que quiere ser fiel a Jesucristo, en esta realidad concreta que es América Latina.

En esos años fui invitado a participar en el curso anual del Instituto Latinoamericano de Doctrinas y Estudios Sociales (ILADES), creado por el CELAM y entregada su dirección al padre Pierre Bigo, jesuita francés. Él había sido sacerdote obrero en su país. El curso era para sacerdotes e intelectuales laicos de toda América Latina. El padre Bigo lo abrió para que participaran unas quince personas (hombres y mujeres) venidos de organismo de los trabajadores, aunque no tuvieran estudios universitarios. Fue una experiencia magnífica porque, a pesar de la dife-

rencias inevitables, los trabajadores teníamos una práctica y experiencia superior en el campo social, no solo de Chile, sino de otros países.

Fue muy importante para mi vida. Se trabajaba diariamente a tiempo completo, con exámenes muy exigentes, profesores de mucha capacidad y prestigio. La mayoría de los quince aprobamos todos los ramos con gran alegría del padre Bigo. Entre los profesores estaban el padre Veke-mans, Jaime Gazmuri, el padre Gonzalo Arroyo, el padre Manuel Ossa, Ricardo Arias, que después fue candidato a la presidencia en Panamá, Pablo de Tarso (ex ministro de Educación en Brasil), Paulo Freire (famoso educador brasileño). Fue el lugar donde mejor se enseñó la Doctrina Social de la Iglesia aplicada a nuestros países. Su funcionamiento se interrumpió por algunos años por rencillas políticas e ideológicas que el padre Bigo no aceptó porque a su juicio cambiaban su objetivo.

Conferencia de Medellín

Mientras tanto seguía participando en las reuniones anuales del Departamento de Apostolado Laico del CELAM con la dirección de monseñor Dammert, quien aprovechó la reunión de Lima para invitarme a la Conferencia Episcopal de América Latina que se celebraría en Medellín (Colombia) con la venida del papa Pablo VI.

Fueron invitados diez o doce laicos de varios países y movimientos apostólicos de América Latina.

Llegué a Medellín al empezar la reunión. Entre los laicos invitados estaba Tibor Sulik, que era nuestro presidente del MMTS; Luis Meyer de Paraguay, José Alvarez Icasa de México, Margarita Moyano de Argentina entre otras tres o cuatro mujeres invitadas, lo que era también formidable.

Se nos pidió que uno de nosotros, los laicos, hiciera un saludo a la asamblea. Con mucha alegría recibí el honor y la gran responsabilidad de hacerlo. Elaboré un esquema para que recibiera el aporte de todos. Lo hice lo mejor que pude, nervioso y esperanzado después de una noche de desvelos.

El Santo Padre Pablo VI inauguró la asamblea en la catedral de Bogotá con las siguientes palabras:

“El porvenir reclama un esfuerzo, una audacia, un sacrificio que ponen en la Iglesia un ansia profunda. Estamos en un momento de reflexión total. Nos invade como una ola desbordante, la inquietud característica de nuestro tiempo especialmente de estos países, proyectados hacia su desarrollo completo, y agitados con la conciencia de sus desequilibrios económicos, sociales, políticos y morales. También los pastores de la Iglesia, hacen suya el ansia de los pueblos en esta fase de la historia de la civilización; y también ellos, los guías, los maestros, los profetas de la fe y de la gracia, advierten la inestabilidad que a todos nos amenaza”.

“Nosotros compartimos vuestra pena y vuestro temor, hermanos. Desde lo alto de la mística barca de la Iglesia, también nosotros, y no en menor grado, sentimos la tempestad que nos rodea y nos asalta. Pero escuchad también de nuestros labios, hermanos, vosotros –personalmente más fuertes y más valientes que nosotros mismos–, la palabra de Jesús, con la cual Él, presentándose entre las olas borrascosas, en una noche llena de peligros, gritó a sus discípulos que navegaban: “Soy Yo, no temáis”. Sí, nosotros queremos repetiros esa exhortación del Maestro: “No temáis”. Es para la Iglesia una hora de ánimo y de confianza en el Señor”.

Para seguir sintiendo la cercanía y ayuda de Dios me destinaron a la comisión Paz junto a monseñor Helder Cámara; Pierre Bigo; monseñor Diestefano, de Argentina; Gustavo Gutiérrez, el teólogo de la liberación; el padre general de los jesuitas, padre Pedro Arrupe. Fue un trabajo muy bueno, hecho con participación y aporte de todos, y de cada uno, libremente e inspirados por el Espíritu Santo.

Medellín, entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre de 1968, ocurrió un hecho histórico para América Latina y su Iglesia. Un papa, Pablo VI, vino a nuestro continente para impulsar la aplicación del Concilio y valorizar la experiencia del CELAM. “La Iglesia en América Latina a la Luz del Con-

cilio Vaticano II" fue el eje de su reflexión. Pero no solo era eso, era la encarnación del Concilio, era un renacimiento de la presencia de la Iglesia en Latinoamérica, iluminada por el Concilio, desde la realidad concreta del continente; la realidad de miseria colectiva estructural y ansiosa de transformaciones. Siguiendo el esquema clásico de la JOC (ver, juzgar y actuar), se hizo un examen de la realidad, se contrastó con el Evangelio y los documentos de la Iglesia, para terminar haciendo propuestas de acción pastoral, acordes con la reflexión hecha.

La idea de Medellín fue gestada en la mente de monseñor Manuel Larraín al final del Concilio. Pablo VI le dio vía libre para llevar el Vaticano II a América Latina y monseñor Manuel Larraín acometió el proyecto como presidente del CELAM. Debido a que murió en 1966, tuvo que llevarlo adelante su sucesor, Dom Avelar Brandao de Brasil, quien le dio la forma definitiva.

Después de Medellín, la irrupción de los pobres, con rostros concretos de oprimidos o faltos de justicia, fue una realidad impresionante en la vida de la Iglesia. Los laicos y sus movimientos salieron fortalecidos. Habían estado presentes los obispos más representativos de las inquietudes del continente. El cardenal Silva, en uno de sus característicos gestos nobles, postergó su participación en beneficio del obispo de Iquique.

Cuando empezó la Conferencia, el seminario de Medellín estaba resguardado por militares. Don Helder Camara pidió que estos fueran retirados. Fue un gesto muy importante para muchos cristianos, como testimonio de su fe en Dios y en la gente de Colombia y también para que entendieran que en ese lugar no eran bienvenidos los militares.

La presencia de los movimientos apostólicos especializados fue muy destacada. La JOC arrendó en el mismo seminario una casita que estaba a solo cien metros del local central. Allí vivieron el padre Agustino Presto, asesor continental, algunos dirigentes de varios movimientos para acompañar la Asamblea de una manera muy seria y comprometida. Por supuesto se convirtió en un lugar de encuentro permanente de nosotros, los laicos invitados.

Creo que la Iglesia no ha reconocido todavía el gran aporte que la JOC ha hecho y que la ausencia de asesores sacerdotes la fue deteriorando. La JOC fue la que más sufrió la crisis sacerdotal, al igual que los universitarios. Formó laicos de gran valor y muchos obispos claves vinieron de allí. La presencia de Dios fue la realidad más concreta y visible en esta Iglesia que quería encarnarse en América Latina. Yo la viví histórica y ampliamente.

La preparación de Puebla

Luego vino la preparación de la Asamblea del CELAM que se realizaría en Puebla (México). En varios encuentros del Departamento de Apostolado Laico se conversó sobre esta asamblea y sobre los temas específicos que interesaban a los laicos y que deberían tratar los obispos de América Latina. Alberto Methol Ferré fue un hombre clave durante la preparación y realización de esta Asamblea. Se elaboró un documento preparatorio para que los episcopados de cada país opinaran y nombraran sus delegados. Fue diferente a Medellín, pues allí este documento preparatorio no existía. Otra diferencia fue que a los laicos invitados los nombró en su mayoría cada episcopado. Methol hizo muchas gestiones con el presidente de CELAM para que se me invitara, incluso como experto, pero este dijo que ya existían muchos asesores chilenos invitados y que Chile ya tenía su laico nombrado. Así se frustró definitivamente mi presencia en esa importante asamblea.

¿Crisis o readecuación en la Iglesia?

Después del Concilio Vaticano II, al comenzar su aplicación, vivimos en carne propia la gran crisis sacerdotal. Hubo casos increíbles, de grandes y comprometidos amigos, que no tuvieron paciencia, y por diferentes motivos abandonaron el sacerdocio. Nadie puede saber cuánto fue nuestro sufrimiento por acciones realmente infantiles de algunos sacerdotes y religiosas cercanos y conocidos. Lo más impactante fue el abandono de nuestro asesor, el padre Alberto Depienne, al término de un curso pastoral en Francia. Se fue el padre Pedro Castex, mi compadre y amigo de siem-

pre, Miguel Ramondetti y Andrés Lanson de Argentina, Tito Cornejo y su hermano Manuel Ossa, Alejandro Vera, Ignacio García, chilenos, Carlos Álvarez Calderón, de Perú.

También dejaron sus cargos un obispo de Argentina, uno de Perú y otro de Chile. Los laicos que teníamos responsabilidades en la Iglesia sufrimos mucho con esa crisis, porque recibimos el golpe desde muy cerca y nadie creía en nuestro dolor. Todos eran curas y obispos muy comprometidos con la gente más necesitada, y como en esos años se veían muchas posibilidades políticas, hubo también una sobreideologización: la Revolución Cubana nos afectó a todos en mayor o menor grado.

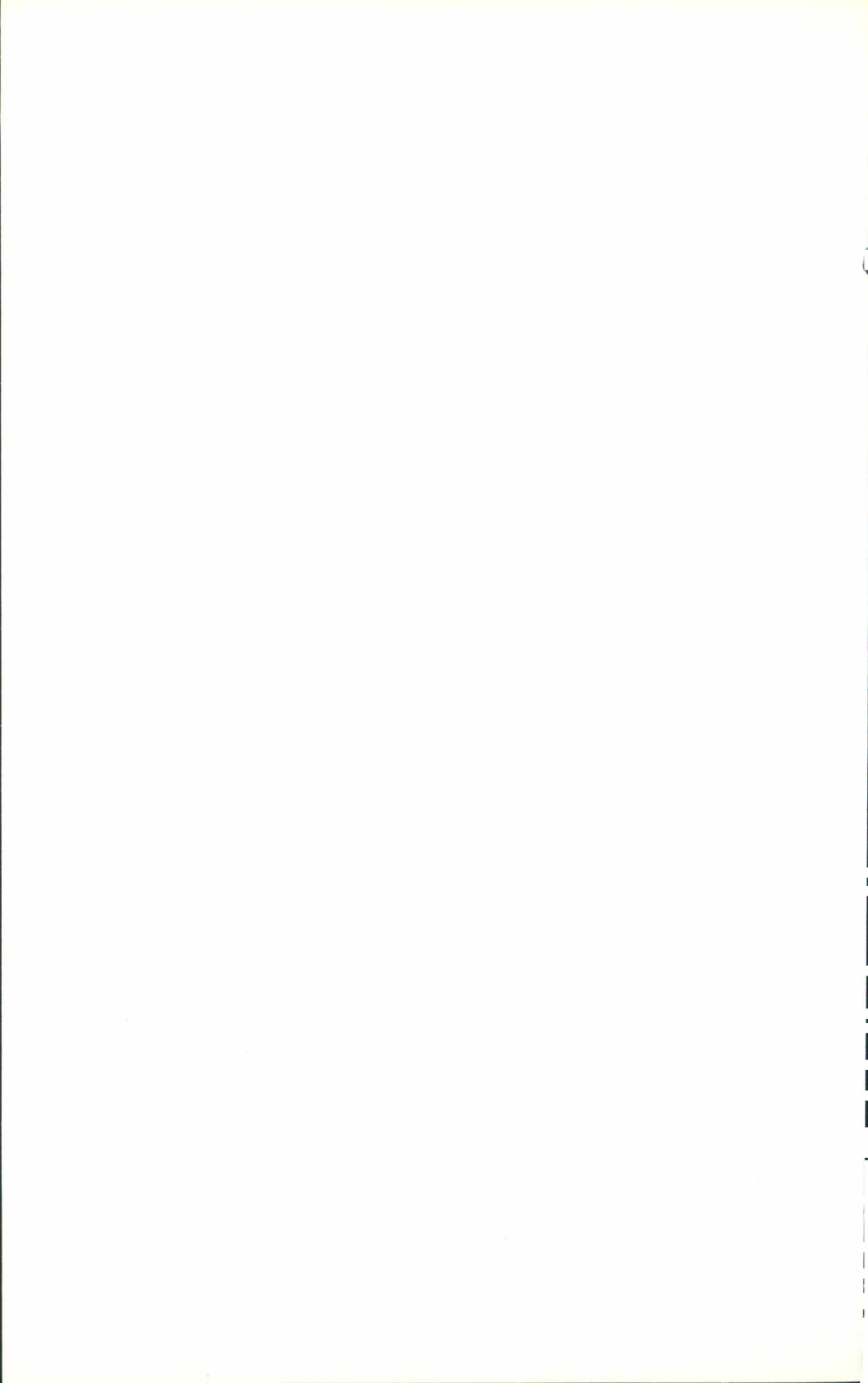
Me parece, por lo que viví, que el tema del celibato fue el tema de salida. Frente a una realidad más compleja, muchos sufrimos calladamente esta gran crisis de muchos hermanos de Iglesia. Muchos de ellos eran los más cercanos a nosotros y afectó mucho a los movimientos de Acción Católica Especializada. También afectó mucho a la Iglesia en su conjunto, de una manera profunda en su búsqueda de encarnación en el mundo moderno. Nos quedamos solos, sin la ayuda insustituible de un sacerdote. Nos quedamos solos.

En medio de esa crisis, mi amigo y militante del MOAC Alberto González, asumió la presidencia de la Acción Católica de Chile, un gran y honorable cargo que Alberto desempeñaba muy bien y con responsabilidad. En esta situación de readecuación o crisis se organizó en Argentina el primer Congreso Latinoamericano para el Apostolado Laico, conjuntamente con la VI Semana Interamericana de Acción Católica. Participaron 250 delegados de 13 países de América Latina, en ambas y conjuntas actividades realizadas en Buenos Aires, entre el 7 y el 12 de octubre de 1967. Fue el último de estos encuentros que se pudo realizar en una situación crecientemente conflictiva en nuestro continente. Los miembros de los movimientos especializados comenzaban a descubrir el valor de la política y por consiguiente de la democracia en un continente con dictaduras en muchos países, en especial en la Argentina que nos cobijaba en estas actividades internacionales.

La situación de los derechos humanos era muy complicada, sobre todo de los sindicalistas y universitarios. Además, ya era visible la presencia de movimientos de respuestas políticas de todo orden. Sin embargo, según los propios argentinos, la Jerarquía de la Iglesia guardaba un malentendido silencio frente a esta situación. En ambos encuentros se vivió de cerca esta situación. El primer caso se presentó cuando Juan Vásquez, argentino, laico y uno de los invitados permanentes a las sesiones del Concilio Vaticano II, expuso el tema "La Acción Católica a la luz del Concilio y el Magisterio de la Iglesia". Hubo muchas manifestaciones de desagrado de los presentes, sacerdotes y laicos en especial de los movimientos apostólicos especializados. Un día vino a saludar el cardenal Antonio Caggiano. Fue aplaudido por un sector de los delegados mientras otro estaba con sus manos abajo en clara posición de protesta por su silencio frente a la dictadura. Algunos tratamos de saber quién había organizado esta manifestación de silencio, pero llegamos a la conclusión que fue totalmente espontánea.

Chile debía hacer un aporte. Se me encomendó preparar y exponer el tema "La Acción Católica en la Pastoral". Se lo mostré previamente al sacerdote y asesor de la JOC chilena, don Sergio Contreras, quien lo encontró relativamente claro y del cual recibí una felicitación por mi exposición. La asamblea lo aplaudió mucho, ya que había sido hecha por un delegado obrero, en contraste con el tema anterior que había sido rechazado.

El final de estos encuentros se celebró con una manifestación en el Jockey Club argentino. Muchos no asistieron en señal de protesta por el lugar elegido.



X. Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos (MMTC)

Asamblea constitutiva y desarrollo inicial

Mientras pasaba el tiempo, seguíamos con el interés de crear un solo movimiento a nivel mundial, como lo sugerían instancias del Vaticano, Tibor Sulik era nuestro hombre, en el equipo de los nueve que seguía en ese esfuerzo, del cual éramos informados oportunamente. Hasta que llegó el día de encontrarnos, militantes de Iglesia de los cinco continentes, en Roma en la Casa Domus Marie. En la primavera europea de 1964 se realizó una gran asamblea para crear el MMTC, Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos, con una considerable participación de delegados de África y América Latina, Asia y Europa.

Fuimos muy bien preparados y nuestro aporte fue clave, fruto de una asamblea de preparación en Montevideo. En la reunión de Roma fue elegido Tibor Zulik como presidente, Robert De Gen (gran militante y amigo belga) como secretario general, y el sacerdote portugués Agustino Jardín como asesor. El MMTC se debía construir y desarrollar a partir de la realidad obrera de cada país.

Los trabajadores viven en todo el mundo situaciones comunes y tienen aspiraciones que los unifican. Pero la clase obrera y el Movimiento Obrero estaban marcados por la historia nacional de cada país. En algunos, la industrialización comenzó a mediados de siglo XIX, mientras que en ciertos países del Tercer Mundo recién se estaba forjando la clase obrera. La Iglesia según su implantación y su historia había asumido la clase trabajadora de diversas maneras. Por estas razones los movimientos de obreros cristianos estaban muy diversificados. El MMTC se debía constituir como lugar de encuentro, diálogo y unidad de todas estas diversas realidades.

El MMTC surgió después de mucho trabajo y discusiones e incluso confrontaciones. En 1951 las asociaciones de trabajadores cristianos de Austria, Bélgica, los Países Bajos y Alemania Federal fundaron la FIMOC (Federación Internacional de Movimientos Obreros Cristianos). Por otro lado, los movimientos de Suiza de habla francesa y de Francia formaron en 1955 las Conversaciones Internacionales, que eran jornadas de estudios anuales en la que tomaron parte Canadá países de América Latina y de África. Gracias al impulso de la JOC Internacional los componentes de esas agrupaciones fundaron el MMTC el año 1964.

Un movimiento es un organismo vivo. Tiene varias riquezas: la reflexión de fe y el compromiso en la sociedad civil de sus miembros, así como su experiencia y las diferencias entre ellos. Incluso teniendo carácter permanente, los objetivos se expresan siempre de diversas maneras.

Al comienzo el MMTC se definió así: "El MMTC en todos los niveles es dirigido por los trabajadores. Se propone unir los movimientos nacionales o regionales que presentan la triple característica de sus movimientos. Ser movimientos de trabajadores, educativos y apostólicos. Estos tienen el objetivo de poner en acción a todos los trabajadores y sus familias, con miras a la realización de su destino espiritual y de su promoción colectiva y total, y participar del trabajo apostólico y social de la Iglesia".

Desde sus orígenes el MMTC presentaría siempre la doble exigencia de vivir la pertenencia a la clase trabajadora y la fidelidad a Jesucristo. Trabajadores, hombres, mujeres o parejas de casados que hayan cumplido 25 años y que, partiendo de la vida y de la acción obrera, quieran compartir sus aspiraciones, sus motivaciones y su fe.

Partir de la situación de los trabajadores para discernir los problemas y aspiraciones colectivas; analizar las causas de las injusticias a nivel mundial; suscitar el compromiso y la participación de los trabajadores en sus organizaciones, con el fin de construir una sociedad más humana; animar y profundizar la Fe en Jesucristo, en unión con la vida y la acción, fueron los elementos fundamentales del "hilo conductor" de la acción del MMTC.

Un hilo que arraiga en la vida: el Evangelio

Al Consejo Internacional ingresamos tres latinoamericanos, Gumersinda Fernández de Bolivia, José Aguilera de Chile y Joaquín Arnaldo de Brasil, además de tres de Europa, tres de África y tres de Asia, en total doce miembros. Era un Comité que duraría cuatro años. Lo importante para todos era que había nacido el MMTC. Nosotros éramos parte de su fundación y desarrollo, con un rol serio y clave, reconocidos por todos los participantes, y valorizada en una muy buena representación en el Comité Ejecutivo del MMTC.

Un momento decisivo ocurrió casi al terminar el mandato de cuatro años de este Comité Ejecutivo, en la penúltima reunión realizada en Bruselas, Bélgica. El tema central era preparar la segunda Asamblea Mundial. Se eligió la sede, la Casa de Jornada en Ostende (Bélgica), una casa del movimiento belga. Nos salía más barato y era posible conseguir algún apoyo financiero para ayudar a los delegados de Asia, África y América Latina en sus pasajes.

Tibor Sulik plantea revisar la cantidad de delegados, la cuota de cada país participante, además de revisar la cantidad de miembros del próximo Consejo Internacional. Es necesario hacer una propuesta a la próxima Asamblea. Sería una ayuda proponer países que debieran estar representados y posibles nombres para el próximo Comité Ejecutivo. En especial había que ver los cargos de presidente, vicepresidente, secretario general, prosecretario y asesor sacerdotal. Estos cargos, según nuestros estatutos, debían ser presentados por cada movimiento de su país, y tener una aprobación de las instancias del Vaticano.

Se estudiaron los estatutos, se encontró adecuada la propuesta, se acordó sugerir que como secretario general debería seguir Roberto De Gent, el actual, lo había hecho muy bien en este Consejo (muy capaz, sabía seis o siete idiomas). Como tesorero se escogió un europeo propuesto por los movimientos en su próximo encuentro de coordinación. Como asesor eclesiástico a Agustino Jardín, que era de Portugal. Prosecretaria una europea; vicepresidenta una asiática; presidente uno de América Latina. Se propuso a

José Aguilera de Chile, por su experiencia demostrada en el actual Consejo y porque ya lo conocían en todos los movimientos, dijo Teófilo Pérez de España y otros miembros del consejo.

En Santiago, en la casa de jornadas de la parroquia San José Obrero en Lo Espejo, al final de la población José María Caro, se realizó el Encuentro Nacional del MOAC, donde se discutió la posibilidad de presentar la candidatura a presidente de uno de los suyos, se discutieron los pros y los contras y se acordó inscribir la candidatura de José Aguilera, como lo sugería el Consejo Internacional del MMTC.

Así llegamos a la Asamblea que se realizó en Ostende, una casa del movimiento belga, casa cómoda, con todo lo necesario para un buen encuentro. Había representantes de movimientos de los cinco continentes. Una gran asistencia y representatividad, fruto del excelente trabajo del Comité que terminaba su mandato.

2ª Asamblea y su expansión

Comenzamos la Asamblea con una sesión de Conversaciones Internacionales. Después de dos días de estudios entramos a la asamblea propiamente tal. Casi al final, el día de las elecciones, Tibor Sulik, el presidente, llamó a reunión del Consejo para tratar algo urgente. Nos reunimos todos, incluyendo al sacerdote que la Santa Sede había enviado como observador oficial. Se leyó una carta donde se decía que, habiéndose hecho las consultas, que incluían al Episcopado de Chile, no se aceptaba la nominación de José Aguilera a la presidencia. Se decía que era incompatible ese cargo con el de ser dirigente de un partido político, que asumía el marxismo leninismo como instrumento y valor de acción política.

Gran sorpresa para todos, para mí especialmente. Luego de un corto debate que incluyó un desmentido de mi parte, se acordó dar a conocer la carta a la Asamblea para que decidiera el camino a seguir. Se informó a la Asamblea, se leyó la carta, se hizo un largo, profundo, maduro y teológico debate sobre esta situación. Y se acordó realizar la

elección, como estaba previsto, agradecer al Vaticano su preocupación representada a través del sacerdote observador. Además, se dejó muy en claro nuestro positivo estado de ánimo, y el deseo de profundizar nuestras relaciones como movimiento con la Iglesia jerárquica.

Realizada la elección, se eligió a José Aguilera presidente del MMTC, por 86 votos a favor y cuatro abstenciones. Fue mi segunda gran desobediencia a la Iglesia, de la que soy consciente. Se eligió al resto del Consejo y los cargos más importantes del secretariado fueron: vicepresidenta, una mujer de Asia; tesorero, Methol Botazzi de Francia; prosecretaria, una mujer de Portugal; secretario, Roberto De Gent de Bélgica; asesor, un sacerdote de Portugal. Fueron elegidos en el Consejo tres latinoamericanos: Carmen Senandez de Uruguay, Joaquín Arnaldo de Brasil y un mexicano; además de tres de Europa, tres de África y tres de Asia.

Después de la elección, José Aguilera explicó a la Asamblea su situación y agradeció la confianza en él depositada, la equivocación de las fuentes informativas sobre su realidad en la participación política, su posición doctrinal y su próxima visita a la Secretaría de Estado del Vaticano, para informar su situación y su compromiso de entrevistarse con los miembros del Comité Permanente del Episcopado de Chile, en forma muy especial con el señor cardenal Raúl Silva Henríquez, su presidente, y monseñor Sergio Contreras, secretario general del Episcopado.

Terminada la Asamblea se reunió el nuevo secretariado para evaluar el encuentro y programar las actividades más inmediatas. Se programó la próxima sesión en Roma para tomar contacto con el secretario de Estado, el subsecretario y el Santo Padre Pablo VI. Se acordó una reunión previa del secretariado, y concertar al mismo tiempo una visita previa y necesaria de José Aguilera al Vaticano.

Llegado a Santiago me entrevisté con el señor cardenal, le envié una nota a don Sergio Contreras y rápidamente se aclaró mi verdadera situación política y mi responsabilidad en el MMTC.

Después de estas elecciones se formó el nuevo equipo de la Coordinación Latinoamericana, la cual ahora sería coordinada por Carlos Durán de Uruguay. Me pidieron que, además de mi nuevo cargo, los siguiera acompañando como asesor, cargo que por supuesto acepté con alegría y agradecimiento. Esta función históricamente solo estaba destinada a sacerdotes. Realmente era un honor inmenso, además no había sacerdotes disponibles debido a la gran crisis de esos años.

Nuestra primera reunión como secretariado del MMTT se realizó en Roma para tomar contactos con las instancias del Vaticano. Tuvimos una primera sorpresa, la ausencia definitiva de la vicepresidenta, que después de la Asamblea viajó con el asesor a EE.UU. y se quedó allí en forma permanente. Nosotros fuimos recibidos por el Santo Padre Pablo VI, quien al saludarme me dijo: "Chile, Eduardo Frei". También fui recibido por el secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Jean Villot, y por el subsecretario de Estado, monseñor Juan Benelli, para conversar de mi situación personal, que se iba aclarando de a poco. Además, aproveché de tomar contacto con la ACLI, Acción Católica Laboral Italiana, un gran movimiento, con muchos y capaces militantes con una muy buena formación socialcristiana y una gran presencia en el campo político. Fueron una serie de reuniones y contactos muy valiosos y educativos.

Nuestra segunda reunión del secretariado se realizó en Alemania, donde tuve la ocasión de conocer más de cerca el movimiento apostólico de Alemania (KAB) y a sus dirigentes de gran capacidad, casi increíble. Posteriormente pasé a una entrevista en la Secretaría de Estado del Vaticano. Allí fui recibido por el subsecretario de Estado, que me dijo que disculpara todos los malos ratos pasados. Me señaló que, con informaciones más acuciosas, el Vaticano aceptaba complacido que fuera el presidente del MMTT, y me dio un beso en la cara en señal de cariño y respeto, según me explicó.

Iguales términos empleó el secretario de Estado, el cardenal Villot, y me comunicó que recibiría algunas invitaciones en un futuro próximo. Fue el término de una situa-

ción incomprensible, no buscada, y que fue superada, doctrinalmente, con madurez, respeto y verdad.

La primera de esas invitaciones fue a un encuentro ecuménico en Asís, donde estaban presentes pastores evangélicos, hombres y mujeres, cardenales y obispos, entre los cuales estaba el cardenal Karol Wojtyla, más tarde el papa Juan Pablo II. Era de una capacidad asombrosa acompañada de una gran humildad. Asís es de una paz increíble. La reunión se realizó en un ambiente fraternal y ecuménico, donde recibí valiosos testimonios de hermanos protestantes.

Varias veces más fui invitado a diversos encuentros como igualmente a la Secretaría de Estado para consultas o reuniones y audiencias específicas con el Santo Padre.

En nuestro afán de acercarnos a los países, donde estábamos empezando, y para colaborar con sacerdotes y trabajadores que recién comenzaban, se programó una reunión de Consejo y Jornada de Formación de Militantes en África, en Marruecos.

Esa reunión en África fue inolvidable, no solo por lo que logramos hacer para el MMTC, sino principalmente por lo aprendido y recibido culturalmente para la vida de cada uno de nosotros. Mi llegada a Casablanca fue con la línea aérea alemana. Nos alojamos en una parroquia donde vivían algunos sacerdotes franceses.

Posteriormente, en una casa de jornadas y retiros atendida por religiosas también francesas, fuimos testigos de la generosidad de sacerdotes y religiosas, en su opción misionera. El gran problema era que Marruecos había sido colonia de Francia y la Iglesia había llegado junto con los antiguos colonizadores. Era, inevitablemente, un gran obstáculo en esa nueva pastoral, que quería desarrollarse a partir de los marroquíes y con los marroquíes.

Juan París, un sacerdote francés que había trabajado en la parroquia de mi barrio, estaba viviendo en ese país. Hacía su experiencia como sacerdote obrero y, para encarnarse en el mundo de los trabajadores de ese país africano, trabajaba en un hospital en Casablanca.

Para conversar y conocer un poco más, nos encontramos una noche a comer en casa de una marroquí, que era enfermera y trabajaba con Juan. Fui invitado a su casa, recibido por su esposo, acercaron unas mesitas para comer una comida esencialmente marroquí. Ninguna mujer estaba en el comedor, todas reagrupadas en la puerta, sentadas en el suelo. El dueño de casa nos ubicó y se fue de la casa, dejándonos comiendo solo con el cura Juan, que ya era amigo de todos y querido por todos.

Mi pregunta a Juan no se hizo esperar.

¿Qué pasa? ¿Por qué el tipo se fue y nos dejó solos y todas las mujeres están sentadas en el suelo?

No pasa nada, me dijo. Es una costumbre campesina muy antigua. Significa una confianza profunda en los invitados. El dueño de casa volverá a servirnos el té al final de la comida. Las mujeres están en su lugar, según la costumbre. Al final nuestro amigo llegó, nos sirvió un riquísimo té, con agua de un original utensilio de cobre finamente labrado.

Fue una muy buena estadía, que nos permitió conocer una cultura milenaria, que los franceses dominantes trataron de aplastar duramente. En tiempos de la colonia, Casablanca estaba rodeada de una reja que se cerraba en la noche, y se hacía salir de ella a todos los empleados marroquíes que no podían quedarse a dormir en su interior. Se mantenían algunos rasgos de la cultura nativa, cuyos restos todavía se veían, especialmente en los mercados nativos.

Todo esto significaba muchas dificultades para esos curas, también franceses, que ahora honestamente trataban de plantar la Iglesia desde los marroquíes y con los marroquíes.

Fue también la primera vez que vi niños de seis años trabajando, haciendo partes de algunas hermosas alfombras por unas pocas monedas para sobrevivir, productos que se vendían posteriormente en países europeos mediante intermediarios que se enriquecían por los altos precios cobrados y las bajas remuneraciones pagadas.

Nuestra jornada de estudios con marroquíes fue realmente provechosa. Creo que lo fue más para nosotros que para ellos. Quizás lo que nos llamó más la atención a los latinoamericanos y a Teofilo, de España, era la presencia de un gran número de trabajadores franceses en el movimiento y en su dirección. Pensamos que no era lo ideal, aunque todos eran muy valiosos y respetuosos de los marroquíes, pero consideramos necesario hacerlo presente.

A pedido de militantes y sacerdotes se programó la siguiente reunión en la India, lugar de minoría católica y que necesitaba un apoyo especial, sobre todo al incipiente movimiento entre los trabajadores cristianos de Asia.

La llegada misma a la India ya fue extraña. Nos encontramos en el aeropuerto de Roma, Teresita, la secretaria y subsecretaria general que era de Portugal, y el asesor Agostino, para viajar a Bombay en vuelo de Alitalia. Yo venía muy cansado llegando de un largo viaje desde Chile con escala en Río de Janeiro para visitar a Joaquín que no podría ir al Consejo.

Seguimos en la noche, lo que significó un vuelo de casi dos días para mí. Llegados a Bombay, alguien nos esperaba para darnos de comer en la estación de trenes. Por vez primera vi comer a la gente sin cubiertos, solo con las manos, lo que allí es habitual. Nos metieron en un tren oscuro y maloliente, con unas camas de cuero para dormir, sin sábanas y con un calor infernal. Comimos algo en un comedor del tren, donde no se entendía nada lo que se hablaba, salvo algunas palabras en inglés de un par de vecinos; volvimos a dormir a nuestros lugares, que después supimos eran los mejores. A mí me recordaba el viejo tren que iba a Cartagena (un lugar popular de la costa de mi país con un tren muy viejo), el lugar de descanso por un día de los más pobres.

Ese tren viajó y viajó toda la noche en busca de Salem, una famosa ciudad de la India. Al amanecer abrimos la ventana y vimos muchos campesinos que hacían sus necesidades en los campos cercanos a la línea férrea, nos dijeron que eso era una forma de abonar la tierra. En la mañana llegamos a Salem (estado de Tamil Nadu), donde

nos esperaban algunas autoridades para saludarnos y darnos la bienvenida. Nos colgaron en el cuello unas bonitas coronas de flores frescas entremezcladas con algunas de hilos dorados. Nos explicaron que así se saluda a personas importantes a su llegada. Nosotros, según ellos, lo éramos. No podíamos negarnos, aunque nos sentimos un poco extraños y sorprendidos.

Los amigos que nos esperaban nos subieron a un autobús que nos llevó por varios cerros rodeados de verdor, con pequeños pueblos muy pobres, hasta llegar a uno que se llamaba San Antonio. Tenía diez por ciento de cristianos; el quince por ciento de la gente sufría sífilis. Había también un inmenso colegio interno, de sacerdotes europeos, algo muy sobredimensional frente a la pobreza del pueblo. Los sacerdotes tenían un recinto para jornadas, donde se podía dormir. Allí nos instalaron con mucho cariño. Comíamos en casa de la comunidad sacerdotal unas comidas muy extrañas para nuestras costumbres y dormimos en camas muy especiales, demasiado duras y angostas.

La casa estaba rodeada de ventanas con rejillas de alambres tupidos para que no entraran las pequeñas ardiillas que día y noche estaban allí mirándonos siempre o haciendo ruido con sus carreras. Todas las mañanas nos bañábamos con un agua que nos dejaba de mal olor y de un color extraño. Solamente al caminar por el lugar nos dimos cuenta que dos empleados sacaban el agua de unos pozos, en unos grandes toneles con dos bueyes guiados con unos gruesos cordeles, amarrados a roldanas que estaban en la terraza. Llenaban los toneles con agua para los baños y WC. Todo era muy novedoso para nosotros.

La jornada comenzó con asiáticos, lo que significaba tener traductores, porque allí existen muchos dialectos que nosotros no conocíamos. Un pequeño aporte mío sobre el MMTC fue traducido por la religiosa española que era mi intérprete.

Luego llegaron el resto de los miembros del Consejo, entre lo cuales venía Carmen de Uruguay, Menotti de Francia, Teófilo Pérez de España, Roberto De Gent secretario general.

Hubo quienes opinaron que la situación era un desastre y que debíamos partir inmediatamente de vuelta. Me preguntaron mi opinión como presidente y dije que no, porque podíamos adaptarnos por algunos días y no escandalizar a los asiáticos, que nos ofrecían lo mejor que tenían y podían. La reunión se celebró. Teófilo descubrió que si comíamos queso en tarro, enviado por Caritas Internacional y tomábamos cerveza, podíamos sobrevivir, y así lo hicimos día tras día. El problema era que no había refrigerador y la cerveza siempre estaba caliente.

La reunión del Consejo fue relativamente buena. Al final fuimos invitados a la conmemoración del 1 de Mayo, a la que asistieron miles de trabajadores. Fue una asamblea presidida por el Arzobispo de la Diócesis, y todos los miembros del Consejo. Habló un trabajador de la India, el Arzobispo y yo, presidente del MMTTC. Todos fuimos homenajeados con una corona de lindas flores que colgaron a nuestro cuello. Mi saludo fue traducido como a quince dialectos. Después fuimos a una asamblea de los sindicalistas, donde había miles y miles con bicicletas, todos con pañuelo rojo al cuello. Era algo nunca visto por ninguno de nosotros. Así fue posible entender lo que el 1 de Mayo significa para los trabajadores de todo el mundo, como símbolo permanente y universal.

Terminada nuestra reunión, dos días antes de lo previsto, decidimos con Carmen Senandez (Uruguay) y Teófilo (España) ir antes a Bombay (actualmente Mumbai), para arreglar el pasaje de vuelta, y estar un día para conocer. Con gran sorpresa descubrimos que la aerolínea Sabena había suspendido sus vuelos a la India y nuestro pasaje no era endosable. Teófilo gritó, pateó, insulto al agente de Sabena, por no avisar antes y porque no podíamos utilizar el pasaje en otra línea. Después de mucho grito el agente endosó los pasajes. Ese día solo tenía vuelo Air India, pero estaba lleno, dijeron. Nuevos gritos de Teófilo, con groserías en español, diciendo que éramos quince personas que debíamos viajar a Bélgica. El agente accedió a recibir los pasajes, pero solo a los que cupiéramos, pues el vuelo estaba lleno. Seguimos gritando. Queríamos bañarnos y comer

algo. El agente accedió y nos mandó en taxi a un hotel, pero solo a bañarnos y a comer, no a dormir. Finalmente llegamos, después de un gran viaje por Bombay donde tuvimos que esperar más de media hora en una línea de ferrocarril. Pasaban muchos trenes cargados de personas que salían de Bombay hacia otras lejanas ciudades. Era una gran cantidad de trenes y de gente arriba de los techos. Entramos al hotel y luego de bañarnos bajamos al comedor al lado de una piscina ampliamente iluminada. Para llegar a ella pasamos tres grandes salones, cada uno tenía una orquesta que tocaba sin cesar, pero no había nadie en su interior, ni siquiera para escuchar.

En una mesa, al lado de la nuestra, estaba Peter Sellers, el famoso artista del cine y algunos amigos. La decoración del comedor era de una riqueza impresionante. Cenamos comida francesa, pedida por Teófilo que era conocedor. Después partimos al aeropuerto, donde nos encontramos con los otros miembros del Consejo que venían llegando de Salem. Esperamos algunas horas para empezar a embarcar. Teresita, la secretaria, no podía subir porque no había asientos disponibles. Nuevamente los gritos de Teófilo arreglaron el asunto y Teresita fue ubicada en primera clase.

El vuelo iba repleto, siendo su primera escala Beirut. Pero nos desviaron a Kuwait, pues estaban bombardeando el Líbano. Era el comienzo de la guerra. En Kuwait no pudimos bajar. El avión fue rodeado por militares con metralletas, nos obligaron a tener las ventanillas cerradas, mientras algunos militares se paseaban por el pasillo del avión. Nuestra próxima escala fue Ginebra. Allí bajamos todos a comer algo, pues la atención no había sido muy buena y teníamos hambre. La gente nos miraba extrañada por lo ridículo de nuestra vestimenta, y el olor a todas luces inimaginable en pasajeros de una línea aérea. Teófilo trató de pagar con rupias, la moneda de la India que ni siquiera fue recibida en el avión, ni tampoco en el aeropuerto de Ginebra.

Por fin llegamos a Bruselas. En casa de Teresita intentamos comer carne que compramos en una carnicería donde nos miraban muy sorprendidos, pues nadie había com-

prado un asado grande. Evaluamos la reunión y preguntamos si valió la pena el esfuerzo. Concluimos que sí, pues era una forma de plantar la Iglesia en el mundo de Asia, y colaborar con los esfuerzos de algunos sacerdotes y un grupo importante de trabajadores. Los costos eran similares a realizar el Consejo en Europa, pues allí debían venir algunos de Asia. África, América Latina y Canadá.

Siguiendo con la importancia de la vinculación con los movimientos nacionales y debiendo realizar la Jornada de Conversaciones Internacionales y nuestro próximo Consejo Ejecutivo, se acordó efectuar ambas actividades en Lima (Perú) para dar impulso y valorizar un movimiento en desarrollo.

Era la primera vez que se realizaba este tipo de actividades en Perú, donde siempre habíamos tenido algunas dificultades. La Coordinación Latinoamericana y los tres miembros presentes en el Comité Ejecutivo nos organizamos lo mejor posible. Así podíamos responder al inmenso desafío que se nos planteaba.

Preparamos su organización, el temario con una metodología novedosa y participativa, con responsables de su conducción y aportes formativos. Aporte importante para los participantes fue la presentación práctica de un método de análisis de la realidad, más adecuado para los trabajadores que no tienen educación universitaria.

El padre Pierre Dubois hizo un discernimiento evangélico orientador de la realidad chilena de ese año tan cercano a la llegada de la dictadura. Lo más difícil fue conseguir una casa para jornadas en algún lugar en Lima misma. Por fin encontramos una casa de religiosas a la salida de la ciudad, con difícil locomoción y vinculación de los medios de comunicación. Una gran ayuda, como siempre, fue la JOC y los miembros de su secretariado latinoamericano que tenía su sede en Lima.

Los latinoamericanos hicieron grandes sacrificios para estar presentes. Viajaron en autobús cuatro brasileños, cuatro uruguayos y algunos paraguayos. De Chile fueron diez, que se acompañaron de los uruguayos que viajaron

primero a Santiago en bus y siguieron juntos atravesando medio Chile. En esta jornada estuvieron presentes los argentinos Elsa Zavala y su novio Benito Álvarez. Posteriormente se casaron constituyendo un matrimonio que ha sido clave en su solidaridad con los perseguidos en su país y con los latinoamericanos que llegaron a su lado buscando apoyo. Con mi esposa Nena, hemos ido cimentando una gran amistad que se mantiene y enriquece con nuestras mutuas visitas.

Continué mis actividades como presidente del MMTC, participando en varios encuentros internacionales en Europa, Africa y América Latina. Seguí con actividades y vinculaciones habituales con el departamento de Apostolado Laico de la Conferencia Episcopal de América Latina y del Concilio de Laicos del Vaticano. Fueron tantas actividades a este nivel que llenaría muchas páginas con mis recuerdos, pero prefiero recordarlas en general.

3ª Asamblea General del MMTC

En la tercera Asamblea Internacional del MMTC se debía elegir un nuevo equipo de dirigentes. Se realizó en Roma en 1972. El candidato a presidente fue Luc Vos, un valioso dirigente belga. Pasó por varias dificultades, pues su candidatura fue rechazada por la Secretaría de Estado del Vaticano. En el boletín del Movimiento Belga había escrito algo sobre el control de la natalidad que no le gustó a la Secretaría de Estado. Pero al igual que en mi elección, después de una larga y madura reflexión de los delegados, se eligió a Luc Vos y a todos los candidatos presentados. Entre ellos estaba Carlos Durán, miembro del Movimiento y del SEP de Uruguay. Carlos era perseguido político por su gobierno. Esta fue una nueva muestra de lo que iba avanzando el MMTC como movimiento de laicos maduros y responsables.

XI. Algunos rasgos de la situación política en Chile

Estas líneas representan mi percepción sobre la situación de Chile. Por lo tanto pueden ser limitadas pero tienen el valor de ser la opinión de quien participó de todo lo que se dice. No es el análisis político de un especialista, sino de alguien que vivió de cerca lo que relata.

En esos años el tema revolución empapaba el discurso de los cristianos progresistas, de tal manera que en octubre de 1962 la *Revista Mensaje*, órgano de la congregación jesuita de mucha importancia e influencia en el país, publicaba un número especial (115) sobre "La Revolución en América Latina". En sus páginas se analizaba la situación del continente y se advertía de la actitud prerrevolucionaria que se estaba viviendo.

Al año siguiente (octubre de 1963) se editaba un nuevo número especial (123) titulado "Reformas Revolucionarias en América Latina - Una Visión Cristiana". Esta vez se llamaba la atención de los peligros de una revolución descontrolada. Había que construir, se afirmaba, una revolución de inspiración cristiana.

Por ese tiempo don Juan Torres, amigo de mi padre, me inscribió en el partido Demócrata Cristiano, partido que me interpretaba políticamente. Por sugerencia del señor Cardenal yo no debía ser activo en política, por mis cargos de Iglesia. Sin embargo, en mis tareas pastorales habituales tenía relaciones con políticos muy importantes: Eduardo Frei, Rafael Agustín Gumucio, Radomiro Tomić, Jacques Chonchol y muchos más.

En 1964 hubo elecciones presidenciales. Ganó Eduardo Frei Montalva, con mucha alegría de los chilenos, por el programa de gobierno propuesto, y porque era un político

cristiano brillante, muy cercano de los chilenos en general y del Cardenal en particular. Frei fue un Presidente de lujo, con un programa que incluía claramente la incorporación de los pobladores y la repartición de las tierras a los campesinos.

Los primeros que hicieron la reforma agraria fueron el cardenal Silva Henríquez y monseñor Manuel Larraín, con las tierras que poseía la Iglesia. Fue un hecho histórico. A este contexto hay que agregarle la influencia de la Revolución Cubana, que introdujo entre nosotros el concepto.

El jesuita Roger Vekemans, director de DESAL (Centro de Desarrollo Económico y Social para América Latina), había elaborado con su equipo una teoría para la acción, diferente a la del marxismo leninismo, de gran moda por la influencia de la Revolución Cubana. Una síntesis mínima de teoría es la siguiente: existían dos sociedades, una semi-integrada, con buen resultado en todas sus necesidades, y otra conformada por los marginales. La tarea era incorporar a estos marginales a la sociedad global a fin de que fuera integrada por todos y se diera respuesta a las necesidades de las mayorías. Debíamos colaborar todos para que los marginales se organizaran, no solo en sindicatos, sino también en organizaciones comunitaria en las poblaciones, juntas de vecinos, cooperativas, centros de madres, centros juveniles, partidos políticos, etc. La lucha de clases, según el padre Vekemans, no era la solución, sino que la promoción popular que en el conjunto de la sociedad realizaría la Revolución en Libertad. Todas estas organizaciones debían ser apoyadas por una instancia de servicios del Estado. Su fin y objetivo era colaborar en lo que llamaríamos la "Promoción Popular".

La Democracia Cristiana (DC) asumió esta propuesta con el gobierno de Eduardo Frei Montalva con resultados impresionantes. Para posibilitar la participación de los "marginados" en la vida nacional, se desarrolló una política de expansión y organización de los sindicatos, juntas de vecinos, centros de madres, cooperativas y otras organizaciones sociales. Se promulgó la ley de juntas de vecinos, que además legalizó los centros de madres y otras organiza-

ciones comunitarias, a las cuales se les dio respaldo económico, asistencial e informativo.

La Democracia Cristiana comenzaba a gobernar sola, tenía todo el gobierno en sus manos. Algunos pensaban que debía abrirse a otras fuerzas políticas y responder así a muchas inquietudes de los que querían profundizar los cambios, incluso dentro de la DC. En ese gobierno se experimentó una serie de reformas estructurales en el país. La revolución, ya fuera pacífica o violenta, era considerada como el medio para lograr los cambios requeridos. La aparición de nuevos grupos, movimientos o partidos fue radicalizando la situación política en busca de aumentar la profundidad y velocidad a los cambios.

Dentro del partido de gobierno surgió un sector que aspiraba a dar mayor velocidad a las reformas que se estaban realizando. Este sector propiciaba un funcionamiento separado entre el gobierno y el partido. Otro sector manifestó una tendencia intermedia entre la postura oficialista que apoyaba a Frei y el grupo rebelde. Complicando aún más la situación interior del partido, surgieron posiciones intransigentes, que se caracterizaban por la negativa de buscar apoyo político en otros partidos.

Un grupo encabezado por el senador Rafael Agustín Gumucio se separó de la Democracia Cristiana y formó el Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU. Esto llevó a una crisis. Algunos militantes de gran prestigio y un porcentaje de la juventud abandonaron el partido y se sumaron al MAPU. Su base eran los jóvenes y antiguos militantes que se retiraban de la Democracia Cristiana, más algunos miembros de los movimientos apostólicos especializados. Esto ocurrió en marzo de 1969, luego de una junta del PDC.

Estaban allí don Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, Jacques Chonchol, que dirigía la reforma agraria, Vicente Sota, Julio Silva Solar, un intelectual de lujo, además de los jóvenes Enrique Correa, Óscar Guillermo Garretón, Jaime Gazmuri, Rodrigo Ambrosio, Samuel Bello y Sergio Sánchez que era vicepresidente de la CUT (Central Única de Trabajadores), Ismael Llona (de la comuna de La Cisterna) y muchos más.

Una primera reunión con algunas de estas personas se realizó en nuestra casa con pobladores y sindicalistas, reunión que fue muy informativa y motivadora. Algunos de nosotros quedamos entusiasmados con la posibilidad de participar, por la amistad que existía con algunos de ellos, por sus objetivos y metas y porque era un movimiento político, no un partido. Fuimos invitados en forma muy especial, por sus organizadores, a su asamblea constituyente.

De parte nuestra asistieron Alberto González y Carmen, Alberto Hernández e Hilda, Guido Carvajal y su señora, José Aguilera y Nena, un grupo muy representativo e inquieto por la situación política de nuestro país. Acordamos seguir reflexionando sobre el tema y ratificar nuestra aceptación de la invitación a la constituyente. También decidimos conversar el tema con algunos amigos profesionales, pobladores, sindicalistas y trabajadores cristianos interesados.

El nacimiento del MAPU

La Asamblea Constitutiva del MAPU se efectuó en el local del sindicato de tipógrafos, con asistencia de más de 200 personas, todos muy activos y comprometidos en universidades, poblaciones, cooperativas, sindicatos, movimientos apostólicos, comunidades, etc. Se elaboró la declaración de principios, un mínimo de estatutos, se eligió la Comisión Política, que quedó conformada por Jacques Chonchol, secretario general, Agustín Gumucio, Julio Silva Solar, Enrique Correa, Alberto Jerez, Jaime Gazmuri, José Aguilera, Vicente Sota, Samuel Bello, Ismael Llona y Carmen Gloria Aguayo, más algunos que se me olvidan en estos momentos.

Rodrigo Ambrosio, un joven y brillante intelectual, hombre clave para los jóvenes, debía partir a terminar sus estudios en Bélgica, por lo que quedó para otra ocasión. Se arrendó un local para la secretaría, en Mac-Iver 476, donde comenzó a llegar mucha gente a celebrar múltiples reuniones de organización y contacto con partidos políticos.

Desde la constituyente, hubo presencia de partidos de izquierda, en el saludo oficial al movimiento naciente,

especialmente del PC (Partido Comunista). Estuvo Luis Corvalán (secretario general) y varios miembros de su comisión política.

Como es de imaginar, desde el comienzo organizamos varias jornadas para profundizar el tema de nuestra participación política.

Las elecciones presidenciales de 1970

En ese tiempo en Chile se comenzaron a preparar las próximas elecciones. El MAPU había ganado mucha influencia en lo sindical, en el movimiento estudiantil y con los profesionales jóvenes. Esto permitió que incluso tuviéramos un precandidato propio a la presidencia. Se creó una coordinación de partidos, la Unidad Popular. En ella se respetaría la identidad de cada partido y en conjunto nombraríamos un precandidato que nos representaría a todos. Elaboraríamos un plan de gobierno para proponérselo a los chilenos. Casi todo se cumplió. Jacques Chonchol era nuestro candidato; Rafael Tarud era el del Partido Agrario Laborista; Alberto Baltra, un economista de mucho prestigio, iba por los radicales; Pablo Neruda fue el candidato del Partido Comunista. Donde hubo demora fue en el Partido Socialista, ya que había dos precandidatos, Aniceto Rodríguez, jefe del partido y muy querido por la gente de izquierda, y Salvador Allende, un senador también muy querido.

No se llegó nunca a una primaria. Rafael Tarud se retiró molesto con los comunistas. Después de varias votaciones en las que Aniceto Rodríguez sacó buena votación en la interna del PS, por presiones comunistas salió estrechamente elegido Salvador Allende.

Nosotros, en una jugada de los jóvenes, decidimos acentuar la unidad. Una noche acordamos retirar a Chonchol y apoyar a Neruda, pero como ya era tarde, solo se podía avisar a la mañana siguiente. Grande fue nuestra sorpresa cuando supimos que en la noche el PC había retirado a Neruda. De este modo todo quedaba disponible solo para Allende y Baltra, y nosotros sin nuestro candidato propio. Todo lo demás fue fácil prever, el PC presionó mucho a los radicales, quienes con enojo retiraron a Baltra, y

solo quedó el candidato que siempre quisieron los comunistas: Salvador Allende.

Después de ser elegido como el candidato de la UP, Salvador Allende pidió una reunión especial con la Comisión Política para saludarnos. Antes de empezar su campaña en el país, nos pidió la mayor colaboración, especialmente entre las mujeres y jóvenes católicos, donde dijo sabía que éramos escuchados. Se dirigió a mí para saludarme, darme la mano y decir que se alegraba de conocerme, "me parece nuevo en esto, compañero", me dijo. El MAPU fue el único que presentó una propuesta de programa, muy bueno y estudiado por nosotros, los miembros de la comisión política. Sirvió de base de discusión con los otros partidos que no presentaron nada, salvo el PC.

El 4 de septiembre de 1970 se efectuaron las elecciones presidenciales en Chile. Ganó Allende pero sin obtener más de la mitad de los votos como exigía la Constitución, por lo que debía ser aprobado por el Congreso Pleno. Segundo salió Jorge Alessandri, candidato de la derecha; tercero, Radomiro Tomic, demócratacristiano. Las movidas políticas fueron innumerables, incluso se llegó a tratar de hacer renunciar al presidente Eduardo Frei Montalva para así obligar a repetir la elección, llevarlo a él como candidato y que no fuera elegido Allende. Se nos pidió a la dirección del MAPU estar cerca de las instancias de Iglesia para poder informarla de todo, pues algunos militares estarían pensando en dar un golpe.

Un jueves, en que se reunían los sacerdotes y monjas del sector más popular de Santiago (Vicaría Zona Sur, que dirigía el padre Pablo Laurien), en la parroquia Clara Estrella, se me delegó para informarlos de la situación política y de los posibles actos para desconocer el triunfo de Allende. Se subrayó lo importante que sería pedir una entrevista y que algunos le hiciéramos una visita a Allende. El padre Laurien pidió discutir pastoralmente el hecho. Se acordó solicitar una entrevista para el viernes en la mañana en casa de Allende. Por problemas de seguridad, sin embargo, se le pidió a Allende que no viajara a Santiago esa noche (estaba en Viña del Mar), y se postergó el saludo para el sábado.

Ese día en la mañana, el número de visitantes disminuyó. Solo algunos sacerdotes y religiosas podrían estar, pues la mayoría no tenía tiempo disponible. Se amplió el grupo y se invitó a Gonzalo Arroyo, jesuita que vivía en una casa frente a la población La Victoria, para que los acompañara.

Esa noche, dos personajes aparecieron en los noticieros de la televisión: el padre Alfonso Baeza repartiendo algunos volantes donde se explicaba la situación, y el padre Gonzalo Arroyo, saliendo de la casa de Allende.

Adicionalmente, varios sacerdotes y religiosas, acompañados por el senador Alberto Jerez, visitaron a Salvador Allende, causando impacto, a nivel nacional e internacional. Como estos curas y monjas siguieron reuniéndose, invitando a algunos laicos, para profundizar sobre este hecho, se les comenzó a llamar en los medios de comunicación "Los Cristianos para el Socialismo". Se identificó al padre Alfonso y al padre Gonzalo Arroyo como sus dirigentes, lo que no era así, pero quedó la imagen para siempre.

En la Comisión Política se recibieron noticias sobre los posibles ministerios que nos ofrecía Allende. Agricultura para Jacques Chonchol, la subsecretaria de Economía para Oscar Guillermo Garretón y Salud podría ser para el doctor Florencio Baeza, además de comenzar a preparar el futuro Ministerio de la Familia, para Carmen Gloria Aguayo. Se aceptó de inmediato Agricultura y Economía, y no Salud, por sus complicaciones y porque el doctor Juan Carlos Concha, que fue consultado, aseguró que no valía la pena aceptar. Julio Silva Solar lo defendió por la cercanía que tendría con la gente más pobre. En la realidad que vivíamos, un partido tendría más fuerza e influencia política con tres ministerios que con dos, pero la nueva mayoría se impuso. Se aceptaron dos ministerios y la dirección de Promoción Popular para Carmen Gloria Aguayo con la promesa de nombrarla ministra en el Ministerio de la Familia que se crearía en un futuro próximo.

Con el tiempo se vio que fue un gran error, ya que el Ministerio de la Familia nunca se creó, a pesar de que se elaboró y presentó una muy buena propuesta por un equipo

en el que participaron Carmen Gloria Aguayo, Alberto González, Ignacio García, Delia del Río y José Aguilera.

Posteriormente, mientras se completaba la conformación de los ministerios, se realizó el segundo Congreso Nacional del MAPU en el local de la Universidad Técnica del Estado. Allí fue elegido Rodrigo Ambrosio como secretario general junto con una nueva comisión política.

En Santiago, muchos hechos habían sucedido. Se habían realizado los arreglos para que se eligiera a Salvador Allende como Presidente en el Congreso Nacional. La Democracia Cristiana exigió un pacto de deberes y derechos sobre la democracia, que Allende se comprometió a respetar en su gobierno. Solo así se consiguieron los necesarios votos en el Congreso Pleno.

Como yo y otros ya no estábamos en la Comisión Política, ni siquiera fuimos invitados a algún acto en el traspaso del poder presidencial. En un gran y masivo acto en el teatro Caupolicán, el nuevo secretario general del MAPU, Rodrigo Ambrosio, dijo en su discurso: "El marxismo es más que una ideología, es casi una ciencia, y debemos usarlo". Ello cayó bien en algunos y mal en muchos, que veíamos una exageración y una cierta rayada de cancha para futuros fines no muy claros. Algunos veían un cierto deseo de competencia con el Partido Comunista, que se definía como "vanguardia lúcida de la clase obrera, en esta lucha de la clase obrera por llegar al poder, el partido está para conducir, no para interpretar a la clase obrera".

El éxito de crecimiento del MAPU entre los trabajadores del campo, la ciudad y también en los profesionales creaba caminos muy difíciles para muchos cristianos.

De ahí en adelante el MAPU se alineó más y más con el sector que quería profundizar un camino más revolucionario del gobierno de Allende y profundizar el proceso. Ello asustó de sobremanera a la derecha económica y a los norteamericanos. Alberto Jerez, Rafael Agustín Gumucio, Jacques Chonchol, Julio Silva Solar, Vicente Sota y otros que ya eran un sector desde la Democracia Cristiana, encabezados por Bosco Parra, comenzaron a reflexionar. Veían cómo

este instrumento político, valioso para muchos cristianos de izquierda, se perdía como lugar educativo y representativo de un sector importante de la sociedad. Se convertía en algo competitivo con partidos y grupos que querían ir más allá del programa acordado. Este no había sido el objetivo de su fundación como movimiento. Entonces comenzó a nacer la Izquierda Cristiana y a alejarse del MAPU.

La dictadura militar en Chile

El día 11 de septiembre de 1973 se tomaron el país las Fuerzas Armada encabezadas por el general Augusto Pinochet, dando inicio a la larga y cruel dictadura que todos conocemos.

Ese día con Alberto González, dirigente del SEP Chile (Servicio de Educación Popular), ya jubilado, que prestaba su apoyo gratuito al periódico *Presencia* del MOAC, nos encontramos en nuestra sede y nos preocupamos inmediatamente de tres situaciones que había que resolver.

- * La llegada a Chile de nuestro asesor nacional, el sacerdote Alfonso Baeza que se encontraba fuera del país. Aparecía como uno de los dirigentes del grupo de sacerdotes llamados "Los Ochenta", sector inspirador de los cristianos para el socialismo.
- * Había que preocuparse de Gumercinda y Alfredo Fernández con su familia, unos exilados bolivianos que habían llegado a Chile arrancando de la dictadura de Bolivia. Los habíamos acogido en una casa que habíamos comprado con dineros del SEP. Ellos trabajaban en el SEP Internacional.
- * En nuestra sede que pensamos sería allanada, vivían los dirigentes nacionales de la JOC, hombres y mujeres, y su destino inmediato también nos preocupaba.

Hablamos con el cardenal Silva Henríquez sobre la situación del padre Alfonso que ya estaba en Buenos Aires, en casa de familiares. Él aconsejó que se quedara allí hasta que lo autorizaran, y así se hizo. A los dirigentes de la JOC se les pidió no seguir durmiendo en la sede; a Gumercinda y familia, se buscaría sacarlos del país rápidamente.

El día del golpe Alberto González llegó temprano a la sede, ordenó algunas primeras medidas. Dispuso que se quemaran miles de archivos educativos y fichas con direcciones de mucha gente del SEP y del periódico *Presencia*. Estas se podrían usar con fines maléficos por la dictadura. También decidió que los dirigentes de la JOC no siguieran durmiendo en la sede. Después, Alberto se encaminó hacia la plaza de la Constitución con algunas personas, desde donde fueron alejados con balas de metralletas por los uniformados.

Personalmente, como secretario del SEP, debí sacar unos billetes que tenía en mi oficina en un archivo de metal para los gastos mensuales, incluyendo nuestros sueldos, y tratar de llevarlos a mi casa lo más rápido posible. Volví a pie, pues no había locomoción. Comencé a averiguar por muchos amigos y conocidos que podrían tener problemas inmediatos. Peligroso fue mi caminar: muchos trabajadores volvían asustados a sus hogares, aunque todavía no había mucho militares en las calles más alejadas de la casa de gobierno.

En mi casa había mucha preocupación, porque mi madre, a la cual le habíamos hecho una casa de madera al lado de la nuestra para vivir con ella, había puesto una bandera chilena en su puerta, como muestra de entusiasmo por el golpe militar, al igual que muchos vecinos que poco a poco se fueron arrepintiendo.

Mi primera visita fue para don Clodomiro Farías y su generosa familia, que nos había acogido siempre con bondad y cariño fraternal. Estaban muy preocupados por un familiar y por nosotros, sus vecinos.

Fueron varios días en los cuales muchas familias durmieron prácticamente vestidos, con mucho miedo, que nadie quería traspasar a sus hijos, esperando la llegada de los militares. En nuestra población, que era una cooperativa formada por trabajadores ferroviarios con buena organización, se escuchaban helicópteros que sobrevolaban en la noche, incluso aterrizaron en nuestra cancha de fútbol. Varios de nuestros dirigentes fueron detenidos y torturados.

En mi país ya se había instalado la dictadura y era más difícil cualquier actividad que tuviera que ver con los derechos de los chilenos, en especial de los sindicatos y de las organizaciones de los trabajadores en general. Con anterioridad, el MMTC tenía programada una reunión en París para finales de septiembre. Por supuesto inicié las delicadas acciones para salir del país. Todavía no me explico por qué me dejaron salir. Después supimos que la DINA todavía estaba en formación. Salí en un avión SABENA, con escala en Buenos Aires. En Santiago fui el único pasajero que se embarcó lleno de miedo en un inmenso avión en un aeropuerto vacío.

En París participé, además, en reuniones con varios organismos apostólicos y organizaciones de trabajadores franceses que querían saber del golpe militar, que algunos creíamos que sería por largo tiempo como efectivamente sucedió. En nuestra reunión del secretariado supimos que la Secretaría de Estado del Vaticano me esperaba en Roma para que los informara. Me dirigí allí y me recibió M. Villot, secretario de Estado, y posteriormente el subsecretario M. Benelli en una larga reunión de información mutua. A diferencia de Chile, en todas partes se confirmaba más y más mi impresión de que era una dictadura larga y represiva.

En el avión que me traía de vuelta, en la escala en Río de Janeiro me encontré con monseñor Jorge Medina que venía de Roma. Me dijo que mi información había sido muy ecuaníme y que la Secretaría la había encontrado muy buena. A mi vuelta a Santiago informé detalladamente de todas mis actividades al señor Cardenal que ya estaba muy preocupado de la situación, sobre todo de los trabajadores del campo y la ciudad. Posteriormente me encontré en la calle con un gran amigo, el obispo auxiliar de Santiago, monseñor Fernando Ariztía. Me indicó que ya estaba organizando el Comité por la Paz, comité ecuménico motivado por el cardenal Silva Henríquez y algunas iglesias evangélicas. Me dijo: Ahora comienza una gran tarea para la Iglesia. Tenía razón.

Durante mi estadía en Roma se hicieron las gestiones para sacar de Chile a la familia Fernández. Logramos su

acogida por el movimiento de Canadá, que los recibió fraternalmente. Desde Bélgica logré hablar por teléfono para darles la noticia.

Estando fuera de Chile, para las Fiestas Patrias, supe que la junta militar por razones de seguridad no aceptaba que el tradicional *Te Deum*, acto de dar gracias a Dios por la patria, se efectuase en la Catedral de Santiago. Solo pudo realizarse en la iglesia de La Gratitude Nacional donde la homilía la efectuó personalmente el cardenal Silva Henríquez a los comandantes en jefe de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, instándolos a que respetaran los derechos de los trabajadores. Allí comenzó, una semana después del golpe, la larga lista de desencuentros entre la Iglesia Católica y los militares.

Mi población había sido allanada con cierta violencia y solo dos cuadras cerca de mi casa no fueron revisadas. Gracias a Dios en ellas estaba mi esposa y mis hijos. Se encontraban solos, pues yo estaba en Bélgica.

Mi vuelta al país fue muy tensa, pero logré entrar sin problemas con un miedo inmenso pero con la alegría de volver a ver a los míos.

XII. El cardenal Silva Henríquez, la dictadura y los trabajadores

La Fundación Cardijn

El sacerdote Luis Antonio Díaz, asesor de la Juventud Obrera Católica (JOC) de Santiago, había sido llamado por el Cardenal para que le sirviera de secretario privado, sin dejar de ser asesor de los jóvenes. El padre Díaz pudo crear una fundación, la Fundación José Cardijn, que fue muy importante para la Iglesia y los trabajadores, en especial los jóvenes que quedaron abandonados en sus inquietudes. Para esta Fundación el padre Díaz había recuperado la casa que tenía la Federación Metalúrgica con un trueque con una casa del Arzobispado. Estaba ubicada en calle Cienfuegos 151 y fue siempre una casa abierta para un montón de instituciones. Se constituyó en un gran centro de acogida y educación popular. Funcionaban allí la Juventud Obrera Católica (JOC), el inicio de la Fundación para el Desarrollo, el Movimiento Obrero Católico (MOAC), el Servicio de Educación Popular (SEP) de Chile y la sede del naciente SEP latinoamericano del cual yo era su secretario ejecutivo y Tibor Sulik su presidente.

Allí Manuel Bustos, valiente y generoso, junto a otros sindicalistas organizaron muchas actividades de información y educación para un futuro sindicalismo. Además, establecieron la vinculación con abogados que defendían a los trabajadores detenidos y torturados. Se hizo un gran aporte a la formación cristiana de miles de jóvenes. Pero estos jóvenes, que eran más inquietos y de poca paciencia, terminaron tomándose el local, sumado a otros problemas propios de esa época. Ello obligo al Cardenal a cerrar la Fundación definitivamente.

La Fundación para el Desarrollo

El Cardenal creó, además, la Fundación para el Desarrollo. Era una institución que tenía por objetivos crear cooperativas para que los trabajadores pudieran participar en la compra de la propiedad de empresas intervenidas por el gobierno de Allende y que el régimen militar quería vender o devolver a sus dueños. Esta institución era un organismo jurídico existente pero que ya no funcionaba. Tuvo problemas para nombrar su nuevo directorio integrado por personas que debía aceptar el gobierno militar, pero se encontró una fórmula para que pudiera funcionar. El Cardenal creó una instancia jurídica de la Iglesia llamada Instituto Apostólico Fundación para el Desarrollo.

El Cardenal me nombró en ambas instancias como miembro del directorio, por lo que éramos responsables de su orientación y desarrollo. Allí se apoyó el nacimiento de la cooperativa ACL, Ahorro y Crédito Laboral, encargada de todo el apoyo financiero y educativo de las empresas que iban comprando los trabajadores.

Debido al éxito de esta experiencia y a las inmensas responsabilidades asumidas, se creó el Instituto de Auto-gestión que asumió la Cooperativa ACL. Hubo varios hombres claves en esta experiencia: Domingo Santa María y Leopoldo Moraga, ambos demócratacristianos, con formación cristiana sólida y cercanos al Cardenal. Presidente del Instituto era don Raúl Paiva, y eran miembros del directorio Felipe Tomic, el sacerdote Renato Poblete del Hogar de Cristo, Domingo Santa María, Sergio Fernández, varios trabajadores entre los cuales estaban José Aguilera, Víctor Arroyo y muchos más. Era una mezcla de profesionales con una opción muy clara por los más pobres y trabajadores cristianos de cierto renombre entre sus iguales. El director ejecutivo era Leopoldo Moraga, un hombre de gran capacidad y prestigio entre nosotros.

A los trabajadores se les prestaba el dinero para dar la cuota inicial de la compra y así podían competir con otras instancias empresariales que postulaban o deseaban recuperar sus antiguas empresas. Se puede recordar la compra por parte de los trabajadores de Socometal (fabricaba co-

ches de ferrocarril), Bellavista Tomé (industria de paños) y varias pequeñas y medianas empresas en todo el país. Se organizaban cooperativas autogestionadas de trabajadores. Por supuesto, la mayoría de los trabajadores eran partidarios del gobierno de Allende o trabajadores socialistas, comunistas y demócratacristianos. Eran perseguidos, pero tenían trabajo, que era lo que el Cardenal defendía, dado que no los recibían en ninguna parte.

Por primera vez se desarrollaron las empresas autogestionadas en Chile, una vieja aspiración que ahora era posible con el apoyo y amparo del Cardenal y el nulo apoyo del gobierno militar. Decían que todas eran comunistas. Algo de lo que no se habla mucho es que numerosos trabajadores no asumieron entonces la lucha armada como instrumento de liberación de la dictadura.

Asumieron, por el contrario, la vía pacífica, el fortalecimiento de sus organizaciones y valorizaron el trabajo con esta experiencia de autogestión. Con el tiempo la situación se fue complicando, pues se iba necesitando más y más dinero. Los bancos no prestaban lo que estas empresas necesitaban para su desarrollo y exigían el pago de las cuotas por los créditos pendientes. Los bancos particulares, condicionados por la política del régimen militar y de acuerdo con el modelo económico, no estaban dispuestos a apoyar una experiencia así.

Se pensó, por tanto, que se debería postular a la compra del cascarón jurídico de una financiera, una instancia paralela a los bancos. Se compró FINTESA (Financiera de Interés Social) al IFICOOP (Instituto de Financiamiento Cooperativo), que podría servir a nuestros objetivos. Esta instancia se puso al servicio del Instituto de la Autogestión, regulada muy de cerca por la Fundación para el Desarrollo.

Importantes y valiosas actividades se realizaron, pero su autofinanciamiento era difícil. El cardenal Silva Henríquez debía salir frecuentemente a conseguir aportes en las agencias y los gobiernos amigos, tanto para ella como lo necesario para el funcionamiento de las tareas propias de la Iglesia. FINTESA dio origen posteriormente al Banco del Desarrollo, generador de múltiples actividades de promo-

ción humana. Muchos fueron los profesionales marginados de universidades e instancias educacionales y gubernamentales que acompañaron estas iniciativas a cambio de bajos sueldos. Asimismo un importante contingente de militantes trabajadores encontró allí un lugar de trabajo y no tuvieron que irse fuera del país.

Mi pequeño aporte a estas importantes iniciativas fue mi presencia en los directorios de la Fundación José Cardijn, en el Instituto Apostólico Fundación para el Desarrollo, en la Fundación para el Desarrollo, en la Cooperativa ACL, en el Instituto de la Autogestión, y en todas las instancias que se generaron.

Realmente parece increíble todo lo que se hizo como exigencia del Evangelio en defensa de los derechos humanos en una realidad de dictadura brutal.

Junto al Cardenal había siempre dos hombres claves: Domingo Santa María, ex ministro de Eduardo Frei, y Leopoldo Moraga, profesor de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile. Debo recordar, además, a algunas personas que hicieron posible la concreción de este sueño: Sergio Molina, un hombre humilde y bueno que había sido ministro; José Zavala, que además fue presidente del Hogar de Cristo; Alberto Echegaray, ministro de la Vivienda en el primer gobierno democrático; Sergio Fernández; Raúl Paiva, valioso y casi anónimo servidor de los más humildes; su gran amigo Reinaldo Sapag, quien además ocupaba el cargo de gerente general de FINTESA; Felipe Tomic, Juan Cavada, Víctor Arroyo, José Polanco y muchos más.

Y sucedió algo no previsto: la disolución de la Fundación Cardijn. Se produjo una toma del local por los jóvenes impacientes ante la situación de Chile y el poco compromiso, según ellos, de la Fundación con los grupos que querían el cambio. Con gran dolor el Cardenal asumió su disolución como instituto apostólico y le pidió al padre Luis Antonio Díaz que solo siguiera como su secretario.

Ahora, mirando en perspectiva, se toma conciencia del error de algunos jóvenes en medio de la dictadura y la sabiduría del Cardenal. Asumió la crisis sin poner en peli-

gro a muchos jóvenes y al propio padre Díaz. Fue una gran pérdida para la Iglesia y las organizaciones de trabajadores que comenzaban a renacer, a vincularse y a formar dirigentes para lo que vendría más adelante en nuestra patria y en la Iglesia. Así, casi de improviso, nos quedamos únicamente con la Fundación para el Desarrollo y sus múltiples iniciativas.

La Vicaría de la Pastoral Obrera

El Cardenal se había dado cuenta de que todos los años, para el 1 de Mayo en la misa que celebraba en la Catedral, participaban 400 ó 500 fervorosos trabajadores venidos de los sindicatos y de algunas poblaciones. Veía también que la Vicaría de la Solidaridad no podía –por su exceso de trabajo– preocuparse de los derechos humanos laborales que no eran respetados. Decidió crear una Vicaría de Pastoral Obrera con un vicario episcopal, lo que significaba que él estaría a la cabeza, presente siempre a través de un vicario episcopal.

Un día llegó mi amigo el padre Alfonso Baeza a decirme que el Cardenal le había ofrecido ser el vicario de esta nueva experiencia y que le había dado algunos días para pensarlo. Me dijo: “Yo acepto si tú eres el secretario ejecutivo de esa Vicaría”. Era un honor para mí y después de conversarlo con mi esposa, acepté el desafío. Era la primera Vicaría de Pastoral Obrera en mi país y en el mundo (marzo de 1976).

Al nacer esta Vicaría recibimos el apoyo total de la Vicaría de la Solidaridad, de su vicario Cristián Precht y de su secretario ejecutivo, Javier Luis Egaña (grandes y queridos amigos). Nos prestaron una casa para funcionar, nos dieron algo de dinero y nos ofrecieron un equipo de abogados expertos en temas laborales con su salario incluido. Jorge Donoso era su jefe, una persona extremadamente valiosa, inteligente y generosa.

Los dos primeros meses de financiamiento de ese departamento los aportó la Vicaría de la Solidaridad y llegamos a estar defendiendo un promedio de 100 casos contra empresarios inescrupulosos. Se aprovechaban de la dicta-

dura para explotar a los trabajadores y aplastar sus derechos. Cada lunes eran cientos de trabajadores los que se reunían con sus abogados. Junto a un café, que siempre sirvió algún monitor de nuestra Vicaría, fueron creando lazos de amistad que en muchos casos todavía duran pese al correr de los años. Nuestra sede se convirtió en una casa de acogida para todo el que buscaba un servicio o solo quería conversar con alguien.

Todas estas actividades, tan valiosas para muchos trabajadores y tan subversivas para el gobierno militar, peligrosas para nosotros y para muchos de los que participaban con nosotros, se desarrollaron bajo el impulso del cardenal Silva Henríquez. Colaboraban un valioso grupo de trabajadores y algunos profesionales e intelectuales, los que recibían una remuneración muy escasa.

Organizamos la primera Escuela de Verano con la presencia de Don Raúl en su inauguración y la participación de aproximadamente 120 miembros de sindicatos que se preparaban para ser dirigentes. El lugar elegido fue la casa de retiros de Punta de Tralca, donde el Cardenal tenía su casa de descanso. Pensamos, de común acuerdo con él, que era el lugar más seguro en esos días. Realizamos tres cursos intensos de tres días cada uno. Fueron cerca de 40 participantes en cada curso. Se trasladaban en bus, gracias a una pequeña cuota aportada por cada participante y por la Vicaría.

Fue el comienzo de una gran tarea en la Vicaría la formación sistemática, permanente y cristiana de trabajadores: hombres y mujeres, jóvenes y adultos. Creamos la Escuela de Formación Cristiana Cardenal Silva Henríquez y se me nombró su primer director. El equipo responsable era el mismo de la Vicaría, con el padre Alfonso Baeza y con la incorporación de algunas personas muy importantes, el sociólogo Francisco López Fernández, el economista Juan Cavada, quien estaba en el Instituto de la Autogestión, y la colaboración del profesor Gustavo Canihuante Toro de gran experiencia en educación popular.

Acepté empezar a trabajar media jornada, ya que seguía siendo secretario internacional del SEP y como este

comenzaba en varios países no era conveniente abandonar inmediatamente. Nuestras primeras reuniones las realizamos con el padre Segundo Galilea (teólogo pastoralista), Felipe Tomic (que había sido el último secretario ejecutivo en la Fundación Cardijn), Antonio Gisselen (sacerdote oblatto de María Inmaculada, recién recibido de sociólogo en Bélgica), David Farrell (sacerdote norteamericano, ex Fundación Cardijn), el padre Alfonso Baeza (vicario), y José Aguilera (secretario ejecutivo).

Lo primero fue tomar como base la publicación del SEP "Vida Obrera y Pastoral" y elaborar una pequeña síntesis como documento de trabajo que llamamos Fundamentos de Pastoral Obrera. Mandamos a hacer mil ejemplares muy bien presentados para el Cardenal, los vicarios y muchos dirigentes de organizaciones apostólicas, sindicales, poblacionales, comunidades cristianas populares, sacerdotes, religiosas y laicos interesados.

Nos reunimos diariamente en la sede de la calle Santa Mónica durante una semana para elaborar esos Fundamentos y acordar una estructura mínima de funcionamiento, las atribuciones y deberes de cada uno de los responsables propuestos.

Decidimos que la estructura del equipo básico y los objetivos de cada área serían los siguientes:

- 1) En primer lugar, el vicario, que era la persona del Cardenal presente a través de él y cabeza visible de la Vicaría y responsable de su dirección.
- 2) El Equipo Central, que tendría por objetivos asesorar al vicario en todo lo que este estimara necesario y que estaría formado por los jefes de cada área más el secretario ejecutivo y que se reunirían semanalmente.
- 3) El secretario ejecutivo sería el responsable de coordinar al grupo y de llevar adelante todo lo acordado por el equipo designado y proponer las acciones pastorales al vicario y al Cardenal.
- 4) El Área Promoción y Servicio, a cargo del padre David Farrell, sería donde se centralizarían las relaciones y

contactos con los organismos institucionales que tenían como misión la promoción de los trabajadores y que son dependiente en mayor o menor grado de la Iglesia.

- 5) Área Apostólica, a cargo del padre Segundo Galilea. Sería donde se agruparían todos los movimientos apostólicos, comunidades cristianas y experiencias parroquiales cercanas al mundo de los trabajadores.
- 6) Área de Formación, a cargo de Felipe Tomic. Centralizaría las relaciones y contactos con los organismos de que tenían como finalidad la educación cristiana de los trabajadores.

7) Comisiones diversas

* Estudios de la Realidad, a cargo del padre Antonio Giselen, que se relacionará con los organismos existentes que realizan estudios. La Vicaría estableció vínculos y trató de centralizar la información a fin de disponer de un mejor conocimiento de esa realidad.

* Publicaciones a cargo de Alberto González y que debían impulsar y ayudar a una mejor difusión de las publicaciones que pudieran servir al vicario en su acción pastoral. Se comenzó a publicar la revista *Dialogando* y varios estudios y folletos, para llegar a gran parte de los sacerdotes de Santiago y provincias que lo necesitaran y a miles de trabajadores.

Cada uno de estos equipos era dirigido por una persona. Siempre se procuró que estos equipos estuvieran constituidos por voluntarios, en su mayoría trabajadores.

La anterior es apenas una reseña general de la Vicaría. De ninguna manera abarca la totalidad de las múltiples actividades desarrolladas. Una síntesis podría ser la siguiente:

Su finalidad: la evangelización de los trabajadores y de sus ambientes propios, urbano-industrial, sin discriminaciones ideológicas. La Vicaría debía acoger a todos los trabajadores que desearan afirmar su propia dignidad y buscar condiciones de vida más justas y humanas.

El caminar de la Vicaría en esos años puede resumirse en las siguientes etapas:

- * **Periodo 1977-1979.** El trabajo de la VPO consistió principalmente en la defensa y promoción de los derechos humanos elementales de los trabajadores, de sus familias y de sus organizaciones, que la dictadura existente no respetaba. La Vicaría era un lugar de encuentro para las actividades sindicales que no se permitían: "Era el local de los que no tienen local para reunirse".

Se organizan la Primeras Jornadas de Pastoral Obrera (para realizar una coordinación entre los cristianos comprometidos en una acción de Iglesia.); las Jornadas Sociales, para discutir algunos temas sociales con las organizaciones de trabajadores; las Escuelas de Veranos, para vincular trabajadores. Se buscaba proponer cursos y talleres y actividades culturales y deportivas. En alguna escuela participaron más de 2.500 hombres y mujeres, incluso de provincias donde empezaba esta experiencia.

- * **Periodo 1979-1983.** Se impuso en Chile una nueva ley laboral y se llamó intempestivamente a elecciones sindicales. La Vicaría dio prioridad a la formación de los nuevos dirigentes sindicales, a la elaboración y asesoría de programas de educación cívica en la mayoría de los barrios populares. Publica para el país la revista *Dialogando* y empieza a editar videocasetes educativos. Elaboró más de 50 videos.

Nuestro último periodo como responsables. El progreso de la democratización del país y el papel más autónomo de las organizaciones laborales llevaron a la VPO a comprometerse en aspectos que no fueron suficientemente desarrollados.

La Escuela de Formación Social de trabajadores estaba concebida como un instrumento para la educación permanente de trabajadores que debía elaborar contenidos y métodos concretos para un aprendizaje colectivo de la doctrina de la Iglesia y algunas ciencias sociales específicas para un aprendizaje colectivo.

Se llevaron a efecto varios programas de formación específica de trabajadores cristianos:

1. En el ámbito sindical, donde se quería establecer un vínculo entre los valores humanos y el Evangelio.
2. En el ámbito del barrio, donde se siguieron procesos de emancipación social relacionándolos con el mensaje de Jesús y la doctrina social de la Iglesia.
3. En el ámbito de la familia, para promover actitudes y valores que le dieran sentido a su vida.
4. Entre los trabajadores adultos mayores para valorizarlos y sensibilizar a la Iglesia respecto al papel que podrían desempeñar en su nueva vida.
5. Entre las mujeres trabajadoras en el trabajo y en la sociedad y las respuestas pastorales adecuadas.
6. Entre los jóvenes trabajadores, para concretar en el mundo del trabajo la opción de la Iglesia por los jóvenes.
7. En el campo de la información y de la orientación jurídica en el trabajo y en la sociedad, se creó una oficina especial de información cívica.
8. En lo referente a las comunidades cristianas de trabajadores.

Este último compromiso adquirió una creciente urgencia. Se le dio importancia a la misa mensual de los trabajadores, a las reuniones y jornadas de formación cristiana; y se crearon grupos y comunidades cristianas de trabajadores en el ambiente mismo del trabajo.

Como elemento importante de influencia en todo el país debe considerarse la revista *Dialogando*. Permitted opinar y escribir a muchos sacerdotes y laicos que no podían hacerlo en otras publicaciones. Puedo decir con cierto sano orgullo que la semilla que plantó el periodista Abraham Santibáñez en el recordado y valioso periódico *La Nueva Aurora*, floreció con mi presencia activa en la *Revista Mensaje* cuando estuve en su Consejo, en la revista *Presencia*,

que empezó humildemente como boletín del MOAC en Chile y que maduró para el MOAC de América Latina. Nuestra experiencia de un periódico de la Vicaría de Pastoral Obrera en los tiempos más difíciles de la dictadura se transformó en una hermosa revista de difusión nacional. Estas experiencias de Iglesia en el mundo de los trabajadores se encuentran en la Biblioteca Nacional, copias que la ley obligaba para constancia y actual alegría nuestra. Gracias al interés de algunos obispos y de grupos de trabajadores cristianos, se tomaron las medidas necesarias para colaborar en la organización y desarrollo de la Pastoral Obrera en Punta Arenas, Valdivia, Concepción, Valparaíso, Copiapó e Iquique. La Vicaría basó su acción pastoral en algunos principios fundamentales que le sirvieron de guía y orientación. El principal de ellos se remite al misterio de la Encarnación, el modelo fue Jesucristo mismo, que asumió la naturaleza humana.

El evangelizador debía asumir en este mundo todo lo que era posible evangelizar: la vida, la acción, la conciencia de sí mismo. Todo esto es fácil en las palabras, pero es difícil en la práctica diaria. Debíamos considerar la lucha del mundo obrero como búsqueda de una mayor justicia, siempre cuidando de que no se realizara por el camino de una lucha de clases, sino por aquellos que nos llevaran a una colaboración real.

El mundo de los trabajadores estaba empeñado en la búsqueda de la promoción integral de todos los trabajadores y de sus familias, en todos los campos. La VPO aceptó siempre que todo era posible de evangelizar. Así, sin perder su identidad, se participó en tareas de educar y humanizar. Se buscaba despertar la conciencia y la responsabilidad de toda persona, porque todo ello es camino de evangelización. Era necesario alimentar laicos cristianos con la celebración de la fe en la eucaristía, con la profundización del mensaje de Jesús, con el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia. Este camino de evangelización no podía recorrerse y desarrollarse sin una comprensión, aunque todavía no era evangelización, la hacía posible a través del tercer principio: el Diálogo.

“Hablemos la Esperanza” fue la motivación central de la XI Escuela de Verano. Durante diez días, en enero de 1990, se realizaron 42 cursos y 14 talleres de elaboración (en los cuales participaron 2.140 personas), además de un gran campeonato de fútbol sindical con una numerosa participación.

Fue la primera Escuela de Verano en democracia y tuvimos la alegría de que fuera inaugurada por el presidente don Patricio Aylwin en su primer acto masivo junto al pueblo de Chile. Tuve la ocasión de entregarle un galvano recordatorio a él y a otras personas ligadas a la Vicaría: don Clotario Blest, Enrique Correa, José Ruiz Di Giorgio, Rolando Calderón, Rodolfo Seguel, Manuel Bustos, la actriz Anita González (la Desideria), todas personas que siempre sembraron Esperanza.

Al comienzo de la nueva situación democrática que empezaba a vivir Chile, la VPO asumió nuevos retos como instancia de Iglesia. Algunos de ellos fueron:

* Asimilar lo que se había aprendido. Se tomó conciencia de lo realizado durante esos años, sobre todo con acciones e iniciativas concretas. Fuimos testigos de una época. Pero para aprender con la propia experiencia, era preciso poner orden, reconsiderar, valorar y hacer memoria. De ese modo se podía identificar la cultura que había madurado. Teníamos necesidad de establecer diálogos con los organismos del Estado que se preocuparían de los trabajadores. Si surgían nuevos organismos, eso no quería decir que la VPO tenía que dejar de empeñarse en la planificación del futuro. Aún más, se trataba de una tarea específica de la Iglesia, hacer vivir el Evangelio a los trabajadores en el mundo moderno.

* La opción permanente por los trabajadores y en especial los más débiles. Estos seguían siendo numerosos, representaban un amplio sector del país y no se podían eliminar por decreto. Era preciso que la VPO colaborara de manera precisa en su promoción humana integral. La tarea específica fue incluirlo entre sus

prioridades, organizarlo o ayudar a organizarlo y hacer presente este sector en el Estado y las organizaciones de trabajadores y empresarios.

- * Urgencia de una formación sistemática e integral. Para que los trabajadores pudieran integrarse de una forma eficaz a la sociedad civil y a la Iglesia era necesario una mayor y mejor formación. Se trataba de algo urgente. Este es el campo donde la VPO creía actuar mejor. Sin las Ciencias Sociales, el camino de la democratización no tiene eficacia. Sin la experiencia de Dios, sin espiritualidad, sin la experiencia de fe no existe la Iglesia.
- * Acompañar a los que estaban comprometidos en las organizaciones de trabajadores, a través de comunidades cristianas de trabajadores. Es algo que considerábamos un reto y un deber propio.
- * Ayudar en la búsqueda y en los debates teológicos pastorales. Éramos conscientes de que en la sociedad democrática tenía que surgir la necesidad de una confrontación y debate. Opinábamos que al respecto se podía aprovechar la experiencia acumulada durante el tiempo de la dictadura.

Se identificaron algunos temas decisivos para la acción de la VPO y que eran necesarios para su tarea en una nueva realidad del país.

Las diferencias de los salarios, costumbres, normas de vida, valores y aspiraciones estaban creando una subcultura que condicionaba la existencia misma de los trabajadores. Las organizaciones de trabajadores tenían que enfrentarse con serias dificultades. La VPO reconoció y vivió estas dificultades.

¿Por qué puse en mis memorias todos estos detalles? Porque en mi vida fue lo más importante que se me pidió en la Iglesia cuando estuvo el cardenal Silva Henríquez, quien más me aportó en mi desarrollo como persona y como cristiano.

Fue una experiencia única e histórica, no solo para mí, sino también para la Iglesia en una situación de dictadura dura y cruel. Además, eran algunos de los cargos que el cardenal Silva Henríquez me tenía reservado cuando me dijo, al salir de Cuatro Álamos: "No te vayas, porque te necesito".

XIII. Servicios de educación complementaria

El Centro de Educación y Cultura Obrera (CECO)

En medio de estas responsabilidades sociales, representando el apostolado laico de Iglesia en medio de los trabajadores, realizaba viajes anuales a reuniones del Comité Ejecutivo del MMTTC en la sede de Bruselas y a algunas actividades del Vaticano, acerca de la responsabilidad de los laicos en la Iglesia y el mundo.

La dirección de la JOC, Juventud Obrera Católica, y su coordinación para América Latina, a fin de servir a los jóvenes en general y sus miembros en particular, creó un servicio de educación complementaria: el CECO (Centro de Educación y Cultura Obrera), que sirvió a miles de jóvenes y adultos de diversos países.

Nosotros, la coordinación del MOAC, creamos un Comité CECO que prestó múltiples servicios a sus miembros. El CECO se terminó por algunos problemas de seguridad. No les gustó a los militares brasileños y hubo que ponerle fin, allí y en otros países donde estaba empezando. Este Comité quería hacer posible que los trabajadores reflexionaran sobre el sentido de su acción, que descubrieran el alcance de sus actividades a partir de su propia experiencia, entregando propuesta de los trabajadores a fin de construir una sociedad más justa y humana para todos.

Estaba dirigido particularmente, pero no exclusivamente, a los trabajadores cristianos comprometidos en su acción de dignificación humana. Sus objetivos fueron asumidos por el Equipo de Coordinación Latinoamericana del Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC) y personas empapadas del espíritu del MOAC. Acordamos ampliar esta actividad educativa a todos los países donde existíamos

como movimiento apostólico. Hasta que, pasados los años, se terminó.

El Servicio de Educación Popular (SEP)

En la coordinación latinoamericana se trató el tema de la crisis sacerdotal y la falta de educación adecuada en Doctrina Social de la Iglesia y las Ciencias Sociales. Esta realidad la vivían muchos miembros del MOAC que eran elegidos dirigentes en las organizaciones de los trabajadores. Se acordó crear el SEP, Servicio de Educación Popular, de formación cristiana, con autonomía de la coordinación, pero relacionado y al servicio de todos los trabajadores que lo necesitaran.

Se creó un consejo de dirección. En él se nombró a Tibor Sulik, Joaquín Arnaldo y al padre Agostinho Preto de Brasil, José Palacios de Argentina, Carlos Durán y Carmen Senandez de Uruguay, Alberto González y José Aguilera de Chile. Se invitó a ser parte de este equipo a Roberto De Gent de Bélgica y Pedro Fanega de Venezuela, Teófilo Pérez de España. José Aguilera fue su primer secretario ejecutivo y Carlos Durán continuó por algunos años.

Los temas prioritarios fueron: Introducción a la: Economía, Geopolítica, Cultura y Fe. A partir de ellos se realizaron muchas jornadas, seminarios, encuentros de estudios de grupos regionales (Centro América, América del Sur). Se publicaron miles de boletines con las conclusiones y los aportes. Se editaron algunos libros escritos por nosotros, conclusiones sobre encuentros en Panamá, Córdoba (Argentina), Chile, Uruguay. En su mayoría fueron obra de Carlos Durán, que siempre tuvo amigos que ayudaron.

Se elaboró un método de estudio que, partiendo de lo que los participantes sabían, permitía profundizar en los temas, recibir aportes complementarios, sobre cuya base los participantes elaboraban una nueva síntesis. En un comienzo los aportes complementarios fueron entregados por Methol Ferré, Tibor Sulik, Carlos Durán, José Aguilera, José Palacios y los sacerdotes Alfonso Baeza, Alex Morelli y Agostinho Preto. Muchos perdieron el miedo, enriqueciendo

y profundizando nuestra experiencia de querer saber más, para servir mejor.

La experiencia del SEP fue formidable y sus enemigos también, especialmente de Europa. Estos vieron frustrada su dominación cultural y religiosa. Fue una experiencia nuestra que nunca debió terminar: la educación de trabajadores, en busca de las claves de los problemas, para enfrentar sus causas activa y eficazmente. Algunos creyeron que era un nuevo movimiento apostólico, que quería terminar con el MOAC y la JOC. No se practicó lo que se predicaba: la autonomía de las organizaciones de los trabajadores. Nosotros queríamos ser eso, un servicio de educación complementaria de trabajadores inspirado en la Doctrina Social de la Iglesia.

El SEP publicó el primer libro, sobre Pastoral Obrera en América Latina, presentado e introducido por monseñor Jorge Hourton, obispo auxiliar de Santiago de Chile. Sirvió de base para la creación de la Vicaría Pastoral Obrera de Santiago y de varias ciudades en América Latina. Este libro fue publicado en la Colección Pastoral Popular de Ediciones Paulinas. En su presentación, el obispo Hourton decía: "Este estudio sobre Vida Obrera y Pastoral es el fruto de la reflexión del Departamento de Pastoral del SEP que se ha puesto con paciencia y serenidad a despejar escombros, revisar los cimientos y cavarlos más hondo, pues la firme intención de reconstruir tiene el apoyo y la confianza de la Iglesia para ello. Ojalá se notara más explícita y decidida. Con la Iglesia buscan la manera de concretizar más la opción por los pobres, que se proclama con frecuencia en términos generales y literarios. Comprenden la opción por los pobres, ante todo, como un compromiso con el Movimiento Obrero, con la causa moral y cristiana de la dignidad de las personas trabajadoras. Considero muy valioso este estudio. Me parece que este documento podría ser el Acta constitutiva de una nueva etapa de la Pastoral Obrera en América Latina".

Algunos insensatos mataron esta iniciativa, pero sus frutos permanecen en muchos escritos y personas, su renacer es una necesidad, hoy más que ayer, en este mundo

cambiante, encaminado más y más a una globalización, que tenemos que asumir y enfrentar.

Una persona clave fue siempre Menthol Ferré, un intelectual uruguayo cristiano, con una solidaridad a toda prueba, educador de muchos, que siempre creyó en nosotros. Nos valorizó, nos ayudó doctrinalmente a caminar en el inicio de la reflexión geopolítica y de la fe encarnada de los que siempre han querido servir mejor con mayor eficacia.

El sábado 8 de septiembre de 1973 el SEP Chile invitó a Óscar Guillermo Garretón, subsecretario de Economía, a que nos entregara sus impresiones sobre lo que estaba pasando en el país. Nos habló detalladamente de la situación. Había una presencia importante de muchos militantes obreros cristianos. Todos quedamos convencidos de que el golpe militar venía. Solo cuatro días después llegó. Fuimos actores de algo insospechado para nuestras vidas, por la traición de algunos uniformados, la crueldad desatada y la desilusión de muchos políticos incrédulos.

Habiendo ya salido de las responsabilidades a nivel del MMTTC, Tibor, Joaquín Arnaldo (brasileños), Pedro Fane-ga (venezolano), Robert de Gent (belga), Teófilo Pérez (español), Carlos Durán (uruguayo), Alberto González y el padre Alfonso Baeza (chilenos), Jorge Giraldo (colombiano), José Palacios (argentino) y muchos más, nos concentramos en la actividades de educación cristiana de trabajadores realizando múltiples encuentros internacionales. Se hicieron en Panamá, para América Central, y en Colombia en el encuentro latinoamericano de la JOC, donde hubo una gran participación y entusiasmo. También hubo encuentros en Chile, Argentina, Brasil, Uruguay para América del Sur.

Mi continuidad como secretario ejecutivo del SEP me llevó a varios países para organizar esta experiencia educativa. Con José Palacios organizamos múltiples actividades en provincias argentinas. En una ocasión, para preparar un encuentro nacional, nos encontramos en Buenos Aires. Una tarde quedamos de reunirnos en la estación de Chacaritas para arreglar algunos últimos detalles. Nos sentamos a tomar un café y me contó de su sorpresa por la llegada en taxi desde el aeropuerto en la noche anterior de un sacer-

dote español, Antonio Sempere, que había estado en Chile y venía de España en busca de un lugar en donde seguir sirviendo su sacerdocio. Nos dimos cuenta de las miradas insistentes de una persona y decidimos separarnos. Él tomaría su tren a San Martín y yo el metro para ir al lugar de mi residencia, la casa de retiros y jornadas Nazaret. Salí rápidamente, me metí en una escala de subterráneo, salí por la otra y me metí en un taxi. Me bajé dos cuadras antes de la calle Carlos Calvo donde estaba Nazaret.

Al día siguiente, muy de mañana, tomé un vuelo a Santiago donde llegué a mediodía. En la tarde, Amelia, la esposa de Palacios, llamó a mi casa para preguntar si yo había llegado porque José había desaparecido. Fue detenido en el tren mientras volvía a su casa. Nunca más apareció. Se sumaba así a los muchos miembros de movimientos apostólicos de nuestros países que fueron víctimas de dictaduras. Pepe era un santo y querido militante, trabajador y cristiano de la Juventud Obrera Católica (JOC), del Movimiento Obrero Adulto Cristiano (MOAC), del Servicio de Educación Popular (SEP), del sindicalismo argentino y que nos espera cerca de Dios en un lugar privilegiado. Su esposa e hijos lo lloraron como muchos que lo conocimos, y lo siguen admirando como un santo moderno que vivió a fondo el amor a Dios y al prójimo como motor de su vida.

En el mismo espíritu y en busca de una mayor cercanía y trabajo en común con el MMTT, el secretariado del SEP se reunió en Río de Janeiro. En este encuentro estuvo presente Roberto de Gent, nuestro tesorero y vínculo en Europa con otras iniciativas parecidas a la nuestra.

El padre Alfonso Baeza no pudo asistir. Me entregó una carta de saludos que me pidió llevar, que por supuesto no leí. Cuando me revisó la policía en el aeropuerto y la leyeron, les llamó la atención un párrafo que decía: "la situación en Chile está muy vidriosa". Como estaba firmada por un cura que se decía era miembro de los "Cristianos por el Socialismo", era muy sospechoso.

Me revisaron una y otra vez y al final me dejaron salir, pues estaba por partir el avión de Varig. Viajé sin ninguna preocupación, ya que no tenía nada que ocultar. A mi vuel-

ta fui de nuevo revisado minuciosamente, incluso registraron unos discos que traía para mi esposa. En un momento recordé que traía algunos dólares para los gastos del secretariado internacional del SEP, que me había entregado Robert de Gent en Brasil. Este dinero lo depositaba en la administración del Arzobispado con permiso del señor Cardenal, y lo iba retirando en pesos mensualmente, conforme los necesitaba. Se lo dije a quien me revisaba, me quitó el dinero y después de algunos minutos me dijeron que estaba detenido.

Me pusieron *scotch* en ambos ojos y me sacaron en un auto que anduvo un corto trecho y me llevaron a un lugar que tenía una entrada con un pequeño puente debajo del cual pasaba agua. Luego de un rato me sacaron de nuevo a un lugar más lejano donde llegamos después de una media hora en el auto.

Mi esposa Nena me había divisado. Cuando preguntó por qué no salía, le dijeron que no había llegado en ese vuelo. Escuchado esto, Nena llamó al padre Alfonso Baeza, quien a su vez llamó al señor Cardenal y comenzaron los llamados para saber dónde y por qué estaba detenido.

Durante mi detención me interrogaron preguntándome sobre las personas con las cuales se reunía el cardenal Silva, sobre el padre Mariano Puga para saber si era miembro del PC. Y sobre las reuniones que se hacían en la Fundación Cardijn. Uno de los interrogadores me dijo que había sido de la JOC y que sería mejor que dijera todo lo que sabía para que no me golpearan. Además, me preguntó en qué lugar de la casa estaba mi oficina, se lo describí claramente pero me dijo que yo estaba mintiendo. Cuando me dejaron libre pude comprobar que tenía razón, pues durante mi ausencia me habían cambiado y estaba en otro lugar. Es decir, estábamos absolutamente infiltrados por la DINA. Luego me preguntaron quién era realmente yo, pues se habían movido muchas influencias y me dejarían en libertad sin cargos pero vigilado desde cerca.

Me sacaron de allí. Me metieron en un auto y el mismo grupo fue a dejarme a mi casa donde me esperaba mi afligida familia. Al llegar a casa, le pidieron a Nena que

firmara un papel donde aseguraba que me recibía intacto, lo que ella hizo. Luego les ofreció un café, el que aceptaron, pues hacía mucho frío. Eran las 4 de la mañana, más o menos.

Mientras tomábamos café, uno de ellos preguntó si lo saludaría si lo encontraba en la calle, pues debía estar consciente de que me habían tratado bien y no tenía de qué quejarme. Le dije que sí. Por supuesto lo encontré mientras hacía fila para entrar a un cine con mi esposa. Se acercó a nosotros, nos saludamos amablemente y no nos vimos más.

Este episodio fue una experiencia impagable para mi vida. Después de esta detención el general Manuel Contreras se entrevistó con monseñor Sergio Valech, obispo auxiliar, para saber algo más de mi persona y de mis vinculaciones con la Iglesia. Monseñor Valech le reclamó de mi detención e incluso también porque me faltaba algo del dinero que llevaba el día que me detuvieron. Como represalia, fui detenido por segunda vez la noche del 12 de mayo.

Esa noche fuimos al cine con mi esposa, y como a la 5 de la mañana llegó una patrulla que rodeó mi casa con personas provistas de metralletas subidas en las murallas y el techo. Entraron en la casa y revisaron pieza por pieza y papel por papel. Yo tenía miedo por los papeles que podían traer ellos y por algunos que mi hija Lyta podría tener, pues ella era militante de la Juventud Obrera Católica que era asesorada por el padre Luis Antonio Díaz, pero que consideraban subversiva, como todos los movimientos apostólicos obreros.

Gracias a Dios, Lyta solo tenía algunos afiches pequeños y además alcanzó a botarlos en la taza del baño. Estaba presente en este allanamiento mi madre que vivía con nosotros, muy asustada por la gente que rodeaba la casa y los techos con metralletas.

Fui llevado a Cuatro Álamos junto con algunos dirigentes del Partido Comunista que después desaparecieron para siempre. Me revisó el médico de la DINA y me pasaron a una celda individual. Me interrogaron sobre las mismas cosas de la vez anterior y luego me llevaron a una sala grande llena

de camas militares, donde me dejaron. Varios presos se acercaron a saludarme e indicarme donde estaba el servicio de WC y a decirme el horario de levantarse y de las comidas. Según ellos, los que llegaban a esta sala estaban largos días. Me llamó la atención la presencia de un abuelo y su nieto presos. El nieto me informó de todo, me cedió la parte baja del catre de campaña y la parte de arriba la ocupó él. Estaba muy preocupado por su madre que era comunista como su abuelo y que también había sido detenida.

Al día siguiente, en la tarde, fui llamado de nuevo a interrogatorio. Esta vez se presentaron como miembros de la Marina y me aconsejaron decir la verdad. Siguieron el borrador del interrogatorio anterior y después me dijeron: "Está usted libre, puede irse. Pero ¿quién es usted que han llegado cablegramas hasta del Vaticano defendiéndolo y para qué decir de su Cardenal?". Y salí con miedo, pues estaba oscureciendo y el sendero era largo hasta llegar a la calle principal donde había luz y pavimento y esperaba encontrar un taxi que me llevara a casa.

Así terminó mi segunda detención, con muchas enseñanzas acerca de la solidaridad de los hombres que conocí, de la entereza de ese abuelo que, a pesar de sus años, seguía luchando por un ideal y por el deseo práctico de prolongarlo a través de su nieto que debía ser solidario y ofrecer lo poco que tenía –un pobre lugar para dormir mejor– a alguien que recién conocía. Era Jesús presente en esa muestra de amor al prójimo, un Dios que a lo mejor no conocían pero vivían, incluso en ese lugar. No cabe duda de que Dios estaba allí en esas muestras de amor del nieto y del compromiso generoso del abuelo. Su hija y su nieto estaban presos, pero tenía esperanzas de un mañana mejor, menos injusto.

Al otro día supe por qué me habían dejado libre. Quien se había jugado por mí, había sido el cardenal Silva Henríquez, mi pastor de siempre. Había suspendido un almuerzo que tenía con el general Herman Brady porque le tenían preso un colaborador, con gran sorpresa del general que dijo que él no tenía culpa de nada, sino que eran cosas de la DINA. Pinochet no estaba en Santiago, Leigh, el man-

damás de la Aviación, tampoco. Por eso debió hablar con el almirante Merino, quien dio la orden de mi liberación.

Al día siguiente fui con mi señora y mis hijos a darle las gracias. Previamente había recibido ofrecimientos de las embajadas de Italia, Suecia y Bélgica para que me exiliara, y le pregunté al Cardenal si estimaba que debía irme. Él me dijo: "No, José. Te necesito aquí en Chile". Nos quedamos con la esperanza de poder aportar a través de la Iglesia en la construcción de un Chile mejor como era su deseo y el de muchos. Así fue, y no me arrepentí nunca de esa decisión.

Fundación Promoción y Cultura del Trabajo (CyT)

Algunos que habíamos sido dirigentes o miembros activos de estas experiencias, motivados por Tibor Sulik, Teófilo Pérez y Roberto de Gent, nos reunimos y acordamos crear una instancia de información y encuentro que llamamos "Centro de Información y Educación de los Trabajadores". El objetivo era mantener la relación entre quienes teníamos una vocación para la educación cristiana de trabajadores y continuar esta tarea en nuestros países.

Sobre esta base, y principalmente por las necesidades que veíamos en Chile, un grupo de intelectuales y trabajadores cristianos creó la Fundación Promoción y Cultura del Trabajo. Su propósito era recuperar la tarea de educación complementaria de muchos trabajadores.

Esta Fundación tiene personalidad jurídica del Estado de Chile. Fue fundada por un grupo de personas pertenecientes o vinculadas a la Vicaría de Pastoral Obrera con el fin de contar con una entidad jurídica que pudiese realizar actividades socioculturales y educativas de los trabajadores. Se comprende que la Vicaría de Pastoral Obrera, por ser un organismo de Iglesia, tuviera algunas restricciones. Los objetivos de esta fundación son: "impulsar, promover, organizar y llevar a efecto toda clase de iniciativas, proyectos y programas de educación de trabajadores y sus familias y del desarrollo de sus organizaciones, inspirados en los valores y enseñanza sociales del cristianismo".

Según los documentos de constitución, para cumplir con sus fines, la Fundación puede realizar, entre otras actividades y sin que su enumeración sea limitativa, sino meramente ejemplar, todas o algunas de las siguientes funciones:

- 1) Formar y promover la formación de núcleos socioculturales, centros o grupos de estudios, desarrollo de programas y preparar o seleccionar materiales de estudios y difusión de la Doctrina Social de la Iglesia.
- 2) Crear y participar en todo tipo de actividades vinculadas al mundo de las comunicaciones, publicaciones, ediciones y producciones, ya sean escritas, auditivas, audiovisuales, de cine o videos y difundir los programas y contenidos que la fundación impulsara.
- 3) Prestar asesoría y estimular a personas, grupos y organizaciones, especialmente de trabajadores, en el campo de la documentación, difusión y planificación, evaluación, elaboración y ejecución de proyectos y programas.
- 4) Impulsar el funcionamiento y desarrollo, administrar, vincularse, prestar o recibir asesoría en entidades que cumplan con los objetivos fundacionales, sean estas nacionales o extranjeras, civiles o religiosas.

Nota del Editor: Don José Aguilera dedicó especial atención a esta Fundación. Aun cuando su salud ya no lo acompañaba estuvo presente en casi todas las actividades realizadas durante el año 2007. Impulsó la renovación de CyT y buscó nuevas personas para que la dirigieran, manifestando siempre la necesidad de realizar actividades en beneficio de los trabajadores y sus familias.

XIV. Renuncia y despedida del cardenal Raúl Silva Henríquez

Y se produjo lo que resultó inesperado para muchos, sobre todo para los más cercanos: la aceptación de la renuncia, por edad, del cardenal Raúl Silva Henríquez.

Un día estábamos invitados a tomar un cafecito a su casa con algunos dirigentes sindicales (entre lo cuales estaban Rodolfo Seguel y Manuel Bustos) cuando llegó el Nuncio Apostólico, quien más tarde fue Secretario de Estado del Vaticano¹. Le pidió una reunión privada en la cual le comunicó que el papa Juan Pablo II le había aceptado su renuncia y que el arzobispo que lo reemplazaría sería monseñor Juan Francisco Fresno.

En cuanto bajó las escaleras del segundo piso, el Cardenal nos comunicó la noticia y nos dijo. “Les pido cariño y respeto para el nuevo pastor de esta Diócesis, tal como lo han tenido por mí. Les doy las gracias por su cariño”. Suspendimos el cafecito que todos esperábamos, la situación lo aconsejaba. Los periodistas aparentemente habían averiguado de nuestra reunión y estaban esperando al Cardenal. Vieron salir por esa puerta al Nuncio y aprovecharon de preguntarle cuándo se nombraría al reemplazante del Cardenal. Les dijo: “no hay nada todavía, cuando eso pase yo les avisaré oportunamente”.

Era la respuesta de un diplomático, pero estaba mintiendo. Todos los que lo escuchamos nos quedamos sorprendidos y avergonzados por esta actuación del representante del Papa en Chile.

¹ Se refiere a quien culminaría su carrera en el Vaticano como cardenal Angelo Sodano.

El 5 de abril de 1983 se realizó en la Catedral de Santiago una misa de despedida al Cardenal. Se me nombró para que dijera algunas palabras a nombre del pueblo de Dios. Monseñor Santiago Tapia, vicario de la Solidaridad, lo hizo a nombre de los sacerdotes.

Porque creo que lo que dije ese día es un gran homenaje a ese pastor clave en todo lo que se ha hecho como evangelización de los trabajadores, transcribo aquí esas palabras.

Sr. Cardenal Raúl Silva Henríquez, pueblo de Dios aquí presente:

Debo entregar unas palabras de agradecimiento a nuestro pastor en este día. Qué tarea más difícil. No porque no tenga nada que agradecer, sino porque hay tanto que agradecer, y no podré siquiera decir algo relevante. Hubiera querido dejar correr mis palabras, abrir mi corazón frente a este hermano sacerdote padre y pastor, pero he terminado por escribirlas brevemente, para que la emoción no turbe mis palabras, lo que será difícil.

Hace 22 años tuve ocasión de estar presente en una de las primeras reuniones en la que don Raúl era invitado, como nuevo pastor, a la Población Valledor Sur, parroquia San José Obrero, domingo en la tarde, éramos más de 80 obreros sentados en el suelo, en una población naciente.

La Iglesia quiere estar cerca de ustedes nos dijo, y estos sacerdotes están a vuestro servicio. Ustedes son dignos, son hijos de Dios, deben unirse como hermanos, para luchar en forma organizada, para que tengan un hogar más digno, en donde vivir con sus familias.

Hace algunos días, estábamos invitados a tomar un tecito a su casa, con algunos dirigentes sindicales más de este país.

Se acababa de saber el nombre de su sucesor. Escuchamos el camino que muchas veces nos indicó. La fortaleza de los trabajadores es su unidad y sus organizaciones: "acojan a mi sucesor con el mismo afecto que me han manifestado a mí. Que Dios los acompañe siempre".

La bendición de Dios, quizás más permanente que nunca, nos entregó a los que allí estábamos, hombres simples, trabajadores al igual que hace 22 años.

Desde esa primera reunión con trabajadores hace años y esta última de solo unos días, nos mostró el camino: "Uds. son dignos, son capaces, son imagen y semejanza de Dios".

En estos años cuánto más que agradecer.

El camino de la dignidad pasa por terminar con la oscuridad de no saber leer. Pasa por vitalizar facultades de la personas de no saber leer. Volvamos a enseñar a un hermano, para que sea y se sienta digno. Y nos muestra el camino en la Campaña Nacional de Alfabetización (1962).

Jesús, que cerca estás de nosotros y no te conocíamos en el vecino, en el hermano, en el amigo.

Miles de reuniones en grupos familiares para escuchar por radio el mensaje de Jesús. Conocerlo y profundizarlo. Cada cuadra, cada manzana fue movida por la Misión General. Y encontramos un camino para Evangelizar desde la vida misma.

Iglesia, ¿qué dices de ti misma? (1967).

Campesinos, intelectuales, empresarios, obreros, dueñas de casa, jóvenes y adultos, hombres y mujeres junto a su pastor. Reunidos en el gran Sínodo de la Iglesia de Santiago.

¿Iglesia, qué dices de ti misma? ¿Qué dicen Uds. cristianos, qué vamos a hacer en esta Iglesia nuestra y en esta patria nuestra? ¿Qué vamos a aportar, cuál es nuestra originalidad?

El Pastor mostraba el camino para ser Iglesia.

La Iglesia predica y vive el amor. No solo en palabras. Los bienes de la Iglesia son de todos especialmente de Uds. campesinos, los que menos tienen.

Y nos mostró el camino, entregando títulos de dominio a los campesinos de San Dionisio (1970).

La paz solo se construye con la Justicia Social. Uds. campesinos son responsables de esta semilla.

Cada persona es un hermano.

La defensa y el desarrollo de los derechos humanos. La creación del Comité por la Paz (1973) y la Vicaría de la Solidaridad (1975).

Y nos muestra, cuando parece que no hay camino.

Cuando algunos trabajadores, saliendo de su egoísmo, se unen con otros en una organización para que su dignidad no sea pisoteada, ya hay rasgos del Reino de Dios que se construye.

Hay que revelar desde allí quién es Jesús. Cuál es su mensaje Hay que promover y defender los derechos de los trabajadores y sus familias. Crea la primera Vicaría de Pastoral Obrera de la Iglesia universal (1977).

“Respetando el derecho de los más humildes, se asegura el respeto de los derechos de todos”. Este es el camino, nos dice.

Madres catequistas, son miles las que llenan nuestras parroquias. Nuestras poblaciones.

¿Pero ¿que no es la mamá de Juan, de Pedro, de Luis o de Antonio, la que hace catecismo? ¿Qué podrán enseñar ellas?

Igual que en los tiempos de Jesús. Pero la ayuda de Dios ha sido amplia y generosa a esta iniciativa.

¿Cuántas vocaciones sacerdotales que hoy florecen son fruto de esas madres que empezaron a dar a conocer a Jesús de Nazaret?

El camino es difícil pero la aleluya es inmensa.

Trabajo para el que no lo tiene, a través de talleres e industrias gestionadas por los mismos trabajadores.

La Academia de Humanismo Cristiano. La aldea SOS de niños en Punta de Tralca. La casa de vacaciones para familias populares.

Así podríamos seguir horas y horas.

En verdad, don Raúl nos ha abierto el camino, camino que nos lleva a Jesús de Nazaret a través del hermano. Este camino no ha sido jamás dejado de iluminar por la verdad del Evangelio, que Ud. ha predicado como nadie. Oportuna o inoportunamente.

Y nos ha mostrado que la alegría de ser cristianos debe ser enriquecida, fortalecida, acompañada por la Eucaristía y hemos compartido junto a usted esa alegría y hemos aprendido a reconocer en el pan y el vino consagrado la presencia del Dios vivo.

A celebrar la vida. A celebrar la alegría de ser cristianos.

Dice Jesús: YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD, LA VIDA.

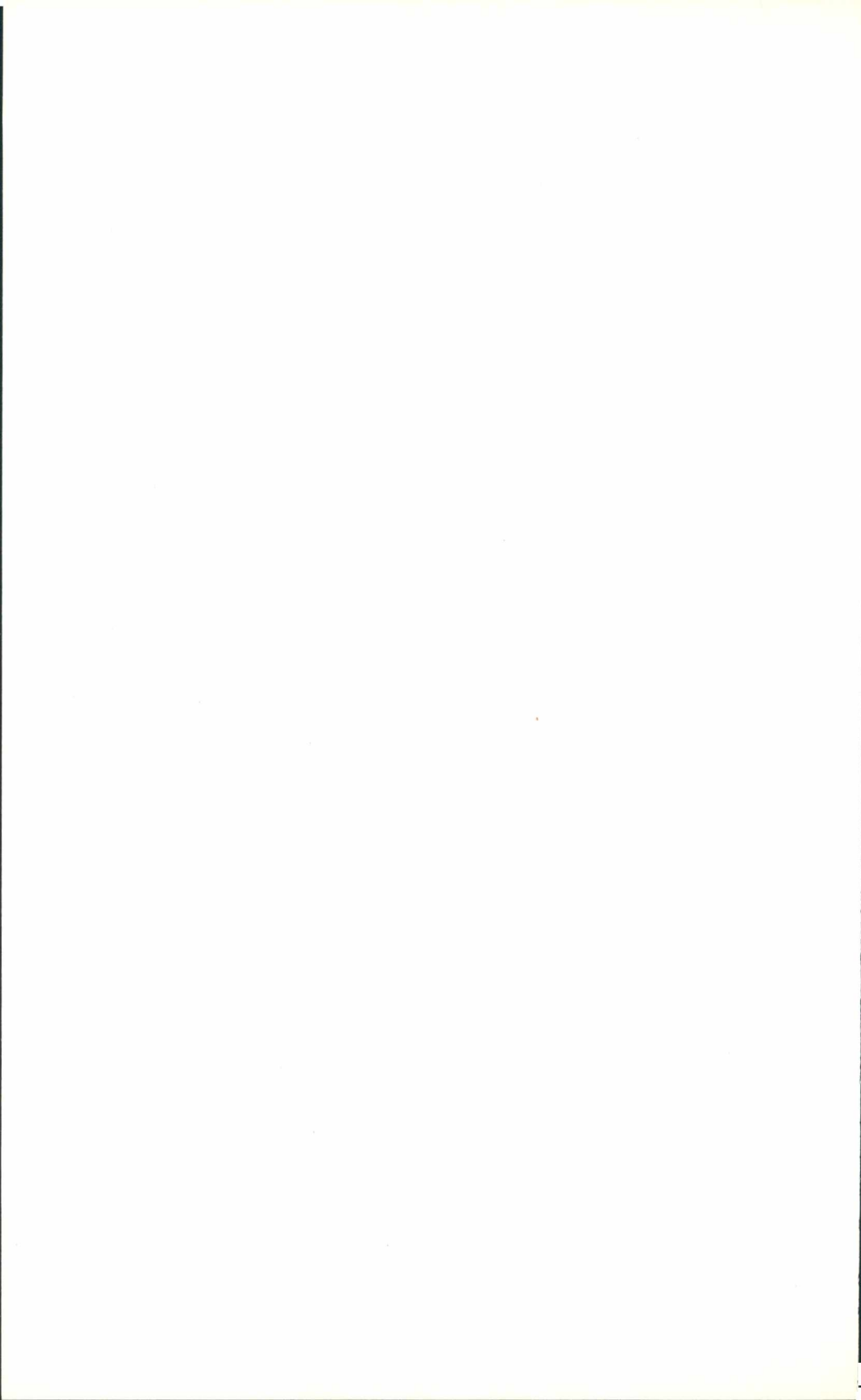
Este mensaje tan simple y sencillo, pero tan vital, creo que es una buena imagen de lo que Ud. nos ha enseñado y vivido.

Hay algunos que hablan mucho y con razón sobre la Verdad. Hay otros que hablan mucho sobre la Vida y tienen razón. Pero quizás no hay muchos que hablan sobre el Camino para la Verdad y la Vida.

Ud. Señor Cardenal nos ha mostrado prácticamente cómo se hace camino

Quien es el Camino, la Verdad y la Vida.

Gracias don Raúl. Gracias padre Obispo. Gracias siempre, su eminencia Cardenal Raúl Silva Henríquez.



XV. La venida del Papa Juan Pablo II

En un Chile muy convulsionado, con una Iglesia muy dinámica en la defensa de los derechos humanos como parte importante de su misión evangelizadora, se anunció la aceptación de la invitación al Papa para que visitara nuestro país.

El Episcopado nombró una comisión de preparación de la visita, coordinada por Javier Luis Egaña, en la cual se me incluyo. Se preparó un proyecto de itinerario para que el Papa visitara la mayor cantidad de diócesis y se encontrara con los sectores más representativos del país. Fue propuesto al Episcopado para su aprobación y su ratificación por el Vaticano.

Se prepararon materiales de reflexión, afiches, se colaboró con los equipos de las diócesis que visitaría. Se elaboró un presupuesto de posibles gastos y la forma de reunirlos, contactos con medios de comunicación y todo lo imaginable. En Santiago se programó una misa multitudinaria en el Parque O'Higgins, donde se beatificó a Teresita de Los Andes. A mí se me dio el gran privilegio de leer un texto evangélico en esa misa.

Y apareció el primer gran problema, no pensado por nadie. En esa ocasión, un grupo creciente de manifestantes comenzó a prender fogatas para mostrar al Papa su malestar con la dictadura. Naturalmente, la manifestación también fue constatada por el Episcopado presente en su totalidad en el gran acto masivo.

El Papa, al darse cuenta de lo que ocurría, se preocupó y se le vio muy entristecido. Pero siguió con la Eucaristía con gran sangre fría. Fue un acto muy impactante que permitió que los medios de comunicación y las autoridades rasgaran vestiduras, escandalizados.

Después del acto del Parque se nos había pedido, a José Zavala, presidente de la Fundación para el Desarrollo, y a mí como secretario de la Vicaría de Pastoral Obrera, que preparáramos unos encuentros más íntimos con un grupo de empresarios y trabajadores.

El propósito era entregarle al Papa algunas palabras de saludo de estos sectores. El señor Nuncio en Chile me pidió una propuesta de personas invitadas en cuya lista sería mejor no incluir los nombres de Manuel Bustos y Rodolfo Seguel por ser, según él, unos politiqueros.

En la Nunciatura se reunió en una sala un grupo de empresarios encabezados por don José Zavala, y en otra, un grupo de trabajadores encabezados por mí. Nuestro grupo estaba formado por Fredy Núñez Campos (presidente de la Federación de Sindicatos de Papeles y Cartones), Hugo Estivales Sánchez (dirigente de la Confederación de Trabajadores del Cobre), miembros del Grupo de los 10: José Ruiz De Giorgio (Federación del Petróleo), Enrique Vergara Córdova (Confederación del Cuero y Calzado), Miguel Vega Fuentes (Confederación Textil y Vestuario), Arturo Martínez Molina (Confederación Nacional de los Trabajadores Gráficos), dirigentes de la Coordinadora Nacional Sindical, Silvia González Corrales (Asociación de Empleadas de Casas Particulares), y yo por la Vicaría de Pastoral Obrera de Santiago.

Este grupo, a grandes rasgos, era representativo de todas las tendencias sindicales existentes y de la Iglesia Católica. Nosotros habíamos preparado un pequeño escrito que el grupo aprobó y yo leí al Santo Padre.

Querido Santo Padre:

Hoy es un día inolvidable para nosotros, nuestras familias y nuestras organizaciones y los trabajadores chilenos. En cuanto representamos a ellos y la Iglesia hemos sido invitados a conversar con Ud.

En este momento, lo primero que hubiésemos querido hacer es hablarle de nuestras penas, de nuestras dificultades, de nuestros sufrimientos. La falta de trabajo y sus consecuencias sobre nuestra vida familiar, los salarios mu-

chas veces indignos, y sus dolorosas consecuencias sobre la alimentación de los hijos de los trabajadores, la falta de viviendas y la insuficiente atención sobre la salud, la previsión social que deja en la miseria a los más viejos, la inestabilidad en el trabajo, la persecución, la cárcel y la legislación laboral que debilita nuestros sindicatos, etc. etc.

Sin embargo, no queremos insistir en hechos que Ud. conoce, tanto por su experiencia personal de trabajador como por sus múltiples preocupaciones acerca de nuestra situación. No queremos insistir sobre estos hechos. Queremos más bien hablarle de nuestras alegrías y esperanzas. Alegrías que se traducen en una sola palabra: Gracias. Gracias, Santo Padre, por estar aquí, en esta larga y angosta faja de tierra que es Chile, a quien amamos profundamente.

Gracias, Santo Padre, por su dedicación a la Paz y por haber actuado eficazmente para evitar la guerra entre Chile y Argentina, guerra que ningún trabajador quería y que nos hubiera sumido en nuevos dolores y muertes. Gracias por la Paz.

Gracias, Santo Padre, por su carta encíclica *Laborem Exercens*, la cual durante la preparación de su venida, hemos celebrado su quinto aniversario, meditándola y estudiándola en profundidad.

Nos sentimos plenamente interpretados por ella y nos es particularmente importante para proyectar nuestra acción como trabajadores chilenos hoy y en el futuro, y para orientar la pastoral de la Iglesia en el mundo del trabajo.

Gracias, finalmente, por lo que ha sido y es la Iglesia para todos nosotros. Queremos agradecer en su persona, al Episcopado chileno por todo lo que ha hecho por los trabajadores durante estos años. Particularmente al Cardenal Raúl Silva Henríquez por haber creado la Vicaría de Pastoral Obrera y al Cardenal Juan Francisco Fresno, al haber confirmado y apoyado este esfuerzo de la Iglesia. Gracias por evangelizar el mundo del trabajo, nuestras culturas y estar cerca de nuestras organizaciones.

Por todo esto, gracias Santo Padre.

Nuestras esperanzas miran el presente y el futuro. Queremos decirle que estamos seria y responsablemente comprometidos en construir un Chile participativo y solidario donde la justicia sea más vivida y la dignidad de toda persona sea respetada. Para ello trabajamos por extender y fortificar nuestras organizaciones, sabiendo que son un aporte sustantivo en pro de la justicia y la paz.

Trabajamos para que nuestras organizaciones sean escuela diaria donde los valores solidarios sean captados por las nuevas generaciones de trabajadores. Estamos empeñados en contribuir a una transición ordenada y responsable hacia la democracia y queremos aportar desde nuestro rol de organizaciones sociales a que esa democracia sea estable y duradera.

Queremos encontrarnos con los empresarios y con otros sectores vivos de la sociedad para concertar intereses fundados en un diálogo sólido y justo que garantice una convivencia nacional justa.

Queremos hoy y en los años que se avecinan, asumir y desarrollar la sociedad preferencial por los más pobres de nuestro pueblo, sobre la base de la solidaridad. Renovar nuestro compromiso por la defensa y promoción de los derechos fundamentales del hombre, especialmente de los más pobres, ya que asegurando los derechos de los más pobres aseguramos los derechos de todos.

Queremos esforzarnos para que nuestras familias sean células básicas de la sociedad y testimonio vivo de amor permanente. Todo esto, Santo Padre, será posible si lo hacemos en la fe en el Dios de la vida, en su hijo Jesucristo con el auxilio de la Virgen madre de Misericordia.

XVI. Vínculos y actividades con algunos obispos chilenos

Gran sorpresa y alegría me produjo el nombramiento como obispo asesor nacional de la JOC, de monseñor Sergio Contreras, y más alegría aún nos produjo su pedido a Alberto González y a mí para de que fuéramos sus padrinos en su consagración. Habiendo tantas personas importantes que este sacerdote conocía, ya que fue asesor universitario, este era un honor inmenso. En la diócesis de Ancud primero y en Temuco posteriormente, y como secretario ejecutivo del Episcopado de Chile ha dejado profundas huellas de su trabajo pastoral, sin olvidarse nunca de sus padrinos.

Un santo sacerdote, Enrique Alvear, fue nombrado como obispo auxiliar del cardenal Silva Henríquez en Santiago. Me llamó para que fuera su padrino, pero no se pudo concretar porque el acto realizado en la iglesia de Lourdes fue tan concurrido que me fue imposible llegar hasta el altar. Don Enrique fue también secretario del Episcopado y vicario de la Zona Oeste de Santiago, donde todavía siguen llorando su muerte.

Otro sacerdote brillante que dejó hondas huellas en el pueblo chileno fue Fernando Ariztía, obispo auxiliar de monseñor Silva Henríquez y firmante de la Carta Pastoral "Inquietudes y Esperanzas" que el Cardenal entregó en la Navidad de 1969. Fue además el hombre encargado por el Cardenal para organizar con pastores evangélicos y otras iglesias el famoso "Comité por la Paz", después del golpe militar y que salvó tantas vidas. Conocí a don Fernando de seminarista, asesor de la JOC y vicario de la parroquia El Carmelo, cercana a mi casa, y trabajé con él. Un recuerdo imborrable para mí fue encontrarme en la calle algunos días después del golpe militar y cuando le pregunté si debíamos irnos del país me contestó: "José, ahora es cuando

nos llega nuestro mayor trabajo". Esa afirmación fue verdad cada día. Su muerte no solo enlutó a Copiapó, su última diócesis, sino a todo Chile que lo amaba y agradecía.

Otra gran alegría: el asesor de la JOC, Gabriel Larraín, fue llamado al Episcopado como obispo auxiliar del Cardenal. Miles y miles de jóvenes y no tan jóvenes trabajadores acudieron a la ceremonia en la Catedral de Santiago, llenos de alegría y esperanza. La JOC daba un nuevo asesor al episcopado para que se convirtiera en hombre clave en todo lo que hacía el Cardenal. Un día salió de Chile a estudiar pastoral en Francia y sus cambios fueron tantos que renunció. En una ocasión muy triste para mí, cuando era presidente del MMTC, pude almorzar y conversar con él en París. Me acompañó al aeropuerto. Subí al avión en la soledad más espantosa con la ferviente súplica a Dios para que lo ayudara.

Don Gabriel fue un hombre brillante que hizo y hace mucho bien. Se fue con su verdad dolorosa, pero era su verdad que muchos admiramos y respetamos de lejos. En más en una ocasión fui invitado a una sesión del Episcopado. La de mayor recuerdo y emoción fue cuando les hablé de su condición de "padres". De estos católicos que éramos de edades, sectores, y conciencias diferentes. Y que, como hijos, necesitábamos comprensión y cariño. En especial, sus hijos, los obreros.

Hubo muchos aplausos, cariños y una carta afectuosa de agradecimiento firmada por su secretario Enrique Alvear, que me llenaron siempre de un sano orgullo.

Hubo otros obispos importantes con los cuales mantuvimos siempre un vínculo de trabajo habitual. Entre ellos, Tomás González, obispo de Punta Arenas, una de las diócesis más al sur del mundo, y el obispo de Iquique, diócesis ubicada al norte de Chile donde existen restos de las abandonadas salitreras. En esos lugares, la pastoral obrera se inició con fuerza y gran cercanía entre los trabajadores y la Iglesia. Celebramos varias jornadas y escuelas de verano en las cuales participé y ayudé a organizar.

Dos obispos importantes, no solo para mí sino para la pastoral del país, han sido Carlos González², obispo de Talca y fiel continuador de la pastoral de Manuel Larraín y quien me nombró en su momento en la Comisión Nacional Justicia y Paz; y monseñor Jorge Hourton, obispo auxiliar de Santiago y posteriormente de Temuco quien hizo el prólogo del libro elaborado por el SEP *Pastoral Obrera en América Latina*, y que siempre ha sido un obispo cercano a los más pobres, en especial los trabajadores.

Enrique Alvear, Fernando Ariztía, Sergio Contreras fueron siempre obispos de muy buen diálogo y apoyo a mi trabajo. Siento que he sido un hombre muy privilegiado.

Estos obispos fueron y son muy cercanos a la gente simple y por lo mismo muy queridos por sus laicos, sacerdotes y religiosas. Les importa mucho que se viva y se conozca el mensaje de Jesús por encima de toda otra prioridad.

El cardenal Juan Francisco Fresno fue nombrado después del cardenal Silva Henríquez. Poco se esperaba de él, incluso muchos desconfiaban de su papel como continuador de lo emprendido por Don Raúl. Sin embargo, fue una gran sorpresa. Incluso para los políticos de oposición al régimen militar.

Pastoralmente casi todo siguió funcionando igual. La Vicaría de Pastoral Obrera fue visitada por él, ocasión en que le explicamos lo que hacíamos. Fuimos muy bien comprendidos en nuestra tarea y fue ratificado el padre Alfonso Baeza como vicario y a mí se me pidió que siguiera como secretario ejecutivo.

El personal de la Vicaría de Pastoral Obrera, en una actitud de cariño y bienvenida, le regaló un sillón de cuero muy bonito para que descansara o durmiera su siesta. Todos los miembros de la Fundación para el Desarrollo fuimos ratificados e impulsados a nuevas e importantes tareas. Incluso logró reunir en 1985, para la firma de un histórico documento, "El Acuerdo Nacional", a representantes de la oposición y del régimen militar.

² Falleció en 2008.

A mí, en un gran acto en el salón de la Vicaría de Educación, me entregó, junto a tres laicos más, la condecoración de San Gregorio Magno enviada por el papa Juan Pablo II.

Posteriormente se nombró a monseñor Carlos Oviedo en reemplazo de don Francisco Fresno al cumplir este su muy buen periodo. Monseñor Oviedo era un antiguo conocido, pues en varias ocasiones habíamos tenido vínculos. Lo recuerdo con cariño en una acción para mí inolvidable. Estando de presidente del MOAC en Chile, recibí un llamado telefónico suyo. Este sacerdote mercedario había sido nombrado obispo auxiliar de Concepción, la diócesis donde existían en ese momento más obreros debido a su intensa industrialización. Me pidió que le informara de la situación de los trabajadores y si había experiencia de apostolado obrero allí.

Fue una larga conversa que terminó en un gran apoyo para el MOAC instituido allí, pero débilmente.

Nos volvimos a encontrar en múltiples ocasiones. Nos invitaba regularmente a jornadas con sus sacerdotes. Después fue nombrado asesor nacional de la Acción Católica chilena y tuvimos su compañía en esa celebrada jornada en Buenos Aires en esos tiempos difíciles.

Otra vez, mientras me encontraba en Roma en una reunión del MMTC durante el Concilio Vaticano II, estaba presente como invitado no oficial Jean Bonnet, secretario ejecutivo de la Acción Católica Obrera de Francia. Tenía una credencial especial para instalarse en el sector de los sacerdotes invitados. Me ofreció la tarjeta para que asistiera a una sesión, lo que acepté de inmediato. Era el acto más importante para mi vida de Iglesia. Manuel Larraín, por otro lado, también me ofreció una tarjeta para entrar a la misa al inicio de la sesión y se sintió muy contento de que pudiera entrar. De la forma más insólita, un chileno estaba en una sesión del Concilio.

Después de la sesión fui invitado por don Carlos y los obispos chilenos a almorzar en su residencia y me pidieron que dijera algo. Me acuerdo muy bien de lo que les manifes-

té. Lo importante que sería que, en un país tan grande y difícil como Chile, las arquidiócesis jugaran un rol más importante con las diócesis que estaban a su alrededor para descentralizar la tareas pastorales. Don Carlos agradeció la colaboración a nombre de los obispos presentes. Remarcó que provenía de un laico trabajador un aporte de algo un poco olvidado por los obispos y que era importante.

Cuando fue nombrado en Santiago, visitó la Vicaría, ratificó a Alfonso Baeza como vicario y nuestra línea de trabajo en la Fundación para el Desarrollo. Un santo obispo que murió muy luego y dejó un recuerdo cariñoso en muchos de los que lo conocieron y trabajaron junto a él.

Instituyó una especie de condecoración en Santiago, llamada la Cruz del Apóstol Santiago, la cual fue entregada en la Catedral siendo yo uno de los primeros galardonados en el primer grupo de sacerdotes y laicos que la recibió.

Llegó luego Francisco Javier Errázuriz. Desde que asumió como nuevo arzobispo, para todos era claro que paulatinamente se irían haciendo algunos cambios. No porque lo que había fuera deficiente, sino porque la nueva realidad del país lo requería. Visitó nuestra Vicaría. Nos invitó a seguir enfatizando nuestra responsabilidad evangelizadora de los trabajadores en todo lo que ya se realizaba.

Yo seguí un tiempo más como secretario y me ratificó en la Fundación para el Desarrollo. Cuando me pensioné y caí enfermo, me impresionó mucho su visita. Me llenó de ánimo para seguir viviendo. En lo poco que lo conocí me dio siempre mucha confianza y cariño de pastor.

Encuentros y documento "Concertación, Desarrollo y Democracia" (solicitado por el Episcopado)

Con posterioridad a la venida del Santo Padre, el Episcopado invitó a Sergio Molina (ex ministro y miembro de la Fundación para el Desarrollo), José Zavala (presidente de la Fundación para el Desarrollo y del Hogar de Cristo), Javier Luis Egaña (secretario ejecutivo de la Comisión de la venida del Papa), Alberto Etchegaray (miembro de la Fundación para el Desarrollo), y José Aguilera (Vicaría de Pastoral

Obrera y de la Fundación para el Desarrollo) a que reiniciarán sus diálogos y encuentros con trabajadores y empresarios, en el espíritu y enseñanzas de las orientaciones del Santo Padre.

Este Comité tuvo varios encuentros y diálogos con empresarios organizados y sindicalistas de varias tendencias. Elaboró un documento que fue firmado públicamente en un acto en la Nunciatura de Santiago.

XVII. Algunas actividades sociopolíticas

Paralelamente a las actividades habituales como secretario ejecutivo de la Vicaría, mientras más se acercaban las posibilidades de una vuelta a la democracia, aparecían con mayor frecuencia las posibilidades de una vinculación más política. Varios fueron los grupos políticos que me dieron una colaboración más estrecha. Todos tenían una buena propuesta, pero les agradecí y di las razones para no aceptar su invitación.

Dos, sin embargo, merecen mi recuerdo por su importancia y su valor. Una fue el Comité para las Elecciones Libres que coordinó Sergio Molina, hombre de prestigio y sabiduría probada. Junto a otros líderes políticos y sociales respetabilísimos crearon este Comité cuya tarea era crear conciencia de la necesidad y valor de la vuelta a la democracia.

Sergio Molina me envió una atenta carta en la cual me pedía incorporarme al grupo fundador, carta de la cual informé al vicario Baeza. Me pidió que no aceptara debido a mi cargo en la Vicaría. Por supuesto acepté, por venir de quien venía. Este Comité, como lo diría la historia, hizo un inmenso bien, como siempre pensó su fundador.

Una segunda propuesta vino de parte de mi amigo y colaborador en múltiples acciones de la Vicaría, Enrique Correa. Junto a otros políticos, entre los cuales estaba Ricardo Lagos, querían crear un ente parecido al viejo MAPU en su fundación. Querían que, por encima de todas las identidades de los partidos existentes, se reunieran y trabajaran por un objetivo común a todos: la democracia. Enrique pensaba que yo, un trabajador y cristiano, podría estar en la primera Comisión Política. Me lo pidió a nombre suyo

y del grupo. Me parecía una buena propuesta y se lo dije a mi amigo Enrique, pero fue conversado con el vicario, a quien no le pareció. Tuve que dar las gracias por el ofrecimiento y no aceptar por motivos de mi cargo. Y nació el Partido por la Democracia encabezado por Ricardo Lagos, quien más tarde llegó a ser Presidente de Chile. Como lo demostró la realidad, este partido hizo mucho bien. Con su iniciativa y en su espíritu se formó la Concertación para la Democracia.

XVIII. Nuestro último 1 de Mayo

El año 2000 el padre Alfonso Baeza fue nombrado solamente en la Vicaría de Pastoral Social, dejando así de funcionar la antigua VPO. Al saberlo, el presidente Ricardo Lagos quiso ese 1 de Mayo rendirle un homenaje a la Vicaría y al padre Alfonso. Se celebró el día del trabajo en el local de la Vicaría. Dijeron algunas palabras José Aguilera, para agradecer el gesto del Presidente; el vicario monseñor Alfonso Baeza y el nuevo arzobispo de Santiago monseñor Francisco Javier Errázuriz. Fue un grandioso y emocionante acto. El discurso del Presidente incluyó un hermoso párrafo dedicado a mi persona.

Dijo el Presidente:

“Quiero explicar las razones de por qué estoy aquí hoy. Personalmente, quise volver a esta casa de la Vicaría, a la cual recuerdo fui invitado por primera vez, no sé si a finales de los 70 o comienzos del 80, cuando los trabajadores, y la Iglesia junto a ellos, buscaban comprender los cambios que estaban teniendo lugar en el mundo, en el mundo del trabajo, los cambios que estaban teniendo lugar en Chile y más allá de Chile.

Junto con entender esos cambios, cómo hacer para restablecer y reconstruir los vínculos de solidaridad y también resistir al autoritarismo imperante en esos años. Eran años de protesta, pero, más importante, de elaboración de propuestas para salir de un presente que se veía difícil.

Eran años de búsqueda de una convivencia democrática, éticamente fundada en las mejores tradiciones del movimiento obrero chileno y en la sólida tradición de un cristianismo con vocación de servicio a la plena humanización de los trabajadores.

En esos años –Monseñor– conocí esta casa. Tuve la oportunidad de valorar en toda su dimensión lo que era uno de los sueños más queridos de su antecesor, de don Raúl Silva Henríquez. Esta Vicaría nació como concreción de una honda certeza que poseía don Raúl Silva, “la Iglesia tiene su cuna en el duro mundo del trabajo”, porque a ese mundo pertenece quien la fundó y quien la ha sostenido en el tiempo.

Se trataba de la misma certeza que años después Juan Pablo II, en su carta acerca del trabajo humano, expresa las palabras que aquí ha recordado José Aguilera, sobre la solidaridad con los hombres y mujeres de trabajo, en una causa en la cual la Iglesia está vivamente comprometida “porque la considera su misión, su servicio como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres”.

Y por eso hoy aquí, como Presidente de Chile, quiero reconocer y agradecer públicamente este servicio y esta fidelidad de esos años. También hoy, porque hoy despedimos al padre Alfonso Baeza, Vicario de esta Pastoral Obrera desde su fundación el año 77, hasta ahora, un sacerdote ejemplar, un fiel colaborador del Cardenal y de quienes tras su retiro lo han sucedido en el Arzobispado de Santiago, que continuaron y continúan su sueño y su tarea. Al padre Alfonso le ha tocado conducir, junto a un grupo de hombres y mujeres de trabajo, la tarea de llevar a la práctica el sentir de la Iglesia, y quiero extender este homenaje a José Aguilera, Secretario General de esta Vicaría desde su creación, quien junto a Monseñor Baeza hicieron posible las metas y sueños de tantos que confiaron en esta institución. Para ambos, nuestro respeto y nuestro afecto.

Y también hoy, por cierto, 1° de mayo, quiero decir este es el primer 1° de mayo en muchos años sin Manuel. Bustos está hoy aquí, igual junto al padre Baeza, junto a Aguilera, bajo este mismo techo Manuel trabajó sin descanso en reconstruir el movimiento obrero en Chile, tras esa noche larga del autoritarismo. Lo siguió haciendo con la misma fe y esperanza una vez que recuperamos la democracia. La figura de Bustos surge como el principal líder del

sindicalismo chileno –qué duda cabe– en las últimas décadas, y el primer presidente de la Central Unitaria que sigue a la histórica CUT de los años 50.

La figura de él se agiganta en el tiempo y merece el reconocimiento público que se le tributa a los grandes constructores que tuvo la recuperación democrática de nuestra Patria.

Manuel Bustos y la Vicaría Pastoral Obrera son historias que se encuentran y se entrelazan profundamente. Están unidas. Es difícil entender la figura de Bustos sin la existencia de lo que hizo aquí, en esta casa. Aquí la pluralidad de los dirigentes sindicales de los más diversos orígenes políticos, ideológicos y religiosos pudieron ponerse de acuerdo, actuar con fuerza, con disciplina, saber reconocer los nuevos tiempos y aceptar los sacrificios, esperas que imponía el inicio de nuestro tránsito a la democracia tan complejo y tan difícil.

Entenderlo fue en gran medida el espíritu que se produjo en esta Vicaría, a través de la semilla de muchos, también por cierto de Alfonso Baeza, José Aguilera y todos los que trabajaron en aquellos años. Algunos que están aquí, que después devinieron en ministros. Si bien en aquellos años, claro, llegaban acá solo con chaleco.

La memoria puede ser frágil, pero no es posible olvidar los cientos de jornadas, seminarios, almuerzos, reuniones privadas, toda clase de eventos y conmemoraciones que permitieron reconstruir consensos básicos, aprender a respetarse y reconocerse, aceptar la diversidad de criterios y vivir el pluralismo democrático no como una limitación, sino como una fuerza impulsora de las transformaciones y movilizaciones que se requerían para luchar y recuperar la democracia.

Manuel Bustos se convirtió, junto a Alfonso y a Pepe, en amigos que compartieron sueños e ideales. Son un ejemplo que espero perdure y que el pueblo chileno no olvide. Si Manuel fue y permanece como un gran luchador de la democracia chilena, creo que no podemos olvidar a los que crearon las condiciones para que Manuel se desa-

rrollara y creciera en fuerza espiritual, conocimiento y sabiduría.

En cierto modo, hoy día al rendir un homenaje a Manuel estamos también rindiendo un homenaje a quienes hicieron posible la existencia de una institución como esta Vicaría, que en buena medida fue esencial en el duro período de los años 70 y 80.

El camino ha sido largo y nada mejor que un 1° de mayo para hacer memoria y agradecer este servicio fecundo y gratuito de esta Vicaría y de la Iglesia.

Quiero hoy subrayar con ustedes tres aspectos que me parecen importantes. En primer lugar, esta Vicaría Pastoral Obrera fue siempre un espacio abierto, plural y respetuoso de las diferencias. Los trabajadores la han podido sentir siempre como algo propio, como su casa, donde se han podido expresar sin miedos y con franqueza. Sin buscar protagonismo estériles, esta Vicaría ha prestado durante todos estos años un servicio muy valioso para la rearticulación del movimiento sindical chileno. Cuando se escriba la historia del siglo XX, esta Vicaría va a ser central para explicar cómo el movimiento sindical se rearticula tras el período autoritario. A través de encuentros y estudios, los trabajadores se fueron reencontrando entre sí y con su propia historia.

Recuerdo que durante casi una década la celebración del 1° de mayo solo se pudo hacer en este espacio, un espacio donde la memoria, la solidaridad y la esperanza fueron posibles cuando muchos pensaban que era posible erradicarlas. Y cuando las condiciones y la propia madurez del movimiento sindical así lo permitieron, la Vicaría de nuevo entendió su rol, apoyó sin condiciones y sin reserva la autonomía del movimiento sindical y continuó sirviendo en la medida que ello fuera necesario.

Por eso me parece importante reconocer una enseñanza que tiene un tremendo contenido moral: la gratuidad del servicio prestado, el respeto ineludible a los trabajadores y a sus organizaciones, a sus propios ritmos e intereses, a la pluralidad de sensibilidades y de corrientes ideoló-

gicas que lo nutren, sin voluntad de dominio ni de proselitismo fáciles. Es la primera enseñanza que deja la Vicaría.

La segunda tiene que ver con que ellos fueron durante estos años una verdadera escuela de ciudadanía. Aquí las personas han tenido derecho a la palabra, más aún, cuando los trabajadores fueron despojados de ella aquí pudieron reencontrar sus voces y tomar la palabra. En este sentido, esta Vicaría no fue solo la voz de los sin voz, sino ha ido más allá y ha ayudado a que los trabajadores tengan su propia voz, a que los trabajadores se reencuentren con su palabra y la digan sin temor, a que los trabajadores alcen su palabra.

Lo otro es el sentido de la inmensa tarea educativa que aquí se desarrolló a través de la jornada de la pastoral obrera, de las escuelas de verano –en las cuales me tocó participar en más de una ocasión– y de la multiplicidad de cursos de formación y de capacitación en las diversas zonas de Santiago y a lo largo del país.

Rescato de todo este trabajo el servicio a Chile que aquí se hizo en la formación de hombres y mujeres, sujetos de su propio destino, capaces de hacerse cargo de su vida, de sus dolores, de sus esperanzas, de sus organizaciones y de su futuro. Aquí reconozco, en esta tarea, un inmenso impulso ético de servicio a la democracia, a los ciudadanos que queremos seguir construyendo. Cuando hablamos de una sociedad de ciudadanos, esos ciudadanos deben saber formarse y esta Vicaría fue escuela de ciudadanos.

En tercer lugar, y lo que me parece tal vez más trascendente que lo anterior, es que esta Vicaría ha sabido permanentemente conjugar –durante todos estos años– el trabajo paciente y fiel en lo pequeño, con la tarea simultánea de tejer redes y abrir horizontes en lo grande. Cómo se hace la pequeña tarea de apoyo en un curso de capacitación para un grupo reducido de dirigentes, pero al mismo tiempo, cómo somos capaces de pensar y abrir horizontes en las grandes líneas del movimiento sindical chileno. Cómo somos capaces de conjugar la tarea tan modesta que parece, en la reunión que se hace en esta casa tan modesta pero tan calurosa en afecto, y la posibilidad desde allí,

desde esa modestia, pensar en un rol distinto para el movimiento sindical.

Desde Santiago se ha impulsado un trabajo muy dinámico en diversas regiones del país y desde la experiencia de esta casa han fructificado otras experiencias semejantes en diversos países de América Latina. Si la Pastoral Obrera es hoy día un realidad a nivel latinoamericano, es gracias al paciente trabajo de articular lo local y lo global, lo micro y la macro.

Rescato de esta experiencia la sabiduría de mirar más allá de nuestras fronteras la capacidad de adelantarse a los procesos de integración desde el mundo del trabajo, a través de paciente trabajo de construcción de redes que apuntan a un futuro que nos es común como latinoamericanos.

Pero en este rescatar el trabajo pequeño, inmediato y el trabajo a lo grande, es tal vez donde mejor entronca con lo que significó Manuel Bustos como dirigente sindical. Porque Manuel -que duda cabe- fue un líder de los trabajadores, fue un hombre que encarnó la esperanza del movimiento sindical, pero junto a ello tuvo la capacidad de mirar más allá de los intereses de los trabajadores, entendiendo que llega un momento en que los intereses de los trabajadores se confunden con los intereses de Chile, del país en su conjunto, porque no es posible entender el desarrollo de los intereses de los trabajadores única y exclusivamente como defensa de intereses corporativos, cuando no se plasman con los intereses de los que están más allá de los trabajadores, que forman parte de Chile, y que un movimiento sindical fuerte y poderoso es esencial para construir un país con otros y no solo a partir de la experiencia exclusiva del mundo sindical y del mundo de los trabajadores.

Por eso, si Manuel Bustos fue importante en la época del autoritarismo, cuando había que luchar para recuperar la democracia, quisiera rescatar esta mañana que Manuel Bustos fue tal vez mucho más trascendente en el momento de la democracia recuperada, cuando comprende que el rol

del movimiento sindical es generar un espacio de diálogo y concertación con el mundo del trabajo, del empresariado y del gobierno, para poder todos juntos pensar a Chile como una unidad y no como un campo de lucha de unos a otros.

Hay que tener coraje, a veces, para entender que el movimiento que se representa tiene que generar un espacio de participación a aquellos que el movimiento no representa, pero cuya voz es indispensable para, entre todos, construir un camino de un Chile que mira con unidad al futuro.

Es allí donde Manuel Bustos fue capaz de conjugar -lo que a veces es tan difícil en todos los mundos, no solo en el mundo sindical- el interés del mundo del trabajo que él representó con el interés del mundo superior de Chile que él encarnó.

Es aquí donde me parece entonces que esta capacidad de conjugar el mundo más inmediato de los intereses con el mundo superior de un país y cómo hacer para que algunos entiendan que el interés corporativo de cada uno solo se defiende a plenitud cuando definimos un tipo de sociedad y un tipo de país donde todos los intereses están representados, donde todos los intereses se alzan con la misma fuerza y con la misma convicción.

Por eso me parece también tan importante, y desde esta Vicaría decir, que el esfuerzo que aquí se ha hecho para tener un movimiento sindical fuerte, potente, es una contribución a tener un Chile más democrático. No hay democracias sólidas y estables si no hay un movimiento sindical con fuerza y con expresión, al igual como tiene que haberlo en el mundo de la empresa.

Por ello es que al rendir un homenaje a Manuel Bustos estamos rindiendo y haciendo justicia a uno de los grandes que hemos conocido en estos años, pero también a través de él y con su ejemplo estamos queriendo hacer un llamado a un movimiento sindical para que busque la unidad y la fuerza, y para que entienda también que los intereses del mundo del trabajo -que el movimiento sindical debe defender- deben conjugarse con los intereses superiores del país.

Por todo eso estamos aquí esta mañana en esta casa, que nos pareció que era el lugar adecuado para hacer el homenaje a Manuel Bustos y también para agradecer como Presidente, lo que le debemos a esta casa y a esta Iglesia.

Por eso me alegro que nos acompañe esta mañana el Arzobispo de Santiago, que sucede en el Arzobispado a otros antes que él y que tuvieron esa tremenda visión de entender que el rol permanente de la Iglesia es acoger a todos los hijos de Chile, como la Iglesia nos acogió en momentos tan difíciles. Como país podemos estar orgullosos y agradecidos de estar aquí.

Alfonso Baeza, el padre Baeza, deja la dirección de esta Vicaría para asumir nuevas responsabilidades pastorales, y estoy seguro que la memoria aquí guardada no se perderá, sino que al contrario, ante los nuevos desafíos que enfrente el movimiento de los trabajadores estos van a saber que siempre van a poder seguir contando con la fidelidad de esta Iglesia que reconoce al mundo del trabajo, la propia cuna de esta Iglesia.

Por tanto bien que aquí se ha realizado, por el testimonio encarnado de los valores morales más queridos, por el servicio riguroso y gratuito a una patria de ciudadanas y ciudadanos plenos, en nombre del Estado de Chile quiero darle las gracias, una vez más, a esta Vicaría y, como Presidente quiero, a través de su viuda y de sus hijos, rendir un homenaje a Manuel Bustos en este, el primer aniversario que lo tenemos presente en el alma de todos nosotros

Muchas gracias”.

Santiago, 1 de Mayo de 2000

XIX. Adulto mayor juvenil

Asumiendo una nueva realidad

Y llegó lo que debía llegar algún día: la edad de pensionarse y abandonar mi trabajo en la Vicaría de Pastoral Obrera y otros cargos en la Iglesia. Con la llegada del nuevo arzobispo de Santiago, por la muerte de monseñor Carlos Oviedo, se le dio a elegir al padre Alfonso que quedara como vicario de la Pastoral Obrera o de la Pastoral Social en la cual cumplía un rol de suplencia. El padre Alfonso eligió la Social por lo que se debía elegir un nuevo vicario y yo estimé que debía pensionarme y dar paso a alguien más joven.

Estudios de Gerontología

La Universidad Católica de Chile tiene un departamento del Adulto Mayor que por largos años ha organizado cursos y talleres de gran valor. Hace unos cuatro años organizó un Diplomado en Gerontología Social y en Salud. Su duración es de seis trimestres y es muy exigente, con profesores de gran nivel y especialistas en el tema.

Aceptaron mi inscripción y comencé a descubrir un mundo nuevo, la Universidad y un grupo de personas adultas mayores con ganas inmensas de asumir y vivir su nueva etapa de vida en forma esperanzadora. También querían seguir siendo útiles a sus semejantes con nuevos y valiosos conocimientos.

Estuve participando ocho meses, pues una enfermedad me hizo postergar el último trimestre que era de práctica y exámenes finales. Haciendo un gran esfuerzo y no totalmente recuperado terminé el curso. En diciembre de 2003, en un gran acto en la Universidad Católica, acompa-

ñado por el vicario Alfonso Baeza, mi amigo Juan Guillermo Espinosa y Nena, recibí mi Diploma de Gerontología Social con gran alegría por el esfuerzo realizado. Son materias que profundizo y practico lo más que puedo día a día.

Esto me ha permitido asumir mi edad, no sin grandes dificultades y conocer mejor un mundo postergado y postroado, pero que crece cada día más.

Mi enfermedad y una nueva oportunidad que Dios me dio

Casi al noveno trimestre de estos estudios me sobrevinieron algunos problemas de salud que obligaron a mi familia a ingresarme de urgencia en el Hospital de la Universidad Católica. Llegué directamente a la Unidad de Tratamientos Intensivos con un traumatismo encefalocraneano muy complicado y de difícil recuperación. Por la calidad de la atención y la capacidad de sus médicos, para Navidad ya estaba caminando y con pocas secuelas. Ello me pareció un gran regalo de ese Dios que me ha amparado siempre.

Cuando me hicieron por segunda vez un examen nuclear percibí, en la especie de sarcófago donde lo meten a uno, la cara del cardenal Silva Henríquez, la cara de mi padre y una figura mezclada de Jesús con mi amigo el padre Alberto Hurtado. Después de ese examen tuve la seguridad de que Dios me quería dar una nueva oportunidad de vida. Ahora y siempre he querido saber qué quiere Dios de mí en estos años, y busco y busco tratando, además, de ser feliz.

Otro gran recuerdo en mi enfermedad fue la compañía del cardenal Francisco Javier Errázuriz, Alfonso Baeza, Juan Guillermo Espinosa, Enrique Correa, toda mi familia y amigos nuevos y de siempre. Gracias Dios por esta clara y nueva oportunidad de vida. Dime para qué, Dios mío.

Desarrollo comunal

Seguí participando en una experiencia que buscaba caminos, desarrollo comunal, junto a otros miembros que nombró la Fundación para el Desarrollo. La globalización

del mundo, que también afecta a nuestro país, creo que trae una mayor descentralización del poder del Estado. Me parece que en esa descentralización del país, la comuna será un ente más y más importante. Ya se ha comenzado y se ampliaron sus decisiones en salud, educación, viviendas etc. La participación allí será clave para los trabajadores, sus familias y organizaciones.

Se eligió fortalecer el campo educativo, que es el campo donde la Iglesia tiene más experiencia. Se realizó un buen trabajo hasta que el directorio de la Fundación para el Desarrollo determinó concentrar este importante apoyo en su estructura más orgánica y que ya realizaba un trabajo similar.

Fue otra muy buena experiencia donde yo puse un granito de arena.

Volviendo a la acción en la población

No todo lo que se aprende debe ser guardado como riqueza personal. Ha sido siempre mi decisión al estudiar algo y más en esta nueva oportunidad que Dios me ha dado después de mi enfermedad. Volví teniendo la mirada en mi población; me fui dando cuenta de que la mayoría de sus fundadores eran ahora adultos mayores. Pocos estaban en alguna organización, por su edad, estaban un poco cansados, ni siquiera estaban en la junta de vecinos o en el club deportivo. Un grupo muy pequeño se acercaba a la parroquia por las actividades que allí se realizaban. Nos reunimos en mi casa cinco personas entre las cuales había un viejo y querido pastor evangélico muy entusiasta y respetuoso. Acordamos tratar de organizar un club de adultos mayores. Nos acercamos a la municipalidad para informarnos y comenzamos a reunir vecinos para dar forma a esta iniciativa. Presidí el comité organizador y pedimos un ministro de fe en la municipalidad para constituirnos oficialmente, elegir directiva y solicitar la personería jurídica.

Traté de hacer la propaganda entre unos vecinos capaces y valiosos para que llevaran adelante este club y yo jugara un rol secundario. Todo resultó bien y nació el Club Adulto Mayor Fraternal Ferroviaria.

Hoy día somos 80 socios, alegres y felices encontrando un nuevo sentido a nuestras vidas. Es un club de muchas actividades de promoción y servicios. La idea central ha sido siempre "no hacer nada a nadie si lo puede hacer solo". Presentamos un proyecto que fue aceptado por la Intendencia para construir una sede adecuada a nuestras necesidades. Una nueva vida ha empezado para muchos que se quieren entre sí como antiguos y sacrificados vecinos. Es mi vuelta a mi población a una edad que quiero vivir plena.

Además, tomé contacto con mis antiguos amigos del Club Chañarcillo, que ya pintaban canas. Se mostraron muy contentos con mi presencia y acogieron mi iniciativa de volver a reunirnos en un club de adulto mayor. Rápidamente hicimos todos los trámites y fuimos reconocidos por la Municipalidad de Pedro Aguirre Cerda, que nos entregó el reconocimiento como organización válida.

Se han vivido muchos hechos importantes; nos hemos encontrado viejos amigos que hemos asumido nuestra edad a pesar de las dificultades propias de nuestra edad. Nos hemos encontrado como hace más de cincuenta años, para ayudarnos a vivir con alegría.

Una persona que todos recuerdan con cariño y de la cual siempre hablan, es de mi hermano Juan Enrique, el tío Kico, como dicen todos.

XX. Algunas reflexiones finales

Escribir sobre uno mismo y la realidad que se vivió no es fácil. Hay que optar por decir algo verdadero y a lo mejor olvidar hechos importantes.

Me he preguntado ¿por qué debo escribir? Y me he dicho: porque soy un trabajador, que fue en su tiempo dirigente fundador de un movimiento nacional e internacional y que fui parte de una valiosa experiencia de la Iglesia chilena: la Vicaría de Pastoral Obrera.

También debo escribir porque quiero seguir siendo militante del movimiento de trabajadores de mi país. De ese grupo de hombres y mujeres, jóvenes y adultos que han luchado y luchan por su dignidad, por el derecho a ser personas.

Hay muchas instancias sociales, políticas y de Iglesia a nivel nacional e internacional en las cuales he tenido cargos de dirección, a las cuales, una vez salido de ellas, no he vuelto más, ni siquiera a visitarlas. Debo decir que no soy un mal agradecido o que me haya olvidado de ellas. Al contrario, lo que he querido decir con mi actitud es dejar hacer a los que llegaron después de mí, no ser un obstáculo en su experiencia, sobre todo si son laicos. Le he pedido desde lejos a Dios que los ayude igual como me ayudó y me sigue ayudando.

Estas letras son principalmente para los jóvenes, porque creo en los jóvenes, que son presente y no futuro, y que, pese a mis años, me siento joven, con algunos cabellos blancos que no son nada más que juventud acumulada. Quiero ser un testimonio permanente, aquí y siempre, día a día, de que vale la pena vivir el amor, un camino privilegiado para encontrar a Jesús y su mensaje. Quiero dejar expli-

cito que las organizaciones de trabajadores, a pesar de sus defectos, son un lugar predilecto para seguir amando a Dios y al prójimo.

Con el pasar de los años aparecen con más nitidez que nunca en mis recuerdos un hombre y una mujer. Él era un trabajador de la construcción, el albañil de mi vida, dirigente sindical y miembro de un partido político; ella, una mujer que lavaba ropa ajena siempre, casi eternamente, y que enseñó diariamente con su vida generosa a ser pobre pero digno. De sus manos fui tomado para ir a las fiestas del sindicato y conocer hombres que no querían ser de segunda clase. De sus manos fui tomado para ir a la Iglesia y conocer las primeras letras del mensaje. Es verdad: en la familia es donde se aprende lo primero y casi definitivo. Allí aprendí sin mucha teología lo que es creer en Jesucristo.

De las manos de esa mujer recibí los porotos y maíz seco para aprender a sumar y restar y los primeros apoyos para aprender la primeras letras en el *Silabario Matte* con una maestría y paciencia increíbles. Aprovecho de pedirles disculpas por haber dedicado poco tiempo a quererlos, pero ahora los quiero y los comprendo más y más.

Hoy nuestros hijos y muchos jóvenes se dan cuenta de que algunos cristianos vivimos una especie de esquizofrenia, tenemos un buen discurso, claro y preciso, pero no siempre la vida corresponde al discurso.

Hace algunos años una mujer dijo "sí" frente al altar y se convirtió en esposa, madre, amiga, compañera mía. Y ahí estamos, con cuatro hijos y siete nietos, en la vida diaria, junto a otros que viven en este sistema injusto que los explota cuando producen y cuando consumen. Sí, también cuando consumen. Ahí estamos, viviendo en un sistema en el que otros que se dicen cristianos han organizado. Algunos economistas a nombre del mercado y psicólogos que preparan los avisos de la televisión. La mayoría se dicen cristianos, pero utilizan las nuevas tecnologías casi solo para producir más cesantía y menos salarios.

El padre Alberto Depienne, sacerdote belga, nos explicó un día a un grupo de trabajadores que lo que se hacía

en el sindicato, en el club deportivo, en el grupo vecinal tenía que ver con el Evangelio, y que Jesús también se podía descubrir y conocer más en los hechos de la vida de cada día. También nos enseñó que no era verdad que la Iglesia estuviera en contra de los derechos de los trabajadores, que la religión no era el opio del pueblo, como decían algunos. Que la Biblia no era una cuestión de protestantes, sino la Palabra de Dios que se podía leer y profundizar personalmente y en comunidad.

La vida junto a otros trabajadores cobró un sentido formidable con las orientaciones de Alberto. Hoy el camino sigue siendo igual: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Si tenemos la alegría y la liberación que nos ofrece Jesús, no podemos guardar esa alegría para unos pocos. Si queremos para nosotros una buena familia, si queremos pan, dignidad en el trabajo, derechos sociales y libertad, Jesucristo exige que se luche para que millones de prójimos también consigan todo esto. Esto es parte importante del Amor a Dios.

Jesús nos enseñó a rezar diciendo: "Padre nuestro, que estás en el cielo, venga a nosotros tu Reino", Reino de paz, amor y justicia que hay que ir construyendo día a día en la vida diaria.

Es el presente de muchos en la Eucaristía, razón para rezar, búsqueda diaria de Dios que nos quiere. En verdad, Alberto y otros sacerdotes que le siguieron, fueron y son importantes para nosotros, los laicos. No solo como políticos, militantes obreros, o promotores de tal o cual proyecto ideológico, por muy liberador que parezca.

Son muchos los laicos que se han ido desengañando de muchos proyectos, y nos han dejado en el camino. ¡Qué importantes son los curas para nosotros, especialmente para los laicos trabajadores! Los laicos, en su mayoría, deben comprometerse en la transformación del mundo, deben actuar especialmente en la transformación de la Sociedad, actuando sobre todo en política.

Fuimos muchos los trabajadores que pensamos que no solo se podía estar en un partido de nombre cristiano.

Ello es, desde ya, una vocación y un compromiso valioso. Es la hora, dijimos, en que no solo hay que impulsar a otros. Decidimos, por ello, entrar al mundo de los partidos políticos. Nos encontramos allí con otros, con otras motivaciones, con otros esquemas, otros que eran generosos, que vivían solidariamente. Hombres y mujeres con una gran mística. Muchos ocupamos cargos, incluso en comisiones políticas; tuvimos que proponer planes de gobierno, planes económicos, de educación, de salud, de leyes laborales, etc.

Descubrimos la tremenda realidad de no tener muchos conocimientos e ideas de la política. Descubrimos a muchos trabajadores cristianos y no cristianos que ya participaban en política y que no eran capaces de tomar decisiones políticas ni ocupar cargos de dirección.

Los esquemas leninistas tenían y tienen casi todo escrito. Solo había que leer algunos libros para saber qué hacer. ¿Cómo seguir siendo cristianos, trabajadores y políticos? Preguntamos, y muchos ni siquiera nos recibieron. Se nos censuró sin escucharnos, y se nos marginó como bichos raros, salvo el padre Bigo, director de ILADES (Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales), quien sí nos escuchó siempre. Con él aprendimos que no se puede entrar en política sin una mínima formación en las Ciencias Sociales y en la Doctrina Social de la Iglesia. También nos enseñó que hay que reunir a hombres y mujeres con compromisos semejantes y constituir comunidades cristianas adecuadas. Aprendimos, asimismo, que no se puede ser político si la Iglesia toda, en especial sacerdotes y obispos, no son capaces de escucharnos y querernos a los políticos de todos los sectores, porque todos somos hijos de Dios.

La Vicaría de la Pastoral Obrera, creada hace algunos años, quiso ser siempre un instrumento de evangelización de los trabajadores desde su cultura, que no se entiende sin el movimiento de los trabajadores, con sus conflictos, sus dificultades, sus desuniones, pero también con sus riquezas. No se entiende si no hay preocupación por la defensa y promoción de sus derechos humanos. No solo ser voz de los sin voz, sino ayudar a promover los derechos y dignidad de los más débiles.

Como ha sido la costumbre de mi vida, cuando termino mis responsabilidades en alguna institución no vuelvo a ellas. Así sucedió en mi primer trabajo en la fábrica Princeton, en el MOAC nacional e internacional, en el Movimiento Mundial MMTTC, en el MAPU, en la Comisión de Justicia y Paz y en la Vicaría de la Pastoral Obrera, en la Junta de Vecinos de mi población. Quiero que los que vienen detrás mío se sientan libres para hacer su propia experiencia y yo no esté como un peso encima, que sean lo más libres posible. No es por un orgullo tonto, aunque algunos crean otra cosa. Dios sabe que es así y eso me basta.

Estas acciones y todas las demás de mi vida no se podrían haber realizado si no hubiera una preocupación por la educación de los trabajadores, técnica y pastoralmente. También es cristiano conocer a Dios en ese mundo.

Todo esto fue posible de llevar a cabo con hombres y mujeres que actuaban en comunidad de Iglesia, capaces de evangelizar en profundidad, dando a conocer a Jesucristo, que es el único que nos libera de todas nuestras esclavitudes y nos fortalece la esperanza.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida”, dijo Jesús. Hay muchos que hablan sobre la Verdad, y es importante. Hay muchos que hablan sobre la Vida y también es importante... Pero pocos abren, hablan y hacen Caminos. Esos nos hacen falta, porque en esos caminos hay brotes concretos del Reino de Dios que se construye día a día.

José Aguilera Belmar, 2008

Nota del Editor: José Aguilera Belmar falleció en Santiago el 18 de mayo de 2008.

